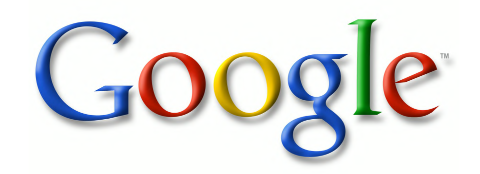
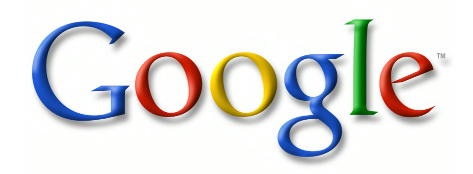






M. Martínez Barrionuevo

¡ANDALUZA!

(LÁGRIMAS, VINO Y COPLAS)



NOVELA

MADRID
LIBRERÍA DE FE
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2
1892


¡ANDALUZA!

M. Martínez Barrionuevo

¡ANDALUZA!

(LÁGRIMAS, VINO Y COPLAS)

NOVELA



BARCELONA
IMPRENTA DEL «DIARIO MERCANTIL»
Cortes, 212, bis
1892

Lector mío:

Caso de no conocer **Andalucía**, *por el mucho coste de su monumental edición, aquí tienes su esencia...*

Y es tan complejo y tan unido á la vez el asunto de esta obra, que no dí con un título bastante gráfico para bautizarla. Escojo el de **¡Andaluza!** *aludiendo á Manolita, porque Manolita es el principal personaje y porque es andaluza de verdad. Lo que yo quiero es que la lectura te llene el alma; como lo consiga, lo mismo dará para la obra un título que otro.*

Barrionuevo.

I

La dama belga

Paseábame en el andén de la estación de Atocha. La afluencia de la multitud era grandísima; esperaban á un personaje de quien no necesito hablaros. Llegó la hora de partir, metíme en un vagón. ¡Qué casualidad! Estaba vacío... Vacío precisamente, nó; había una mujer medio liada en una gran cachemira y por esto no la pude ver. Nadie más entró en el vagón; tocó el mozo la campana, silbó el pito el jefe, silbó luego el de la locomotora, arrancó el trén, con lentitud al principio, como enorme mónstruo que clava las uñas en el suelo para arrastrarse; aligeró luego, aligeró más, y siguió, vertiginosamente, como un loco desesperado, corriendo tras la luna. Silbaba el pito con estrépito de minuto en minuto; las ruedas arrancaban

también un silbido de acero al resbalar estruendosas, y producían golpes grandes, rápidos, al pasar sobre las junturas de los railes, á semejanza del acompasado tic tac de un reló inmenso como la tierra.

Pasé las horas meditabundo, sin mirar á la dama del coche, que no dió, por otra parte, señal alguna de vida. Me cogió al fin el sueño.

Sentí de repente un porrazo en un hombro y me desperté al punto. El tren habíase detenido. Quien me aporreaba era la señora.

—Señora, pregunté con toda la cortesía de que es capaz un hombre á quien aporrean.—¿Porqué me trata V. así?

—Alcázar de san Juan—decía ella magullándome aun—despiértese V., que aquí hay fonda.

—Bueno, pues que la haya.

—Despiértese V.—y seguían los porrazos—despiértese V. para cenar.

—¡No quiero despertarme, ea!—grité, amostazado del todo—yo me alimentaré cuando lo necesite.

—Es V. un grosero.

—Soy...

—Español y basta.

—Un español á quien trata á porrazos una...

—Una dama belga, caballero.

—¿Belga? Bien, espresiones.

Y me volví del otro lado, quedándome dormido á poco.

Cuando desperté había salido ya el sol. Con lo primero que tropezó mi vista, fué con la dama belga. Mirábame la mujer con un descaro, no para descrito, sino para verlo; yo quería sostener aquella mirada, pero no pude. La miré de hito en hito, como dicen los novelistas *por entregas*, y fuí estudiándola despacio.

Se levantó para colocar en la red no sé que cosa, y vi su estatura: ya me había parecido que aquella mujer era muy grande. ¡Dios bendito, qué cuerpo! Largo, muy largo, pero no maldito lo que valgo, como decimos *por la tierra*; un cuerpo largo, airoso á la vez y de carnes proporcionadas. Sus contornos eran suaves y su cintura modeladísima. La miré el rostro entonces con alguna fijeza, haciendo de tripas corazón y calculé su edad; treinta y seis años tendría á lo sumo. Con toda su prolongación y su cara verdaderamente excepcional, no parecía antipática la dama belga. Tenía los pómulos salientes, sumida un poco la barba y la nariz enorme, inmensa, de ventanillas que me parecieron ventanas de verdad, y todo esto lo afirmo aunque la perjudique físicamente, por no mentir. Los ojos eran gran-

des, enormes también; no había diferencia alguna en el tamaño de aquella nariz y aquellos ojos; las pupilas obscuras, como el cielo en noche tormentosa; como las nubes que previenen la borrasca; eran unos ojos sombríos, como la pasión y como el crimen; eran de un negro sin brillo, no como el azabache que pulimentaron; era un negro espantoso; era un negro dándose de testarazos y luchando fieramente contra la blancura mate de la cara; una blancura delicadísima, dulce, como la virginidad de las flores; la boca era vulgar, la frente pronunciada en las cejas y deprimiéndose atrás como una rampa de granito para subir al cabello, y el cabello, ni negro, ni rubio, ni castaño; dudoso, así, como la emanación que se desprendía de toda ella y de aquel cuerpo esbeltísimo, con languideces y elasticidades, flexible y duro á la vez, de atavio gentil y movimientos extravagantes. Tenía los brazos desnudos hasta el codo y eran blanquísimos como la cara, redondos, de piel fina, con ajorcas de gran precio en las muñecas. Cogió un abanico y movíalo con suavidad... como el demonio mueve las llamas del infierno para abrasar á los espiritus condenados; era un abanico japonés, grande, terrible, monstruoso... como su nariz en fin, y como las ideas que debió de inspirar

siempre esta mujer originalísima. En la otra mano tenía un cigarrillo que encendió al sentarse. Fumaba con placidez, clavando sus criminales pupilas con fijeza de muerto en el humo del cigarro que subía en blanca nube.

—¿A dónde va V...?—me preguntó de pronto.

—A Sevilla—contesté con dulzura.

—Y ¿á qué va V. á Sevilla?—añadió, tocando con la uña del meñique la ceniza del cigarro.

Y yo contesté otra vez, resignándome:

—Voy á estudiar esa población y sus costumbres para escribir un libro. Conforme iba yo hablando, abría la dama los ojos y cerrábalos rápidamente; se removió con impaciencia, se levantó, se sentó, tiró el cigarro, soltó el abanico, lo volvió á coger... No estoy seguro, pero me parece que la nariz se le fué asimismo de un lado para otro, doblándose, irguiéndose, según las emociones distintas que en pocos segundos la dama experimentó. Me sentí cohibido y como asustado ante aquella fastuosidad de carne, de vida, de calentura; ante aquellos ojos sombrios y resplandecientes, ante aquellas extravagancias de sus ademanes, y me callé; me callé sabiendo decir solo...

—Y no sé cómo empezar ese libro, porque jamás estuve en Sevilla.

—Y V. ¿de dónde es?

—Andaluz; de Málaga.

La dama belga entonces dió un brinco que me pareció de tigre, me saludó luego con un terrible abanicazo en las rodillas y como en un estallido, rompió así su habla, que se deslizó después en torrente desbordado, estruendoso, sin dique, avasallador:

—¿Que es V. andaluz y no conoce Sevilla? ¡Bruto!

—¡Señora!

—El andalúz que no sepa lo que Sevilla es y lo que ha sido y no la conozca como se puede conocer á una madre ó un hermano, no tiene perdón de Dios, como decís vosotros los de España. Es ciudad de primer orden. Se sitúa al Sur de la Península, entre los 36°, 9'32 y 38° 5'27 de latitud y entre 0° 52'12 y 2° 37'15 de longitud occidental del meridiano de Madrid.

—La quise interrumpir, diciéndola vivamente:

—Señora, que me aturde V.; que los números me vuelven loco; que nunca podré yo conservar eso en mi memoria.

¡Cualquiera podía contener al torrente asolador! No se detuvo ni para respirar siquiera... ¡Cielos, qué atrocidad...!—Tiene de extensión 442'40 le-

guas cuadradas de 20 al grado, ó sean 1.371,440 kilómetros... ó sean 2.229,706 fanegas. Confina por el N. con Badajóz, por el E. con Córdoba, por el S. con Málaga y Cádiz, y por el O. con Huelva. Es una bellísima ciudad; rodéase de quintas, huertas, naranjales en profusión y figura como metropolitana. Sus grandes murallones romanos tenían ciento sesenta y seis torres y quince puertas; tendrá hoy seiscientas y pico de calles, que son callejones mas que calles; unos callejones misteriosos y en general llenos de melancolía que nos pone el alma en otras épocas. Tiene fama por sus jardines y sus patios, más lindos y poéticos aun que los patios y los jardines cordobeses, malagueños y granadinos; son muy buenas sus aguas y en las construcciones abunda el mármol blanco; nueve son sus arrabales y muchas sus parroquias y edificios grandiosos que figuran como monumentos. Macarena y Triana son los barrios de más población; sus industrias son famosas, y su catedral de orden gótico, y su alcázar árabe, y su ayuntamiento, y su palacio arzobispal, y su lonja, (consulado hoy) y su aduana y su casa de la moneda y su palacio de San Telmo, de la propiedad de Montpensier...

—¡Señora, por caridad! ¡Por compasión! ¡Que me aturdo! ¡Que me vuelvo loco! ¡Deténgase un momento!

Pero el torrente seguía desbordándose; me ahogaba; yo no podía con él; sentí mareos, escalofríos, calenturas. ¡Dios santo!... detrás del palacio de San Telmo, el de Medinaceli; detrás toda la enumeración de sus parroquias, la colegiata, los hospitales, los hospicios, la casa de expósitos, los teatros del Duque, de Eslava, de San Fernando, de Cervantes, los ocho cuarteles, la casa de reclusión, la universidad, la plaza de toros, la fábrica de tabacos, las escuelas, las sociedades científicas...—Oiga usted, —exclamó de pronto la terrible dama belga; se le empinó la nariz, chispearon sus pupilas, me dió un fuerte abanicazo, tomó resuello...—Oiga usted, repitió nuevamente;—en Sevilla, nació Rioja, nació Herrero, nació Murillo, nació Berenguer, nació el cardenal Wiseman, autor ilustre de Fabiola, y nacieron centenares de miles que ilustraron al mundo con su génio ¿V. lo sabe?...

—Sí señora... es decir, no señora... pero no quiero enterarme tampoco, porque...

—¿Tampoco?—rugió la dama, hinchando las narices.—Pues sepa V. que nació también en Sevilla Antonio Ulloa, nació Sánchez Gordillo, nació Lope de Rueda, nació Valdés, el marino ilustre, nació Ortíz de Zuñiga, nació el marqués de Mina, y Feijóo y Fernando Contreras y Gustavo A. Becquer..

—¡Señora... Señoo... que me tiro por la ventanilla de cabeza!

Iba á desmayarme, pero de un tremendo abanicazo, me volvió á la vida; la dama belga estaba furiosa y bellísima á la vez. El torrente continuó zumbando...—Caballero, no lo olvide V. nunca. Sevilla se hizo notar durante la guerra de César y sus hijos; hízola Augusto colonia romana; le concedió privilegio de batir moneda con su nombre; sábese mucho de una gran pasión que César tuvo por la hermosa hija de un menestral de la Bética, y eso, juro que lo sé yo sola y muy pocos sujetos más. Cayó Sevilla en poder de los pueblos del Norte, fué ocupada por los vándalos, y créese que fué Alarico el primer Rey que allí vivió. Reinó más tarde San Hermenegildo en Sevilla, porque se la cedió su padre; y después de los disturbios entre los dos reyes ninguno la erigió ya en corte; al formarse el gran Califato de Córdoba quedó reducida á su gobierno solamente. Creció el poder de los nazarenos poco á poco... San Fernando la conquistó...

—¡Señora belga, que cometo una barbaridad!.. ¡Que me vuelvo loco!

—Hombre grosero,—gritó la dama.—¡Avergüéncese de que una extranjera sepa la historia de su

patria mejor que V! ¡Algún día reclamará V. mis favores para que le ilustre sobre ella!.. ¡Me vengaré! Ni mi lástima tendrá. ¡Su ignorancia merece mi desprecio!

—¡Ah! ¿De modo que es poca venganza aún, el haberme encajado esa retahila de barbaridades?

—¿Barbaridades? ¡Santa Gúdula!

Confieso que estuve muy duro con la excéntrica señora. ¿Pero quién me detenía entonces? No me pude contener...

—Barbaridades, sí, barbaridades, porque no entendí una palabra; porque eso se dice de otro modo, ya que lo ha querido V. decir; porque estoy por creer...

—¿Que? Acabe ya.

—¡Que le falta á V. un sentido, ea!

—¿Un sentido? Pues ahora verá: son los barrios de Sevilla, la Macarena, que tiene el Hospital de las Cinco Llagas; San Bernardo, que tiene la estación de Cadiz, la fundición de artillería, la pirotecnia militar y el matadero; Rosalana, Carretería y Baratillo, que tienen la maestranza de artillería, el parque, el hospital de la Santa Caridad y la plaza de toros; y están los barrios de los Humeros, San Roque de la Calzada y Triana y la Cesteria; y son las plazas más importantes de Sevilla, la del Triun-

fo, de San Fernando, de Ponce de León, del duque de la Victoria, de la Gadivia, del Museo, del Cardenal Lluch, de San Francisco, de Atarazanas, de Alfaro, de San Bartolomé, de Santa Cruz, de Victoria y Altozano, del Salvador, del Pacífico, de Mendizabal, de Argüelles, de Pumarejo, de Pilatos, y sus ferias más notables son...

Me tapé los oídos con fuerza no sabiendo ya de que modo velarme, pero le dió un bote la nariz y funcionó el japonés sobre mis manos. ¡Tuve que abandonar este último medio de salvación! Tuve que oir todo el despeñadero de las férias más notables: la de Abril, la de San Miguel, la de Navidad, la de Calzado viejo, la de Pájaros, la del Jueves, la de Caballerías, la del Rastro, y la del Boquete; vinieron después las veladas, de San Agustín, de San Lorenzo, de la Virgen de los Reyes, de la Virgen de los Angeles, de San Bernardo, de San Roque, de Santa Ana, de San Juan y San Pedro, del Carmen, de San Antonio, de la Virgen de las Aguas... y la Romería del Rocío y la de Torrijos...

Me levanté, loco, desesperado, fuí á la ventanilla, eché el cristal, preparábame para abrir la portezuela y que Dios me llevase... ¡Oh, dicha! Aflojó el trén la marcha y se detuvo; oí una voz en el andén.—¡Córdoba!—Fuí á lanzarme fuera del vagón...

Ansié, sin embargo, una pequeña venganza; noté entonces que se había levantado, viniendo detrás de mí como si fuese á bajar conmigo; quedó en silencio, atenta al barullo de la estación; aproveché el instante y haciendo á la dama un expresivo gesto, dije á la vez alto, para que me oyese:

—Ahora se lo sigue V. contando á su tía.

—¡Insolente!—gritó.

—Mejor para mí.

—¡Bárbaro, descortés!

—¡Uuú... rabia, que no oigo más!

—¡Ignorante! ¡Necio!

Me eché á reir. Iba á saltar al andén, pero ella me cogió por un brazo. ¡Jesucristo, qué fuerza! ¡Y yo que quería vengarme! ¡Cualquiera podía escapar de la argolla! No fué lo peor aquello, sino que siguió la dama gritando con febril rapidez:

—Los relojes públicos son catorce. Están repartidos entre San Pablo, la Catedral, el Ayuntamiento, la Universidad, San Marcos, San Lorenzo, plaza del Duque, San Telmo, fundición de artillería, fábrica de tabacos, plaza de Abastos, de la Encarnación, San Roque y Capilla del Puente. La Catedral tiene veinticinco campanas, Sevilla veinticinco parroquias...

Me eché fuera de un tirón que estuvo á punto

de dejarme el brazo en poder de la señora de la nariz; salí á escape del andén, dispuesto á quedar en Córdoba hasta que se fuese de mí, no solo la dama belga, sino su recuerdo. Salía de la estación y oí grandes voces:

—¡Caballero! ¡Caballero!

Volví la cara, en la creencia de que era yo el aludido, y se me acercó un mozo.

A un gesto interrogador, díjome:

—Sí, es á V., de parte de la señora con quien venía.

Y me entregó una tarjeta en cuyo respaldo habían escrito con lapiz:

«Caballero; Sevilla tiene 134,318 habitantes.»

II

Mi vecina

Con un sol hermosísimo salí de Córdoba, despues de ocho dias de estancia en la famosa ciudad. No sé en que marasmo me metí durante el camino. Pasaban ante mis curiosas pupilas, como tropel vertiginoso, las grandes acacias con sus amarillentas hojas, los manchones de tierra, gris aquí, blanca allá, roja en otro sitio, los nopales retorciéndose á todos lados como hocicos de viejas gruñonas, las pitas, los olivares, los matojos, las flores silvestres, los meláncolicos riachuelos, todo jóven, embriagante y de un color de oro vivo y espléndido, con la caricia del sol que abarcaba toda la campiña, como madre amorosa que coje en apretadísimo haz y de un solo abrazo á los pequeñines de su alma.

Me sacó de mis embelesos una gran sacudida del coche. Detuvóse el tren á poco. Pregunté desde la ventanilla á un empleado el nombre de la estación en que nos detuvimos.

—¡Sevilla—contestó!

¡Demonio! ¿Cómo era posible que yo sospechase que estábamos en Sevilla, con una Estación tan fea, destartalada y pobre? ¡Qué estación! Una casucha de palos, asquerosa, que dice muy poco en favor de la Compañía y mucho en pro de la generosidad de los sevillanos que la consienten.

Quise entrar á pie en la población. Orientándome con la guía y preguntando alguna vez, emprendí el camino. Saliendo de la estación famosa, vi á derecha é izquierda, hasta dar en la calle de la Rábida unos jardines raquíticos... La ictiricia, sin duda, pegada de la estación. Entré por la calle á que aludí, arbolada y bella, pero con mucho lodo, debido á recientes lluvias y al contínuo paso de carruajes.

Entré por la puerta de Triana. Dijéronme que se llamaba así, pero no encontré inscripción alguna en ningún sitio, que lo justificase. Salí á la calle de San Pablo, muy buena, pero tortuosa como las de Sevilla. Dí en la plaza de la Magdalena, poblada de naranjos y emboqué por la de Méndez.

Núñez, estrecha, de buen piso, de buenas casas, con gran jaleo de carruajes y *ripperts* sobre todo, con unos conductores de bocinas tremendas y más atronadoras que la dama de la naríz.

A este pensamiento me aterré. ¿Sería posible que encontrase nuevamente á la feroz señora?

Al llegar á la plaza de San Fernando—plaza Nueva—quedé sorprendido. No ví jamás en mis viajes por España una plaza tan espaciosa y alegre. En lo más vistoso, frente á la fachada nueva del Ayuntamiento, está la Fonda de las Cuatro Naciones, grandísima, como tuve luego ocasión de ver, bien alhajada y con su correspondiente y primoroso patio. Bajé al comedor después de lavarme. Un mozo muy complaciente, se vino á mí. Le pregunté como se llamaba y me contestó:

—*Seferino.*

No lo extrañéis: en Sevilla no se habla más que con la *s*. Tiene Sevilla en su lenguaje mucho de la melosidad de los italianos. En muchas ocasiones lo pude comprobar, y en mis paseos por el Guadalquivir, sobre todo; aquellas noches en el Guadalquivir eran agradables, poéticas, como las noches de estío sicilianas. Mi barquero llamábase *Chano*... es decir, nombre no, apodo; el apodo no se lo quita nadie á un andaluz del pueblo.

Gustábame oirle, por lo pintoresco de su lenguaje; remando con negligencia de rey, al compás de los remos, me contaba mil anécdotas y patrañas de Sevilla, con especialidad de la Sevilla de los moros.

Me veía transportado algunas noches á la misma Venecia; no, no era un barquero del Guadalquivir el que remaba, era un meloso gondolero de las calles de la Señora del Adriático... ¡Oh *Chanito*, desde mi mesa de trabajo, á la luz del quinqué que ilumina mis cuartillas, yo te saludo!

Después que hube comido, salí á la plaza y pregunté por la calle de las Sierpes. La calle de las Sierpes en Sevilla, es la Puerta del Sol en Madrid, la de Granada en Málaga, la de Fernando VII en Barcelona... Me aburrí; esta calle habíala visto yo mil veces, sin haber estado en ella nunca. Pero ¿y la alegría de la tierra? La alegría de la tierra andaluza es la mujer. ¿Y las mujeres de Sevilla? ¿Y aquellas decantadas mujeres, famosas en todo el mundo por su belleza y donaire? ¡Que si quieres! Empezó á llover entonces como no he visto llover en mi vida; me puse hecho una sopa, y decíame con tristeza:

—Anda, niñito, toma mujeres sevillanas.

Volví á la fonda de muy mal humor. Me encontré en el patio con *Seferino* y le dije:

—*Seferino*, tu vas á ser mi *Ciuti*.

—Bueno, señorito.

—¿Tú sabes quien fué *Ciuti?*

—No, pero es igual, señorito.

—Quiero que me lleves á donde me pueda distraer un poco... que haya mujeres... pero nada malo, ¿oyes?—Esta aclaración la hice, viendo un guiño en los ojos picarescos del sátrapa.—Un lugar que me guste mucho, donde haya alegría y donde todo el mundo pueda vernos.

Seferino, pensaba, pensaba...

Llamáronle y se fué, haciéndome seña de que ya buscaría. Subí á mi cuarto y me puse á escribir... ¡Bueno estaba yo para escribir! Tiré la pluma. ¡No he tenido nunca aburrimiento tan grande, ni más horror á la soledad! Hubiera visto impávido, en aquel punto, aparecer sobre mis narices á la dama belga.

Levanté un visillo del balcón entonces para mirar á la calle y me eché para atrás, deslumbrado... ¡Madre del alma, qué mujer! Levantó ella un visillo á la par que yo, en una ventana de enfrente y lo echó á bajo al instante, al observar que yo la observé. Allí, detrás de su visillo quedó mi vecina, y tras el mío quedé yo, muy recatado, para no espantarla con mi presencia. No digo que se quedó ella tras el vi-

sillo porque yo lo supusiese; aunque no la veía, unos finísimos dedos, delatores, quedaron allí, cogiendo el encaje. Así permanecimos algún tiempo y empezó á obscurecer. Se perdía lentamente en la obscuridad aquella suave conformación de los dedos, dibujados tras el vidrio, al sujetar la cortina, como ilusión que va perdiéndose. Obscureció más, quedó todo borrado, y en la sombra de mi aposento, sentí errar ante mis ojos unas estrellitas doradas como las cabelleras de los ángeles. De aquel relámpago de mujer, solo había visto la cabeza, el busto, un brazo y los dedos, como diablillos juguetones que se enredaban á la cortina. El brazo estaba desnudo y caían por él, como rayos de luz, los flecos de un pañolón de seda; mal cerrado el pañuelo, dejaba entrever gran parte del busto. Era gentil la cabeza, modelada, rubio el cabello, levantándose sobre la frente y traido por los lados hasta los ojos casi: parecía el pelo así, un bellísimo arco ojival de aquellos que se admiran en los alcázares sevillanos, sobre un fondo resplandeciente de nacar. Ví además unas pupilas dilatadas, negras, chispeantes...

Seferino me sacó de mis abstracciones; entró en el cuarto, diciéndome misteriosamente, con aquella pronunciación andaluza:

—Mañana domingo; por la tarde iremo.

Se fué sin decir más y no quise preguntarle nada. Quería ver si *Seferino* me comprendió.

Me acosté y estuve soñando con mi vecina. No se apartó de mi cerebro en toda la noche aquella figura espléndida y fugáz.

Lo que me produjo más encanto, fué que la sorprendí en traje de casa... más aun, de trapillo como allí se dice, con su pañolón de picos atados atrás. Es el modo terrible que tienen estas diosas de Andalucía, de *echarse* el mantón. Parécenos al verlas que están desnudas y pensamos después, con dolor, que no vimos nada. Comprenderéis mis deseos de ver á la vecina mas despacio.

III

La venta de Eritaña

El domingo por la tarde, salí con la grata y honrosa compañía de mi criado. Tomé un coche y nos llevó por el muelle, á orillas del Guadalquivir. Entramos en las *Delicias*, costeando por la derecha el palacio de San Telmo. Seguimos á la izquierda una larga calle de árboles y se detuvo el coche ante una especie de tabernucho.

—Y esto ¿qué es? pregunté á *Seferino* desabridamente.

—La venta de Eritaña.

Está la venta de Eritaña, frente al gran recreo de Cruz. La entrada de la venta, á primera vista, y á segunda también si se quiere, es un tabernucho; luego van acostumbrándose á este lugar los ojos y la idea y parece menos antipático; si se llega

á los cenadores, huye la prevención del todo, y en aquel casuco, viejo y pintarrajado, se está perfectamente y hasta se piensa con inquietud en que llegará la hora de partir.

Es el local viejísimo, pero muy remozado en todas partes por el escobón y la lejía; está bien puesta la casa, limpia, como en adobo—que allí se dice—con lindos aparadores y grandes baterías de exquisitos embotellados; tiene hacia la parte de atrás unos merenderos, que se levantan con cuatro palitroques, y forman, sin embargo, un poético y misterioso nido con paredes de hojas verdegueantes y campanillas blancas y azules. De entre la tupida red de hojas salen los mecheros del gas, que brillan de noche entre la rústica frondosidad del pabellón, como la musa de nuestro siglo en lucha fuerte con la naturaleza. Hay allí, entre los restantes cenadores, como tienda de un generalísimo, otro pabellón construido de corcho; su vista exterior picó mucho mi curiosidad; el techo era de paja como las chozas del campo en Castilla, con una veleta de hierro que pintó de blanco, en época legendaria, algún artista no comprendido. Quise entrar en el pabellón, y lo conseguí suplicándolo mucho, que no estaba el recinto misterioso para el primer intruso que llegase. Es octógono su interior; en medio hay una mesa re-

donda, de roble; rodéase de rústicos bancos este lugar, que me pareció fantástico y poético como una alcoba morisca. En cada una de las ochavas se abre un tragalúz, tosco, rudo, cubierto discretamente con vidrios de colores, que dibujaban cuando yo los ví, con el sol moribundo de aquella tarde de marzo, melancólicas y extrañas fantasías en los mosaicos del suelo.

Me impresioné agradablemente, y se lo dije á *Seferino;* pero se lo dije con cierta prevención; como queriéndole advertir, que para aquello nada mas, no me habria llevado. El muy truhan, sonrió, como de lástima; disponíame á contestar á la sonrisa de *Seferino*, convenientemente, pero me detuve, al oir una voz muy dulce de mujer:

—Pero ¿no vé tu, Mariquita? ¡Si aquí no hay naide!

Y otra no menos dulce, contestó al punto:

—Pero oye, ¡po vaya contigo! ¿No vé que é mu trempano otavía?

Iba obscureciendo entonces. La luna empezó á salir muy despacio, con su eterno rostro de pazguata; entre las voces de las mujeres que antes oí, habíanse mezclado otras por otros sitios, aunque no respondo yo de que tuviesen igual dulzura que las primeras. Iba creciendo allí el rumor de la vida,

como en temporal que se presenta va creciendo el de las olas. Oí unos muchachos que entonaban este himno á la luna:

Luna, luneta,
cascabeleta,
los ojos azules,
la cara morena,
salió Periquillo
tocando el pitillo,
salió su mujé,
tocando el rabé.

Esto arrancó un suspiro de mi corazón, porque recordé mi infancia; esa palabrería la entoné yo á coro muchas veces, con una caterva de chiquillos, todas las noches al salir la luna. ¡También estaba saliendo ahora!...

Sus rayos suaves, introducíanse como el perfume entre las verdes hojas de los cenadores, poniendo en las paredes y en el suelo alfombras y tapices de misteriosos dibujos. Se oyó el puntear de una guitarra y reinó á seguida un silencio de muerte. Escuché, ávido; la guitarra llenaba los corazones con su harmonía. No veíamos al *tocaor;* no veíamos el instrumento, y la ilusión era así más grande. No eran notas las que salían de las cuerdas; eran lágrimas, suspiros, lamentos, risas, maldiciones... Miré á Seferino; ya no sonreía; chis-

peábanle los ojos y contraíansele los labios... ¡Era andaluz también!

Me conmoví, como *Seferino* se conmovió; respírase allí un ambiente puro que embriaga; la luna los cánticos, los perfumes, el melancólico gemir de las cuerdas, el susurro de las hojas y el de alguna fuente inmediata, predisponen á los entusiasmos del amor, de la patria y de la poesía. Hay grupos aquí, grupos allá, semblantes risueños, miradas que chispean. Oyese el dicho agudo, el requiebro saleroso, la risa franca y juguetona de la mujer andaluza, y todo esto, entremezclado con el ruído de copas, de bandejas, de arrastrar de faldas, el charloteo de pájaros, de los chiquillos, el repicar de unos lindos piés sobre la mesa, en vigoroso *zapateao*, el bronco gemido, á lo mejor, del hombre que sale con su copla, y la música de la guitarra siempre; la música de la guitarra dominándolo todo, temblorosa, dulce, con llantos y risas, con maldiciones y rezos, quejumbrosa como mujer sin amor... y triste y afable como la luna.

Me senté con *Seferino* junto á una mesita apartada y confundida en la sombra. Pedimos de beber y un zagalillo churrutoso y hurañón se presentó muy listo, con dos *chatos* de manzanilla; bebíamos... y extasiábame yo contemplando á lo lejos aquella

confusión fantástica y resplandeciente, con los reverberos pródigos de luz. De vez en cuando, heridas por la luz, brillaban en el fondo las pupilas de alguna mujer, como la ráfaga de una centella. A mi espalda oíase á la par un concertante de gritos infantiles, un clamoreo espantoso que se convertía con frecuencia en recitados, con frases sueltas como las siguientes, que resaltaban aquí y allí.—«¡Mira!... ¡Trae!... ¡Vamo á jugá!... ¡La lleva!... ¡Tú has perdío!... ¡Toma!... ¿Y tu hermano?... ¡Eso no vale!... ¡Salta mejó!... ¡No me tire del pañá!... ¡Ay, que me pega!...» Y así todos los chicos, discutiendo á la vez, corriendo, gritando, dando volteretas... y á lo mejor, un grito agudo de tal ó cual mujer, de allá, del fondo, para llamar á un chiquillote de la turba:—Fulanitooooo!

No sé cuanto tiempo hubiese quedado allí, en contemplación estática, como los musulmanes, pegados á las columnas de sus mezquitas, en divinal éxtasis. Me distrajo la prosa de *Seferino*, manifestándose esta prosa en un tirón de mangas.

—¿Qué hay?

—Dicen que allí van á bailar el *jaleo.*

Dí un salto y me aproximé. Oíase gran algazara en el merendero que me señaló *Seferino*. Detúveme súbitamente. Se me hacía difícil entrar sin co-

nocer á nadie, y me dí por satisfecho con meter la mirada avariciosa por el verde y blando muro. Era la estancia pequeñita. Llenábase la mesa de *chatos* olorosos, y los bancos de mujeres y hombres, guapas ellas, garridas, el color muy pálido, los ojos muy negros. Los hombres, con sombrero de ala plana, muy tiesa, cuellecito bajo, americana y pantalón entre Pinto y Valdemoro, es decir, ni muy ancho ni muy estrecho. Lo pongo así, en detalle, para que se vea que no es verdad todo lo que dicen algunos, de fajas y colorines y de calzón estrecho y de chulapería estúpida.

La animación era grandísima. Noté con gusto que las dos mujeres que yo había oido hablar antes estaban en la fiesta. ¡Las conocí por la voz! Las miré despacio, impresionándome á la contemplación de aquellas caras. Así como la soñadora y resplandeciente arquitectura árabe dejó su sello estampado en la España de Andalucía, haciéndonos ver en sus monumentos, perfectamente, las grandezas contemplativas de los orientales, así en estas mujeres refléjase la dulce y ardiente Fáthima; la Fáthima de largas crenchas y grandes ojos melancólicos; la que pasa el día en contemplación recostada con indolencia en sus almohadones de damasco; la que se consume en los propios fuegos de su

espíritu, como los mártires cristianos consumíanse en las hogueras que de propio intento hacían levantar, alimentando con la santa predicación el odio de sus perseguidores.

Todos pedían á una de las mujeres que bailase y hacíase ella la remolona. Se negaba á bailar, pretestando que no sabía. Era una muchacha graciosísima y yo estuve tentado de gritar también, desde mi escondite, pidiendo que bailase.

—Pero hijo ¡si yo no sé!—dijo, medio enfadada.

—Anda ya y quítate daí—gritó la otra—que te hace de rcgá como la Vigen, cuando no quiere que llueva.

—Bueno, mejó. Ca una tié su parecé. ¡Cualquiera me hace á mi bailá esta noche, con lo irritá que estoy.

—¡Anda con Dió!—exclama la otra—ya pareció el motivo! Pero chiquiya... ¿que é lo que á tí te pasa?

—¡Que me deje ya... que no quiero bailá ni hablá tampoco. ¡Ya lo sabe!

—¡Válgame la pollinica! ¡Ea... ya sa cabó tó! ¡Bailo yc si ésta no quiere!... Pero yo solita. ¿Eh? que no quiero estorbo: ¡Andandin! Venga daí, hombre.., menee osté esos deos y suene la guitarra...

Creció entonces la animación extraordinariamente. Se puso la niña en actitud; pero no había sitio. Y uno gritó:

—¡Que baile en la mesa!

—¡En la mesa!—gritaron todos—¡En la mesa!

Dudó la muchacha, y un hombretón de aquellos se le abalanzó, cogiéndola por la cintura para subirla en la mesa...

—¡Ay... ay... no...—decía la moza--retorciéndose en los brazos del otro, con grandes bascas de risa.

¡Qué si quieres! Quitó cada uno su vaso del tablero, y el mozo la bandeja, y fué allí puesta la niña, á quien brotaron no se porqué, dos grandes rosas de fuego en la cara.

Allí quedó, inmóvil en un principio, medio asustada, medio risueña, caído el mantón... Me pareció una virgen á quien prepararon á muerte lividinosa, rodeándose, en el altar del sacrificio, de los sacerdotes de la alegría.

Pasó pronto la turbación, enardeciéndosele la sangre con los gritos, las palmas y el guitarreo. Enarcó los brazos lentamente, como si no se atreviera aún y miró á un lado y otro, sonriendo. Dió un repique en la mesa con la punta de los piés y los talones, y quedó parada.

—¡Eso é pa probá!—gritó uno—¡Venga daí, moza güena.

Y otro:

—¡Bien, por la *Moneditai!*

Y luego otro, arrojando su sombrero:

—¡Olé, por las pataitas de los santos en el altá!

Y al estruendo de la guitarra, de los palillos, de la risa, del barullo, del canturreo de las muchachas, del fiero jalear de los mozos, con el espolazo de la sangre que ya le rugía, saltó la mujer como un tigre sobre la mesa. Entreabiertos los labios, el rostro encendido, el corazón latiéndole con celeridad, seguía y revolvíase; enroscaba los brazos á su cuerpo, arqueándolos por encima de su cabeza y formándose con ellos marco de nacar para su rostro fino, suave, gachón... Y más sigue, y más se revuelve, y más avanza, doblégase, gíra, se enrosca, salta con movimientos livianos al par que puros, retrechera, *jacarandosa*, espiritual, vértigo en forma de visión, nuncio de voluptuosidades terribles, presentimiento de castas melancolías, afanosa, palpitante, representando con todo su esplendor y exhuberancia, la vida, la juventud, el gracejo, el donaire de la Trinitaria de Málaga y la macarena de Sevilla; las que tienen como rocío de la gloria, amapolas en la cara, en el andar gentileza, garbo en el cuerpo, en la boca ambrosias, sal en la frase, el infierno en los ojos y en el corazón tormentas;

las que llevan terciado el mantón de Manila, corales en el cuello, la falda corta, la media fina, el pié sutil, el zapatito bajo de charol, el brazo en la cadera, la risa y el dicho agudo en los labios y la peina y las flores en el pelo, caminando dichosas, con bofetadas para quien las ofende, consuelo para el que sufre, para el que pide limosna, y para el mozo á quien camelan, amor, celos, tempestades, locura, alma, vida y la gloria de Dios en un beso.

El mosto pareció haberse fundido en las cabezas; las imaginaciones se acaloraban; lanzó el grillo sus agudas notas en los zarzales, y una brisa pura, de finísimos perfumes, acarició á mujeres y hombres, que parecían respirar ansiosos y como fatigados del placer de la fiesta.

IV

¡Sorpresa!

¡Recuerdos de la venta Eritaña, no os borraréis de mi corazón; yo os guardo en él, como se guarda el beso de la primera novia y la acción noble del primer amigo! Me impresioné hondamente con las hermosuras del cielo, vistas desde la cúspide del Tibidabo, en las vegas de Barcelona; ví á Córdoba desde el *sillón del Obispo*, como una mariposa gris en la fimbría del manto de la sultana de Occidente; vi desde las torres bermejas, granadinas, las puras aguas del río del oro, ví las olas del Mediterráneo, besar amantes las playas malagueñas y nunca fué mi impresión tan honda, como al recordar los signos misteriosos que en el semblante de la *Monedita* imprimía la luna, entrando con placidez por el artístico enredado de las hojas.

Aquella noche y todas las que siguieron, estuvo *Seferino* muy amable; enterado de la misión que á Sevilla me llevaba, se convirtió en mi Cicerone, y de tal modo, que hubiera infundido celos al mismísimo Matías del candoroso caballero Washington. Me habló en una semana de Sevilla, más que habló Lutero en toda su vida de religiones. Mirábame ir y venir, con ojos de inteligencia, como diciéndome:

—¿Se acuerda usted de esto? ¿Se acuerda usted de aquello?—Y el muy estúpido lo sabía todo... menos quien era mi vecina.

Hablándome estaba una noche, y yo le oía sin atención, mirando con disimulo, tras un visillo, los visillos de la ventana de enfrente. Se convirtió mi vecina en un problema. Estuve espiándola un día y otro y una noche y otra... es decir, espiándola no, espiando la ocasión de verla: nada, no lo conseguí.

Interrumpió al criado en su palabrería, un amigo á quien yo esperaba.

—¿Estás dispuesto?—me preguntó.

Se trataba de una escursión á San Juan de Aznalfarache á la luz de la luna y en el bote de *Chano*. Chano esperaba ya junto al vaporcito «La villa de Coria». Parecía su bote, pintado de blanco, una piedra clavada en el mismo río; tan sereno estaba el río y tan inmóvil la barquilla. Chanito nos recibió

con su melosidad de costumbre; dijo muchas agudezas, refiriéndose á la calma de la noche, á la transparencia de la luna, y á la excursión que emprendimos. Empuñó los remos y empezó á bogar.

La una y media de la madrugada sería cuando arribamos á Aznalfarache. Desembarcamos en el atracadero, una gran saliente de madera que parte de la orilla, sosteniéndose con estacas. Dimos en tierra, después de atravesar aquel puente sin barandales, y entramos en el pueblo. Compónese de una calle sola, hablando apropiadamente, una calle larga, ancha á veces, de casitas pobres, blancas y aseadísimas.

La entrada de San Juan de Aznalfarache es un callejón de cañas verdes, empinándose con gallardía. A la derecha, parte de allí un caminejo de herradura que conduce á Sevilla. Aunque era tarde ya, velaban los del pueblo con motivo de no sé qué fiesta. El efecto de luna era bellísimo. Las mozas sentábanse en las puertas, muy vestidas de limpio y muy llenas de flores; daba gusto contemplarlas, perfumando el aire, é iluminando como el sol, con su palabrería aguda y sus ojos árabes.

—Ay, mira qué señoritos van ahí; ¡mira qué señoritos!

Oimos esto á una voz argentina, cuando pasába-

mos ante un grupo numerosísimo de mozas y mozos. Volví la cara á la vez, porque había llamado alguien mi atención, con un golpecito que me dió en un hombro. Me encontré con un mozuelo como de veintiun años, delgadito, nervioso, amarillento, de cara fina, de grandes ojos relucientes y bigotillo que empezaba á nacer.

Alargándome el mozo una caña, exclamó:

—¡Señorito... á la salú de toas esas hembras de caritas de ángeles!—Y señaló á las mozas. A mi amigo le ocurrió igual y bebió en el vaso que le presentó otro mozuelo.

—Y ¿á dónde por aquí?

—A curiosear—contesté, echándome á reir de la franqueza del atento mozo.

—¿Quieren ostés sentarse un poquito?

Mi amigo contestó, que íbamos á ver el pueblo á la luz de la luna; que á la vuelta tendríamos un rato de placer en su compañía.

El oficioso mocito no se arredró poco ni mucho, con lo que le contestaron:

—Vamos, señó,—dijo maliciosamente;—que no será eso puñalá de pícaro. No se vayan ostés, que aquí hay gloria de Dió en cante y baile.—Y luego, como si le ocurriera súbitamente un pensamiento luminoso, gritó con entusiasmo, dirigiéndose á sus compañeros:

—¡Ea! ¡Arriba toos! En marcha, que vamo con estos señore á donde quieran.

El otro que dió de beber á mi amigo, acogió la idea como suya.

—¡Vamo,—gritó también,—vamo!

Fué aplaudido el pensamiento. Hubo gran algazara de ir y venir; las mujeres buscaron sus mantones... ¡Qué cuadro aquél! Confuso, extraño, animadísimo, extravagante, lleno de penumbras y fantasmagorías. El rumor de las enaguas en las hembras, el voleo de los mantones al ponérselos, las risas reprimidas, las voces regañonas de las madres, las carcajadas de los mozuelos... Cuchicheábanse los enamorados al oido, no sé que cosas importantísimas. Algunas mujeres querían ir á cuerpo y daban el mantón al novio; terciábaselo éste al brazo y los flecos arrastrábanse por tierra como ilusiones perdidas. El perfume fué más pronunciado en la confusión, como si removiera algun titan, de pronto, una montaña de rosas.

Aquella aglomeración de hombres y mujeres, dispersos acá y allá, se fué ordenando al comenzar la marcha. El capitán de aquella tropa era el corazón, que dividió rápidamente el ejército en parejas. Después que cada mozo escogió para compañía la moza de su gusto, aún quedaron algunas sin

galán; mi amigo se aproximó á la más inmediata y hubo parejas todavía para el de los consumos, para los guardias civiles del puesto, para *Chanito.* Iban juguetonas, alegres, reíanse á carcajadas. Una se pegó á *Chanito*, gritando con sin igual gracejo:

—¡Ea, que no es tan malo! Tome el pobre lo que le dén y caye.

Y el autor ¿qué hacía entretanto?—preguntaréis.

Embobarse con tan bellas cosas, escondido allí, en un extremo, donde la luna no se podía meter.

Desfilaron las parejas, calle arriba, en procesión loca de risas y cantos. La bota del vino la tenía el mozo de cabecera, y conforme la procesión caminaba hacia arriba, caminaba la bota hacia abajo, como perro que anda el camino dos veces.

Cuando las últimas parejas comenzaron á andar también, pude notar una cosa; no obstante la guardia civil, los empleados de consumos y mi barquero *Chanito*, quedó una muchacha sin compañía; me fuí para ella entonces y se cogió á mi brazo al verme; mientras vino á mi encuentro, pude ver su cara y recordé al punto muy conmovido el arco árabe sobre fondo de nácar, de la cabeza de mi vecina... ¡Aquel arco y aquel fondo, del cabello y de la frente, que yo no pude olvidar un instante!

¿Sería ella de verdad? Latíame el corazón considerando que así fuese y no tuve palabra en algunos minutos con que poner á mi pareja, en conocimiento, las dudas que me asaltaron desde el principio. Iba ella silenciosa también, no atreviéndose á levantar la cabeza. Intenté mirarla alguna vez de un modo furtivo con intención de asegurarme de que era mi vecina, pero no lo pude conseguir; la miraba con mucho trabajo con el rabillo del ojo; iluminábala la luna de perfil por el lado opuesto, y lo que yo podía ver, envolvíase en sombras.

Componíamos la última pareja, y por las circuustancias que ya referí, nos retrasamos un poco. Oíanse en el camino las risas, las canciones, y la confusión de la parranda. Salimos del pueblo. A la derecha, la campiña accidentada, los árboles llenos de hojas, las pitas, y el suelo cubierto de una altísima alfombra de verdura llena de rocío, al que arrancaba la luz suaves irradiaciones. Al otro lado se deslizaba el río murmurador y bullicioso, copiando en su bruñido y terso cauce la blanca luna, y los juncos y mimbres de la rivera. Todos aquellos ruidos llegaban á nosotros, vagos perdiéndose casi, como el clamoreo confuso de las oraciones en las catedrales. Oíamos nuestro aliento mismo, el tenue roce de las hojas acariciadas por un aire

leno de perfumes y el rodar de las piedrecillas con que tropezaba el diminuto pié de mi pareja.

No se cuanto tiempo permanecimos así, en aquél mutismo que parecía de muerte; me era imposible, por más que yo tratase de esforzar mi cerebro, tener la convicción de que fuese aquella la cara de mi vecina. Lo más facil de todo hubiera sido preguntárselo, pero se me figuraba aquello una obra mucho más grande que la de Dios mismo, al haber creado á tan deliciosa mujer. Habló ella primero y nunca oí una voz tan fresca, un tono tan modulado, un ceceo andaluz tan peregrino, ni una incorrección en el decir, tan llena de gracejos y suavidades.

—Ay, Jesú, pero que lejo van. ¡Vamo á apretá el paso!

—Como V. quiera, hija, contesté—darle gusto es lo que yo quiero.

Agachó los ojos y quedó callada, pero yo había cobrado alientos solo con oirla, y añadí entonces:

—¿Se molestará V. si le pregunto una cosa?

—Y ¿por qué me he de molestá? Pregunte usté lo que quiera.

—¿Usted es de aquí, ó de Sevilla?

—¡Vaya! ¡Pues de Sevilla!

—¿Vive V. aquí, entonces?

—¡Qué he de vivir, hijo!

—Pero no me diga usted hijo por eso, madrecita.

—¡Vaya con el hombre!—exclamó ella, animándose. Y se echó á reir afablemente. Con la contracción de la risa pareció su rostro una gran rosa entreabriéndose al beso de la luna.

—En Sevilla será, entonces, donde V. vive;—esclamé.

—Pues en Sevilla, hijo. ¿Dónde quiere usté que sea? Allí, junto á la plaza misma de san Fernando.

¡Era ella!

Cuando cayó abajo aquel muro primero de la cortedad en dos personas que no se conocen, se hizo franca, se mostró alegre, aguda, graciosa: su jovialidad llegó á embelesarme lo mismo que su belleza y su honradez. Hablaba, hablaba élla, y yo la oía, como el murmurar del río y el rumor de las oraciones. «Ella nació en Sevilla, en la calle de la Cabeza del Rey, enfrentito casi de la tabernucha del Candilejo.... Allí se crió.... Hasta que se mudaron...

Su madrina habitaba en Aznalfarache hacía algún tiempo y con mucha frecuencia iba ella á ver á su madrina, en los días festivos sobre todo. Su papá la acompañaba al principio, pero después en-

vejeció repentinamente. Su mamá tampoco pudo acompañarla entonces, porque le era preciso quedar á cargo del padre; de modo, que la madrina iba por ella. ¡Ay, acabó de pronto—qué gana tengo ya de verme en Sevilla!

Su franca, su expansiva volubilidad, cesó de repente: guardó silencio, y yo esperé en vano que hablase.

Apretó el paso, y yo hice lo mismo, sin decirle una palabra. Las voces de los mozos oíanse ya mucho más próximas.

—¿En qué piensa usted? ¿En Sevilla?—le interrogué de pronto.

—En Sevilla, sí,—contestó como un eco.

—¡Qué suerte más grande la del hombre que la haga á V. pensar!

Alzó la cabeza, y sus pupilas, obscuras y diáfanas, se clavaron en mis ojos con esa terrible fijeza del candor, que hace temblar á todo hombre.

—Y ¿por qué me dice usté eso?—interrogó á su vez, sin contestarme.

—Perdóneme V.: me dió pena de que no pensase V. ya en ciertas cosas. Creo á V. muy niña.

—No tan niña, hijo, que tengo diez y siete años.

Sonreí, pensando en cómo quería echárselas de mujer.

—Y ¿cómo es su nombre? ¿Lo quiere V. decir?

—Me llamo Manolita.

—¡Por Dios, Manolita, tocaya mía!—la dije alegremente.—Anímese V.: la van á ver triste cuando nos acerquemos, y pueden figurarse que yo tuve la culpa.

Me miró entonces y me pareció aquella mirada una bendición.

—No: nadie lo pensará y yo no lo pensaré nunca tampoco; porque me parece que usté nunca será capaz de darme un disgusto.

Le agradecí que me dijese aquello, pero no la pude contestar: una algazara inmensa de la multitud bulliciosa de festejantes, me lo impidió. Habíanse detenido, y por esto nos incorporamos á la multitud, antes aún de lo que yo pensé.

Estábamos en la explanada, y formábase allí un gran corro. Nos aproximamos al círculo curiosamente, y, con Manolita del brazo, me metí entre la multitud de los alocados festejantes. Dentro del círculo, había una familia de gitanos. Componíase de un hombre de luengos cabellos grises que le caían sobre las solapas rotas y grasientas del chaquetón, en guedejas enmarañadas. Parecía el hombre como rendido por la edad. Llevaba un capote burdo echado al hombro, y un tremendo báculo,

en el que se apoyaba. Tan próximos estuvimos á aquella gente, que tanto á Manolita como á mí, nos fué muy fácil observarlos con detención. Colgábale por la espalda un zurrón, atestado de mendrugos tal vez, aunque decía el viejo que no; que era de trapos sucios y cristales rotos. La gitana era mucho más joven, de ojos grandes, negros y resplandecientes como los ojos de la Virgen; pero no había en aquellas pupilas diafanidad y ternura, como en las de la Madre del Señor, sino abismos y tormentas. Tenía el cabello negro también, y le caía desmelenado. Recuerdo que conservaba, por casualidad sin duda, una guedeja recogida en caracol sobre le sien izquierda. Tenía las facciones correctísimas, los labios rojos, los dientes que le resplandecían. Colgábasele del pecho, con las manitas negras y con la boca avara, un chiquillo que tenía por vestimenta única el pico del mantón, hecho pedazos, de la gitanilla. Otro zurrón, como el del viejo, colgábale á la espalda. En aquel zurrón no había mendrugos, seguramente, pero tampoco había trapos viejos ni vidrios rotos: lo sé de buena tinta, porque asomó por allí una cabeza negra, de otro chiquillo de la misma edad casi del que mamaba. Cuando llegamos Manolita y yo, decía la gitana, en voz pedigüeña, extendiendo la mano que le quedaba libre:

—Un cachiyo e pan pa esto churumbele.

Callaba el gitano, lloraba el chiquitín de atrás, chupeteaba el delantero, reíanse á voz en grito mozos y mozas, mecíanse los juncos y los mimbres blandamente, murmuraba no sé qué cosas el río, y Manolita, miraba con piedad á los miserables.

Observó la mujer aquella mirada, y, lanzándose á Manolita, le cogió una mano:

—Po eso sojo que tú tiene, niña e mi alma, que me dé un perriyo pa este viejo calcamá y pa estos clavos que me apuñalan con su jambresica.

Quedó Manuela confusa, quiso retirar la mano, pero se la retuvo la otra y dijo lacrimosamente:

—Deja la mano, salá,
te iré la güena ventura:
la gitaniya te jura
que ha je sé afortuná.
Ha je se mu bien casá
y mare de cuatro hijo.
Ha je tené sei cortijo
que Dió jenarbolará.
Tu hijo; er ma jergao,
será pare e la iglesia,
un talego e desencia,
y los demá ajorcao.
Ahora, la gitaniya,
si le da una limosniya

te acertará un secretiyo:
tus sacáis, enamoraos
andan po un serraniyo
que se yama Joseiyo:
mira si te la asertao.

V

¡Manolita!

Apenas hubo concluído la gitana su buenaventura, prorrumpieron todos en risas locas.

Manolita quedó muy triste. Yo creo ¡Dios me perdone! que se hubiera echado á llorar si hubiese estado sola.

—Mira tú, mozo plantao: acuérdate de la gitaniya, que to lo sabe, y mira con merecimiento á esa estreyica de las güenas mozas. ¡Arrastrao te vea, si no, y con la chola estorniyá po los querele!

Allá se fué la gitana cuando me dijo esto. Cada uno de los mozos dirigió su cuchufleta á los pobres gitanillos, y yo seguí del brazo con Manuela.

—Todo lo que dicen esas mujeres es mentira,—exclamó, después que se hubo marchado la gitana.

—¿No le parece á usté?—Y me miró con sus ojos afables, que me parecieron entonces preñados de súplicas.

—¿Quién hace caso de patrañas?—respondí prontamente.

—No, es que...—Se detuvo, pareció fluctuar y me miró luego llena de rubores.

—¿Qué iba V. á decir? Prosiga.

Y dijo muy bajo:

—Es que mi novio se llama Pepe.

Creo que temblaba cuando pronunció este nombre, pero que temblaba de amor, con ponerlo en sus labios nada más. Yo temblé también. Estoy seguro de que empezaba á enfriarse la noche, en aquel momento, por la humedad del río. Se lo dije á Manolita, pero ella se echó á reír, contestándome:

—¡Si yo estoy ardiendo! Toque mi mano y verá usté.

Toqué su mano con la mía helada, y pareció como que se le enfrió el corazón á Manolita al tocarme. Me miró con susto.

—¡Jesú, hijo, que tiene usté mano de muerto!

Yo me eché á reir con toda mi fuerza: me parece que estaba muy nervioso.

Se animó algo Manolita, cuando la dije luego, muy afable:

—Vamos á ver. Yo creo que V. no será supersticiosa. ¿Que quiere decir eso de que su novio se llama Pepe?

—¿No se acuerda usté, entonces, de que la gitana dijo que me iba á acertar un secreto y que el hombre á quien yo quería se llamaba José?

—Pero, hija, —contesté echándome á reir ahora, francamente:—¡Si esa buenaventura la saben los gitanos de memoria y es una relación que dicen á todos y que está escrita en los libros, de diferente manera!

—¡Ay, Jesú! ¡Me tranquilizo un poco!—exclamó Manolita, respirando.

—Pero, otra cosa: ¿V. quiere tanto y tan de verdad á su Pepe?—Esto la pregunté... Y me contestó:

—¡Qué malditos y qué malos son los hombres!

La miré con tristeza. ¡Pobre Manolita! ¡Pobre virgen de diez y siete años! Me convencí ya de que aquel corazón tierno y juvenil estaba corroído y flagelado por la pasión y por la lucha. Alarmábame yo mismo de pensar aquellas cosas y de que tales pensamientos se me ocurriesen por aquella muchacha. Quería yo hacerme la ilusión de que todo aquello de Manolita me importaba un bledo. Sin embargo, la dije con mucha timidez:

—¡No debía V. hablar de ese modo de los hombres! Si habla así ahora, ¿qué quedará para cuando sufra por ellos verdaderamente?

—Mire usté, señor,—contestó ella con cierta precipitación.—Yo no digo que los hombres son malos: yo me refiero á uno no más, y Dios me libre de decir cosa que les dañe, porque ni ese es malo tampoco. Con ser hombre nada más, tiene bastante el hombre para que una sufra por él, sin que tenga él la culpa. ¿Para que nació la mujer sino para sufrir por ustedes? Pues usté verá, nos queremos mucho y vamos á casarnos muy pronto. Ya sabe usté que aquí la gente se casa muy *tiernesita.* El está muy contento: yo también lo estoy; pero no sé lo que nos pasa á Pepito y á mí: yo creo que sufrimos de tanto querernos. Figúrese usté, señor, que se vuelve loco, que sufre, que se desespera por adivinar lo que yo estoy pensando, por saber si le quiero de verdad, como yo se lo digo; y se pone malo con la sospecha no más de que alguno pueda mirarme. Yo le quiero de otro modo, y... sus rarezas me dan coraje. Yo no me puedo asomar al balcón, ni hablar con un hombre lo que es preciso para que no digan de una que no tiene educación. Yo no he de ir á misa si él no viene conmigo ó no

lo sabe antes; yo no he de ir al paseo, ni á una fiesta; yo no me puedo asomar á la ventana, ni para ver si viene cuando me parece que tarda mucho. Como yo le quiero con el corazón, todo eso que él hace me gusta, porque me parecen cosas del cariño suyo. Pero cuando se me olvida alguna vez, se me ponen unas nubes muy negras delante de los ojos. ¡Nada! Son cosas de la sangre que se le sube á una á la cabeza como un rayo. Bueno; anteayer pasó una cosa así. Estuvo muy tontón: me dijo yo no sé qué barbaridades, y me eché á llorar de oirlas. Se fué muy fosco y yo me quedé muy triste. Esperé con el alma partida que llegase la noche: quería ver á Pepe contento. Llegó mi parienta, y se lo contó mi madre todo, mientras yo lloraba. «—¡A San Juan, á San Juan, conmigo!—dijo la otra cuando lo oyó.—Ese te va á volver loca y yo no quiero que te vuelva. Así, mantente durita, para que él sepa también lo que son tragos.» Que quise que no quise, me trajo con ella.

¡Esta noche habrá estado allí Pepe! ¿Qué habrá dicho cuando no me vió? ¿Qué habrá hecho?

No tuve una frase siquiera para consolarla, y me pareció su palabrería insustancial y estúpida. Aquel Pepito representábaseme de mil formas diversas, extravagantes y ridículas: no he pensado

jamás en deformidades y engendros tan horrorosos como los que yo quería ver en el novio de Manolita.

Apresuré el paso cuanto pude, haciendo caminar á la pobre Manuela con bárbara rapidez. Tenía yo el cerebro embargado entonces con las elucubraciones y discursos misteriosos é invisibles que allí ardían y chispeaban, saltando y enroscándose como salamandras en el fuego, y encaminados todos á buscar la fórmula digna de poder desprenderme de mi pareja en alcanzando á los otros; todo lo quería yo hacer sin que comprendiese nadie que la abandonaba por disgusto, despecho ó desavenencia. En último caso, los demás de la alegre y revoltosa comitiva, me importaban poco. Lo que yo quería, principalmente, era que Manolita no sospechara que deseé alejarme de su lado.

La verdad, yo quedé despechadísimo de aquella historia de Manolita, y me irritaba y me despechaba, además, el pensamiento de que una cosa tan insulsa, baladí y estrafalaria, pudiese despecharme. En fin, yo era un lío que nadie podía desenredar, ni yo tampoco; y como me pasó entonces, que no me lo podía explicar, me pasa ahora no pudiendo explicarlo á ustedes.

No sé por dónde anduvimos antes, ni por dón-

de anduvimos después: sólo puedo decir que siempre llevábamos el río á la izquierda, acompañando el confuso clamoreo de aquella romería improvisada, con su melancólico murmullo, muy semejante al eterno rezo de un gran espíritu en pena. Nos metíamos por entre malezas y cañas, doblábanse los juncos gentilmente como las finas cinturas de nuestras compañeras, y los mozos enamorados, con la punta de sus cuchillos, ponían el nombre suyo y el de la novia, formando cruz, en la verde penca, erizada de sutiles pinchos. Volvieron á la calle Real. Me aproximé á mi amigo entonces, y empecé á martirizarle con una historia que me costaba más esfuerzo inventar, que á él oirla.

Manolita y la pareja de mi amigo hicieron lo que era de presumir: pusiéronse á charlar, como nos habíamos puesto nosotros, y quedó así la cosa. Sentía yo un secreto alivio, pensando que tal vez la novia de Pepe estaría resentida de mi abandono; y como el hombre es egoísta y todo lo contempla por el cristal velado con el humo negro de su egoísmo, ahi tenéis que aquella idea del disgusto problemático de Manolita fué mi consuelo.

Un cuarto de hora después había terminado la fiesta. Cada uno se escurrió por su lado sin decir palabra. Los corteses mozuelos que nos agasajaron

algunas horas antes, cuando íbamos por allí, habíanse escabullido por no sé dónde. Yo no sabía á dónde acudir tampoco, ni de quién despedirme. Como la fiesta fué en la misma calle, no habíamos tenido anteriormente ocasión de entrar en la casa: esto nos quitaba, á mí por lo menos, el privilegio de poder entrar ahora. Escondíase la luna entre el celaje, nuncio del amanecer, y yo estaba apuradísimo.

Me decidí, pues, con bastante pesadumbre, á dejar aquellos lugares con la compañía de mi amigo y *Chano*. Lancé una mirada última sobre los cascos rotos de botellas y la guitarra que había en el escalón: fué aquella mirada, como el adiós postrero á una ilusión que moría apenas comenzada á nacer, y me parece que sentí algo de lo que siente el marino cuando deja para siempre lejana tierra que fué su refugio y su consuelo, como cruz y símbolo de Dios puesto contra las roncas potestades del mar.

¿Por qué sentía yo y por qué pensaba tales cosas? Me encogí de hombros, haciéndome esta pregunta. Es que los hombres son necios hasta lo inconcebible. ¡Vaya con Manolita! ¡Qué tipo! Estaban las sillas en desorden, cogiendo casi hasta la mitad de la calle; íbanse las otras puertas cerrando, se sumía

todo en quietud profunda, los guardias y el de consumos alejáronse hacía tiempo; salieron unas mozas entonces á coger las sillas para meterlas en la casa, dimos las buenas noches y nos alejamos! mi amigo y *Chano* delante, yo detrás. Oí en esto una voz muy dulce:

—¿Se va usté ya, tocayo?

Volví la cara prontamente. La luna habíase escondido del todo; la calle estaba á obscuras. En el portal de la casa había un velón con grandes mecheros, cuyos resplandores ponían en la calle el cuadro de luz que formaba la puerta. En la puerta, de pie, en el escalón, vi á Manolita: á no haberla conocido antes por la voz, la hubiera conocido ahora por el cuerpo, cuya silueta negra destacábase vigorosa y suave á la vez, fantástica y pura, en el cuadro de luz tendido en la calle.

—¿Tiene usté algún enojo conmigo?—me preguntó, muy tímida.

Volví hasta ella presuroso y la cogí una mano:

—No tengo ninguno,—dije,—no hay causa. Aunque la hubiese, ¿cómo enojarme con usted? No podría.

—Se iba usté sin despedirse siquiera.

—Me iba sin despedirme porque no sabía qué hacer ni á quién hablar: á nadie veía.

Se echó á reir y me riñó porque no entré. Di mis excusas y ella excusó á los otros porque se fueron de tan inesperada manera.

—Adiós, Manolita.

—Adiós,—dijo, retirando su mano.

No hablé ya y anduve con mis compañeros calle arriba. Volví la cabeza de tiempo en tiempo, y siempre vi el cuadro de luz en la calle y la inmóvil silueta de Manolita. Volví últimamente el rostro, y habían desaparecido la luz y la silueta; ya no había luna. Todo obscuro, todo fantástico: tuve frío, y el rumor de nuestros pasos repercutía pavorosamente en mi cerebro. Sentí muy próximo un toque de campana. ¡Parecía un doble á muerto!

VI

Aventuras.

No acababa yo de de definir qué elucubraciones eran las de mi pensamiento, desde el punto en que me despedí de Manolita en San Juan. Aquella figura melancólica, dibujada en el cuadro de luz de la calle, no dejó un momento de dar vueltas junto á mis ojos, como las bayaderas de la muerte bailan en el misterio de las pagodas indias. No quise ir á ningún lado, y dejé pasar una semana lo menos en deplorable inercia. ¡Qué horas más aburridas! Mi distracción única reducíase á espiar, por la rendija del visillo de mi balcón, el balcón de Manolita. ¡Nadie! Nunca vi á nadie. ¡Parecía increible, Señor, que un hombre tan estúpido como era Pepito, sin duda, alcanzase tener así encastillada, por su voluntad propia, á una hembra, fuese de la índole que

fuese, y mucho menos una hembra tan superior como Manolita! ¡Oh, sí! Ya estaba yo enterado del por qué mi encantadora pareja de Aznalfarache no asomaba ni la nariz al balcón. Me lo dijo ella misma, ya os acordaréis: «porque Pepito se incomodaba.» ¡Hombre, y no caía un rayo que partiese á Pepito!

Comí solo, dos días. Mi soledad acabó de entristecerme. Quise animarme, y al tercero bajé á la *Salle à manger*.

Durante el almuerzo concebí la idea de ir á la catedral aquella misma mañana. Mientras me vestí, miré no sé cuantas veces por el cristal, levantando con disimulo la punta de un visillo. El otro balcón estaba como siempre, ¡solitario! ¡Era mucho Pepito aquel!

Salí á la calle de muy mal humor, y aumentó cuando llegué á la basílica. Tan desdichado fuí que no pude entrar á causa de los hundimientos recientes. La prohibición era terminante y absoluta .— Vamos á ver, — dije: — y ¿qué hago yo ahora?—No hay cosa que dé más coraje que disponer un plan para distraerse cuando se está aburrido, y que *la cosa* no se pueda llevar á cabo después. Me detuve, y quedé mirando á una y otra parte como un tonto, sin saber qué haría ni á dón-

de ir. Se me ocurrió de pronto un pensamiento: !La Giralda! ¡Subir á la Giralda! ¿Cómo no lo había pensado antes? Eché á andar entonces resueltamente, mny ligero, contoneándome mucho, como hombre aburrido á quien por dicha cayó qué hacer. Una idea me inquietaba: la de no llevar conmigo alguna persona que disfrutase de las gratas impresiones que yo disfrutaría; ¡nadie con quien comunicar mis sentimientos; nadie á quien yo pudiese confiar las expansiones de mi alma, con motivo de las cosas grandes que iba á ver! Lo sentí mucho al principio, pero es muy verdad aquello de que no se consuela quien no quiere. Yo me consolé al instante, pensando que estaría mejor solo: mi aislamiento sería mayor. Ningún humano turbaría mi silenciosa contemplación de la inmensidad que vería desde la Giralda.

Quise dar la vuelta á la catedral buscando la entrada á la torre, y pasé por delante de una puerta que llamó mi atención por el gran patio de naranjos que se veía. La puerta del Lagarto es á la que me refiero. Tiene tal nombre por el gran bicho que cuelga del techo, á la entrada. Es un lagarto de madera, con muchas pinturas y muchos arambeles, que imita en todo lo posibe al animal que mencioné. Había tenido yo ocasión de ver estas cosas en

algunas catedrales é iglesias inferiores, y nunca me lo pude explicar, aunque os extrañe mi ignorancia.

Pero allí, en la catedral de Sevilla, antes de entrar en el patio de los naranjos, á la izquierda, *debajito* del mismo lagarto, causa de estas digresiones, allí estaba escrito que yo saliese de mi ignorancia escandalosa y poco moral; allí debían esclarecérseme las ideas para que nunca más en mi vida pecadora dudase de lo que el bicho significaba, y esto fué, porque llamaron poderosamente mi atención otros objetos que con el lagarto había, colgados á poca distancia del animal, que pendía majestuosamente, atado á los lomos con fuertísimas cadenas.

Los objetos á que aludo eran una vara de hierro, un bocado de hierro también, que sabe Dios en que boca de fuerte alazán estuvo la vez última, y un gran colmillo de elefante, amarillento por unos lados y denegrido por otros.

En serio digo, aunque os riáis, que no me explicaba lo que aquello podía significar; en serio repito, igualmente, que pregunté, con la candorosidad de un niño, á un viejo que entró cuando yo miraba:

—Y eso ¿qué quiere decir?

—¿Qué?—me interrogó afablemente.

—Eso.—Y señalé con un dedo el lagarto.

—Esa e la Prudencia,—dijo.

—¿La Prudencia?—Yo hice esta exclamación, pasmándome de verdad, de ver á la Prudencia colgando del techo, y el viejecito me miró con desconfianza. No he visto gente más escamona que la de Sevilla: son retrecheros, maliciosos y burlones, unos y otros, chicos y grandes, machos y hembras, y juzgan naturalmente á los demás de igual modo que son ellos. Por esta causa, aquel viejín, arrugado y descalichadito, mirábame con prevención, temiendo, sin duda, que yo me burlase.

Hubo de comprender mi buena fe, á lo que creo, porque se decidió al fin y me lo explicó todo circunstanciadamente. El lagarto significaba la Prudencia, una de las virtudes cardinales.

—¿Oté está viendo aquer colmillo de alifante naturá? Po eso e la Fortaleza; la vara e jierro que está allí apegotá al tabique, la Justicia; y el bocao pa la boca e la bestia, e la Templanza.

En Dios y en mi ánima, como dicen algunos escritores de ahora para ser castizos, que aquello me divirtió bastante. Será inocencia en mi; será todo lo que gustéis; pero nada de aquello sabía yo, y me alegré de saberlo.

El viejo de las explicaciones tenía una nariz particular: tan chata era, que las ventanillas me parecieron otros dos ojos, tan de frente á los míos daban: figuraos hasta dónde se levantaría la nariz del viejo. Me miró atentísimo con los ojos suyos naturales y los ojos de *la nariz*...

Pero como yo rompo aquí el párrafo, así me interrumpió en mis observaciones un gran golpe que recibí en las piernas. Miré asustadísimo, antes de hacerme cargo de otra cosa, y hallé á mis pies dos chiquillos andrajosos, sucios, como de ordenanza en la clase de granujas distinguidos. ¡Dios, qué quimera! ¿Cómo entraron hasta mí sin que yo les sintiese? Daban tumbos bárbaros, se mordían, arañábanse, y todo esto sin chistar, oyéndose solamente las respiraciones de los dos, descompasadas, violentísimas, y el rumor sordo de los cuerpos al arrastrarse. Acudí á separarlos á un impulso de piedad no comprendida por los testarudos combatientes, y estaré arrepintiéndome hasta que me muera de aquel arranque de mi corazón piadoso. Mientras detenía los arrebatos de uno, viéndome negro para conseguirlo, el otro desahogaba su furia sobre mí, dándome puñetazos más gordos que la catedral. Iba á defenderme de sus locas arremetidas, y el segundo entonces, me mordía,

me pegaba. ¡Jesús, qué mala hora! El viejecito de las virtudes cardinales, tuvo buen corazón y acudió en mi auxilio. Poco podía, pero la intención fué bastante, y yo conseguí desprenderme de aquellos dos cachorrillos de pañales rotos y calzones remendados. Huyeron los dos, y, deteniéndose en la misma puerta, sacó uno *del buche* un medio limón y lo disparó contra nosotros. Así nos pagaban aquellos malos bichos nuestra acción de impedir que se estropeasen. ¡Oh, niños precoces! ¡Vosotros sois los hombres del porvenir! ¡En vosotros fijan su mirada curiosa, inquisitorial y llena de ansiedades, los grandes genios presentes de la matutería y del timo; los guapos, los valentones, la carne podrida de la sociedad española!

Así pensaba yo, limpiando mi ropita, mientras el viejo, despidiéndole centellas los ojos y echando sapos y culebras por la melladísima boca, quitaba á su mugriento sombrerete, las abolladuras que le dejó el limonazo del *chavea.*

Todo lo que yo sufrí en aquel trance quedó compensadísimo,—Dios me lo perdone,—con la impresión de hilaridad que me causó una lapidita que vi en la pared, abajo, contra el suelo casi.

ESTAS TRES SEPULTU
RAS SON DE LOS PEO
NES DE ESTA SANTA IGLE
SIA: Y ALBAÑILES.

La lectura de esta inscripción me consoló sobremanera de lo que me había impresionado la acción que vi en los chiquillos. Valía más ser niño sin educación y sin responsabilidad de sus actos, que hombre serio y piadoso, que consienta allí aquellas barbaridades de la gramática, exponiendo á los desdichadísimos peones que trabajaron en la obra piadosa de la iglesia, á la impiedad y chacotería de los curiosos indiferentes.

VII

La Giralda

No quise pensar más en aquello, y volví á mi idea de subir á la torre. Así lo hice; y ahora sabréis cosas curiosísimas. Conforme iba yo aproximándome, recordé la historia de esta fábrica. Según los eruditos, comenzaron las obras de la Giralda el año 1000, bajo la dirección del moro Hever, á quien algunos consideran como autor del álgebra. Hay una nota curiosa que indica el celoso fanatismo de los sarracenos: bajo los cimientos de la Giralda, se colocaron todas las reliquias de los héroes de la cristiandad, de que pudieron hacerse, formándose así, en sus ardientes imaginaciones dadas á lo simbólico, la idea de que los cimientos levantados sobre reliquias cristianas, era la significación grande del poderío de

la Media Luna sobre la Cruz. Tenía de altura la torre 36'659 metros y concluía en un chapitel. De mayor á menor, sosteníanse superpuestas sobre el chapitel—construído de azulejos—cuatro esferas doradas que derribó un huracán el día 24 de agosto de 1396. Tres siglos más tarde, se le añadieron cuatro cuerpos, y dirigió estas obras el maestro mayor Fernando Ruiz. En el primer cuerpo están las campanas, en el segundo está la campana del reloj. Este cuerpo es de orden dórico, y dando vueltas al friso, hay, en el exterior, una inscripción latina que se traduce:

En nombre del Señor es torre firmísima

Pensando en la Giralda iba yo, y en las generaciones y generaciones que aquel gigante había visto nacer y morir con la impasible calma del no ser. ¡Cuántas arbitrariedades! ¡Cuánta tiranía! ¡Qué multitud de extraños sucesos habrán ocurrido, no ya en el mundo, no ya en Europa, no en España, sino en Sevilla no más, desde que los alarifes de Fernando Ruiz dieron su última mano á la famosa torre!

Aquí estaba mi pensamiento, cuando entré por una puertecilla abierta en el muro. Anduve algu-

nos pasos, deseoso de llegar á la primera rampa; pero una mujer, vestida de luto y escobón en mano, salió á mi encuentro y me detuvo sin ceremonia de ninguna clase.

Por este carácter mío, cortado y bonachón, que me da tantos disgustos, quedé yo, así, como quien ve visiones y sin atreverme á dirigir la palabra á la mujer que me detuvo. Era alta, delgaducha, pecosa, de rostro macilento y compungido. Barría cuando llegué, y, á guisa de valla, atravesó el escobón delante de mí, diciéndome muy seria:

—No se permiten grupo de meno de una persona.

—No comprendo,—la dije con mucha calma.

—Que man mandao que nadie suba solo. Yo, ya ve usté, no hago más que lo que me mandan.

—¡El demonio que te lleve!—iba yo á gritar; pero me contuve, y quise ir de buenas.

—Yo no sé por qué habrán mandado eso,—dije, y sonreí afablemente y con mucha timidez.—Yo creo que esa orden no rezará conmigo.

Logré suavizar sus rigores, porque repuso:

—Bueno: suba usté; pero mucho cuidao.

¿Por qué me encargó el cuidado? No me lo podia explicar.

Eché á andar con cierta zozobra de verme dete-

nido otra vez por algún otro obstáculo, y fué, por desdicha, mi zozobra muy fundada. Se cuadró ante mí la hembra, que ya me iba resultando feroz, y me dijo con gran lisura:

—No, señorito, no: eso cuesta do riale.

—Bueno, señora.—Ya estaba yo impaciente.—Bueno: yo no lo pongo en duda, ya se le darán.

Me cogió de un hombro:

—No, es que se paga anticipado.

—¡Cómo anticipado, buena mujer!—grité colérico.—¿V. ha creído que yo me voy á tirar por la torre para irme sin pagarle?

Y ella, entonces, con la mayor llaneza, contestó:

—Pues por eso; porque se han tirado algunos, y yo me quedé sin mi do riale.

Di una peseta, y me alejé presuroso. La enlutada siguió barriendo como si *tal cosa* y yo subí por aquellas rampas de Dios.

De verdad, no parece que la dichosa torre tenga ya cerca de novecientos años: esto se le ocurre hoy á todo el mundo conforme va subiendo. Todo respira allí modernismo, y aun elegancia. Las puertas de las habitaciones situadas en el centro, son nuevas, barnizaditas; las estancias limpias, las paredes todas blancas, los balconajes de piedra, restau-

rados y aun nuevos. Subí muy despacito, encantado y curioseándolo todo. A la derecha, por los ajimeces de cada una de las rampas, veía un lado distinto de Sevilla, de esa Sevilla que enamora y atrae como los ojos candentes de una mujer meridional. Son treinta y cinco rampas. No dudo yo que por allí hayan subido á caballo los Reyes Católicos, según dicen los historiadores.

Los otros dos cuerpos de la Giralda son seculares; uno de orden jónico y otro que pertenece al corintio. Remata en una cúpula, y sobre la cúpula descansa la enorme veleta, representando la estatua de la Fe, vulgo *el Muñeco*. Según datos que después he visto, este muñequín pesa 1,288 kilogramos.

Dirigiendo la vista á una parte y á otra, á la derecha recreándola en la ciudad y en el campo, y á la izquierda para curiosear en las habitaciones de que antes hablé, que están allí como empotradas en la parte central del cuadrado torreón; distrayéndome así, digo, llegué al final del cuerpo primero donde se encuentran las campanas. Están en profusión que no hay más que pedir.

Veinticinco parroquias
tiene Sevilla;
veinticinco campanas
la Giraldilla.

Esa copleja, que se canta allí en todas partes, os dice el número de campanas: la mayor de todas llámase Santa María, pero se la conoce hoy por el vulgo con el apodo de *la Gorda*. Un ciego, salido de no sé dónde, se me arrimó para decirme eso, y añadió después una retahila de los demonios.—Costó Santa María 10,000 ducados, la subieron en 1688... fué elevada á mayor altura en 1886...

En abril del año 84 cayó un rayo en la Giralda y ocasionó desperfectos grandísimos hacia la parte del Sur de la torre. Estropeó campanas, muros, pavimentos, rampas y bóvedas; los balcones de las rampas 29, 35 y 21, destruídos completamente. Se hizo un proyecto de pararrayos por el arquitecto Fernández Casanovas: estando en curso el expediente, otra chispa eléctrica entró en 1885, causando también grandes deterioros. Se agitó el expediente por esta causa, se aprobó el proyecto, y la obra de la colocación de los ocho pararrayos quedó terminada en 1886.

Pensé en el expedienteo de las oficinas del Estado. ¡Válgame Dios divino! ¡Qué cosa quería uno más para desconsolarse, y sufrir y morirse de pena con motivo, al pensar en las cosas de esta España! Cayó el primer rayo en la torre y se hizo el proyecto: al año estaba el expediente en curso aún, y

fué preciso que cayera otro rayo para que lo resolviesen. ¡Oh Madre Santísima de las misericordias! ¡Tened piedad de nosotros, los pacíficos ciudadanos españoles! ¿Qué va á ser de España si para resolver cada uno de los expedientes que hay en las oficinas del reino caen dos rayos? Habría de sobra con un rayito no más que partiera á quien tiene la culpa. Esa, esa sería la madre del borrego...

Por lo de borrego me acordé de Cordero: fué un religioso, lego franciscano, Fr. José, á cuya habilidad prodigiosa se debió, hace ciento veintitrés años, el reló que en la Giralda existe, que fué hecho para sustituir al que se colocó en 17 de enero de 1400, primer reló público que se conoció en España. La colocación de este reló se hizo con grande y solemnísimo aparato, y con asistencia, para más gala del señor rey D. Enrique III.

Todo lo que ya dije, y otras muchas cosas que no vienen á qué, decía el ciego. Oíale yo sin mirar otro punto que su cara afeitadota y movidísima. Andaba por allí como Pedro por su casa, y me dió algún que otro susto á lo mejor, haciéndome creer, sin saberlo, que iba á desnucarse contra un tabique. Pero ¡ca! ni un tropezón siquiera. Recuerdo que vi después el reló aludido. Estaba cubierto de cristales como santo en su urna. La máquina no

es de gran complicación, y quédase allí uno pensativo al recuerdo de las horas buenas y las horas malas que habrá hecho sonar un reló que tantos años tiene. No he dicho aún que, hablando, hablando, abrió el ciego con enorme llave la fuerte cancela que obstruye la subida al cuerpo último. Ascendí por unas suntuosas escaleras de mármol con barandales de bronce. No contrasta mucho la escalera con la vetustez de la torre, porque ya tiene uno la vista y el pensamiento acostumbrados desde el fondo, por el sello que en todas partes se encuentra de restauración y de modernismo. Cualquiera diría que está la torre acabada de construír. Allí lo único que hay viejo es la mujer del escobón y el cegato de las campanas.

Figúraseme que estaba yo febril cuando me hallé en el piso del último cuerpo de la Giralda. Me apoyé de brazos en el enorme barandal. De lo que me hice cargo primero, fué de la calle de Alemanes, con su puerta al patio de los Naranjos, antiguo, grande y poético, á semejanza de todos los que ornamentan las catedrales españolas, con la capillita del Señor del Gran Poder, el Sagrario enfrente, cuya puerta cae á la calle del Capitán, y el abigarrado caserío después, que le separa de la Plaza de Toros; á seguida, las aguas coloradas del

río, y el puente de Isabel II un poco á la derecha. Sígnese con el anteojo, desde la plaza, por la calle de Ardoy; con el río, el muelle; el barrio de Triana, más allá aún, el campo, los montes, y microscópios caseríos blancos, que arrancan reflejos como si su blancura se ornamentase con mosáicos de estrellas. Dando lentamente la vuelta al balconcillo, concluye ante la vista la cordillera montañosa, para dar con otro cordón, azul, blanquecino y medio confuso: es un hilo de montañas también, cuyas siluetas se pierden vagorosas en el horizonte; algo así como la ilusión que se evapora, que se aleja, dejándonos en el alma una dulce melancolía de desengaños. Después de esta parte de los montes, especie de muralla fantástica de crespón onduloso que parece rodear los campos de Sevilla, como los dilatados y resplandecientes muros de oro, envuelto en brumas, de la leyenda. Al descender de los montes, recréanse el corazón y el alma en la vista de la Cartuja, con su feraz campiña y el río á sus pies; grandísima profusión de arbolado, el castillo de la Macarena, los talleres del ferrocarril de Madrid; y todo, rodeando, rodeando siempre por el balconcillo de la torre, á cada uno de cuyos costados encuentra la imaginación nuevas grandezas de que señorearse y nuevas alegrías que llevar al espíritu.

Siguiendo allí mi pensamiento, subyugado y rendido, bañábase en las aguas cristalinas de aquellas huertas, perfumábase perezosamente con las esencias de sus naranjos, para venir luego á colgarse alegremente, como los vencejos y las lechuzas, en las campanas de las iglesias del Salvador y San Juan de Dios y otro gran número de torres que sobresalen sobre los tejados, como ejército venerable de dueñas quintañonas, para vigilar y guardar la alegría, el garbo, la gracia y la eterna juventud de la arrogante y pura doncella á quien los hombres llaman *Sevilla.*

Desde la torre de San Juan de Dios, allá va de un salto el pensamiento, porque ha visto otra vez el cordón confuso de montañas, con sus casitas resplandecientes como las estrellas. Encuéntrase, bajando, en el Prado de San Sebastián, famosísimo por sus ferias de abril y septiembre: de allá surgen las chimeneas de la Pirotecnia, y, viniendo acá, la Fábrica de Tabacos que la separa del Guadalquivir. Abstraídos ahora el pensamiento y la mirada, formando estrecha comandita, tiéndense por los patios llenos de verdor, las columnas, los tejadillos verdinegros, las fachadas blanquecinas, los medios puntos y arcos sombríos de algún caserón ruinoso, para caer en la plaza del

Triunfo, desconcertada, melancólica, vieja, metida para adentro como de un martillazo por la esquina de la catedral; los muros del Alcázar, los gruesos paredones de la Lonja y los arquitos y las agujas... aquel vetusto ejército de centinelas, viejísimos, inquebrantables, que figuran pasear silenciosos, como tropel de fantasmas, sobre el techo oscuro, resbaladizo y abovedado de la Basílica.

VII

Encuentros

Bajé de la Giralda y aburríame ya de nuevo: una idea luminosa, tuve de pronto; la de pasear con *Chanito* en el Guadalquivir.

Llegué y me olvidé de todo ante aquel espectáculo. El sol había perdido ya su fuerza y caía sobre las aguas, como caricia amante. El muelle estaba animado; botecillos, acá y acullá adornaban la superficie del agua, tranquila y suave como el cielo. Hice llamar á *Chanito* y apareció éste á poco, ágil y alegre. Me saludó con su risotada de granuja, y atracó el bote.

—Mira, Chano, vamos á subir allá, hasta la Cartuja.

—Güeno, señorito; andosté pa entro.

Saltó al barco, y *Chanito* bogó con fuerza. Avan-

zaba el bote rápidamente, y parecía inmóvil. Así es la vida y así la humanidad: pasa el tiempo, y nos sorprende la vejez cuando se nos figura que aun estamos en el primer escalón.

Siguió el bote avanzando hacia la puerta de los Humeros. En aquel instante procuré yo, como no lo hice nunca, definir verdaderamente mis impresiones de Sevilla. Es una mescolanza de vida y muerte lo que en mi organismo señorea. Pero ¡qué raro contraste, qué disparidad y qué locura de sensaciones! ¡Qué vida y qué muerte más extrañas! Una vida que languidece, que cae, que toca á su fin, y que se alimenta del espíritu y del recuerdo; una vida de tradición legendaria, de épocas fabulosas, de endriagos, de brujas; las siluetas tristes y sombrías de aquellos monumentos renegridos como santos mausoleos de la historia; las calles solitarias; la mujer de los ensueños, de las nostalgias, de las dulzuras; toda la dicha del ser, encerrado en un sepulcro lleno de flores y joyas santas; la muerte, en fin, es lo que yo siento en mi espíritu, como si muriera en un lento y dulce estertor, sin que llegara jamás la última hora. Por eso allí, como en Granada, el espíritu es egoísta, y goza, y vuela, y se deslumbra á sabiendas, y toca con sus alas el fuego sagrado; porque le da valor y fortaleza la con-

vicción de que no ha de morir, de que encuentra campo siempre en aquel cielo, en aquel clima, y en aquellas hermosuras, para volar, sin ahogarse, gozando por cada emoción nueva otra mayor, y encontrando, por cada cielo que vé otro más deslumbrante aún, que abrirá sus puertas de oro solamente con que llame allí con las alas.

Oímos en esto grandes voces. Partían las voces de un grupo de personas que había hacia la puerta de los Humeros.

Vi un bote vacío á poca distancia de nosotros, y algunos hombres que, desde la orilla, se echaron al agua. *Chanito* lo comprendió todo. Una persona había caído al fondo desde el bote. Yo quedé suspenso y conmovido. Estaba el bote muy cerca, y la persona debió caer allí. Rápido como el rayo, se arrojó Chanito. Yo cogí los remos, y bogué, bogué. Salió á poco el valiente Chano acompañándose de la persona que cayó. Me dispuse á ayudarla á embarcar en nuestro bote, y, cuando la vi, lancé un grito de espanto. ¡Era la dama belga!

¡Bueno! ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectísimamente bien! ¡Con que otra vez en mi camino la dama belga! ¡Conque otra vez expuesto á sufrir en mi corazón los clavos terribles de su palabrería horrenda!

Antes que el barquero diese ocho palitrocazos en el agua, vi á la mujer como si tal cosa y gritando que se hubiera ella salido del Guadalquivir sin ayuda de nadie.

No dió señal de haberme conocido: pero de más comprendí yo, para desdicha mía, que me conoció de sobra, sólo que siguió hablando conmigo como si estuviéramos aún en la estación.

Desembarcamos, y la pregunté por su casa, para conducirla á ella.

¿Qué es lo que dice?—exclamó prontamente. —¿Irme yo, de este modo? ¡Nunca!—Y se dirigió á Chano:—Oiga, vaya V. á tal parte, (y le dió las señas), y que le dén *una muda* para mí, de traje completo.—Chanito amarró el bote y salió escapado.—¿Donde hay por aquí una casa en que yo pueda estar mientras vuelve? ¿Quién de vosotros me guía?—gritó así á los del corro.—Yo... Yo...—dijeron aquí y allí.—Donde esté más cerca.—Conmigo—vociferó uno—y allá fué la señora de la nariz, escurriendo agua de los cabellos y ropas, como una terrible y extravagante pitonisa de Neptuno.

Yo fuí detrás, porque me parecía desatento abandonarla entonces. Me aproximé y cogió mi brazo. Por el camino fuí enterándome de cómo ocurrió el

accidente. Llegó la dama á la orilla: había dos boteros: calcularon que pagaría bien y los dos se fueron para ella.—Si me aturdís, ninguno viene conmigo,—gritó;—yo me basto y me sobro.—Calláronse los pícaros y ella se metió en un bote. El bote era pequeñín; ella grandonaza y despreocupadísima. Empezó á remar; no encontrándose bien en la postura que tomó primero, se levantó para cambiar de sitio, se cargó á un lado al levantarse, se balanceó el barco fuertemente, con el balanceo, perdió el equilibrio; al perder el equilibrio cargó más de aquel lado y con más fuerza; volcó el bote, cayó la mujer al agua, dió algunos tumbos el barquillo aún, volvió otra vez á quedar á flote, y acabó la historia.

La dama de la nariz estaba irritadísima: avergonzábase de que hubieran tenido que echarse al rio por ella, cuando nadaba más que un pez. No había contado la orgullosa con el lastre que llevaba encima de catalejo, álbum, silla de campaña, caja de pintura, cartera, saco de manos y quitasol.

Lleváronla á una casita próxima al río, se desnudó, se metió en la cama, esperando así á Chano. Cuando estuvo en la cama me *ordenó* que entrase, y la vi allí, encogida para que las piernas no le saliesen del colchón. El filo del embozo lle-

gábale á la boca y resaltaba por él la nariz enorme bajo las eternas gafas del armazón de oro.

—Y ¿qué tal la obra?—me preguntó tranquilamente.

—No escribí un renglón, ni sé lo que escribiré tampoco.

Se deshizo ella entonces en protestas y denuestos; regañó como si hubiese tenido algo que ver conmigo ni con mis asuntos, se lamentó de que no hubiese un libro de condiciones que diese á conocer á España y al extranjero lo que es Andalucía, pero Andalucía de verdad.

Nos interrumpió Chano, afortunadamente; llevaba la ropa.

Salimos Chano y yo, se vistió ella y apareció al fin. Parecía, con tanto cachivache, una buhonera.

—Bajemos hasta el muelle en el bote de usted, que es más grande.—Esto me dijo, y entró primero, sin más ceremonia. Tuve resignación: entré también. Entró *Chanito*, cogió sus remos y el bote se deslizó con rapidez en dirección del muelle.

La dama belga no se quitaba de los ojos el largo catalejo.

—¿Usted ve?—me dijo, señalando á la derecha. —Eso es la Cartuja.

—Ya lo sabía—contesté con mucha vanidad.

—Bueno; pero no sabría V. que la fundó don Carlos, primer marqués de Pickman, comerciante famoso, por su riqueza, su generoso corazón y su actividad. Murió este ilustre hombre en 4 de junio del año 84, y fué entonces, el gran establecimiento de cerámica, de su viuda, la excelentísima señora D.ª Josefa Pickman y Martinez de la Vega. El local de la fabricación es un antiguo monasterio muy notable.

—Bueno, señora,—contesté muy tranquilo;—pues todo eso lo sabía también.

La dama hizo un gesto.—¡Va muy despacio el bote!—gritó á Chano.

Bogó Chano con fuerza y siguió el bote rápidamente. Allá vimos el barrio de Triana, el famoso barrio de las maravillas, el saleroso y el *juncá*, vuelto de espaldas al río, como para no mojarse el picaresco y típico rostro. Enfrente y á la derecha, la fábrica de Portilla, con su multitud de chimeneas; más acá, en el borde del río, los barcos primoorosos, flamantes, con sus alegres ventanitas y sus graciosas chimeneas pintadas de negro y rojo, y luego en la otra parte, la torre de la O, pequeñita, modesta, azul y blanca, con su cruz de hierro y sus perinolas enrojecidas. ¡Allí está, melancólica y triste, la torre de la O, como viejecita, bonachona, que lanza al

río su última mirada de amor, antes de caer muerta en sus brazos.

Dejamos atrás el puente de Isabel II, con sus farolillos pareados, allá, en la altura, cuyas luces parecen de noche palomitas doradas revoloteando sobre las aguas serenas del río...

Sentí de repente tremebundo golpe en un hombro: ¿habían tirado algo desde el puente y me cogió á mi? Alcé la cabeza. No: del puente no, porque ya estábamos á distancia. Volví los ojos entonces á la dama como interrogando... y la encontré allí, con el inmenso lente preparado otra vez para descargar el golpe en mi hombro. ¡Jesucristo! Pero ¡qué manera de avisar!

—¡Basta, basta por Dios, señora!—grité alarmado.—¿Qué quiere V.?

—Dicen unos,—exclamó tranquilamente,—que el Guadalquivir, llamado por los fenicios Bætid y Guad-el-quivir por los árabes, tiene su nacimiento en la región occidental de Tierra Segura. Dicen otros que nace en un lugar cercano á Huesca, lugar que se denomina Vertiente. Este río tiene una cuenca de 1.978,047 hectáreas. Desemboca en el Océano por Sanlúcar de Barrameda. La provincia de Sevilla encuéntrase enclavada en la última región de esta cuenca. El río pasa

por el centro, de NE. á SO., y por un lado recoge en su curso los ríos de Bembesar, Huezna, Biar, Huelva y Guadiana; y por el derecho, que es el otro, Genil, Corbones y Guadaira. Todos estos ríos son los principales afluentes del Guadalquivir.

Quedó callada la señora, y yo quedé encantadísimo porque no alargó su discurso. ¡Aquello, aquello sí que era agradable!

Iba á oscurecer muy pronto. Un tono general azul, extraño, muy obscuro, extendióse por el cielo, copiándose en el río, bañando con sus tintas misteriosas las fachadas de los edificios, las torres, la multitud del muelle, que dejábamos atrás, los grandes barccs y las lanchas, que se mecían suavemente. Fué aquel un instante rápido de luz que en otros países parecería sobrenatural; fué como un hálito vagoroso metido eutre el día y la noche para dulcificar el contraste de las dos luces. Nos impresionó á la dama extranjera y á mí aquel fantástico color azul del cielo y el agua. *Chanito*, el sin igual *Chanito*, parecía también impresionarse: dejó de remar un minuto y quedó suspenso. El barco aflojó su marcha y por un instante nos acometió á todos aquel desmayo suavísimo.

Empezában á confundirse los objetos en la oscuridad; sentíase, como surgidas del fondo mismo del río, las voces de maniobra en los buques surtos cerca del mismo parador del muelle, y vibraba el pito del vapor *San Antonio*, que volvía de sus viajes por los pueblecillos de la costa. En medio de aquellas vagas melancolías, sentimos confuso rumor, que se convirtió á poco en gran ruido de coplas y guitarreo. Momentos después se deslizó, á tres varas de nosotros, un gran bote cargado de mozuelas y mozos. Iban seis mujeres remando, jóvenes, graciosas, bellísimas; otra moza y un gallardo zagalón bailaban dificultosamente allí dentro, bamboleándose á un lado y á otro, no sé si por los tumbos del bote ó por la manzanilla que ya se consumió. También era digno de ver, sobre las aguas bulliciosas del río, aquel desordenado concierto de la zambra andaluza. Por lo que Chano contó, y por algunas frases de los alegres excursionistas, aquella fiesta venía de allá, de un pueblo de la campiña y celebraban así la vuelta del servicio del mozo *tocaor*. Allá fué el barco dirigido por aquellos seis capullos de rosa; allá iban las seis mozuelas remando cadenciosamente, encendidos los rostros por la plétora de su alegría, con las cabezas sembradas de claveles y dejando flo-

tar al aire los picos de sus pañuelos de crespón, de largos flecos de colores.

Desembarcamos en el muelle, y la dama no quiso que me marchase. De todas maneras yo debía acompañarla á su alojamiento como á la urbanidad correspondía. No, pero la dama quiso más: quiso que cenase con ella, y esto me contrarió. Tuve que acceder.

No sé por dónde se metió la dama ni por dónde salimos. Iba yo pensando en cosas bien distintas: aquella tarde y aquellas melancólicas dulzuras de las noches del Guadalquivir, habíanme traído á la imaginación, con sus perfumes vagorosos, el recuerdo de Manolita. Entré con la señora de la nariz en un ancho portal, con suelo de baldosas azules y blancas, y una reja de bronce pulimentadísima con primorosos calados y finos cristales. Era la casa de rica apariencia, y los amos, según la señora de la nariz me dijo, unos viejos, parientes lejanos de su difunto marido. Entonces tuve esta primera noticia de la vida privada de mi verdugo. Digo la vida privada, porque la pública ya la sabía yo: viajar mucho por todas partes para reventar á porrazos y palabrería á los compañeros de viaje que el destino le deparaba.

Abrió la cancela una graciosa criadita.

Estábamos en el patio, y pensé, al verle, en la fama de los patios de Sevilla. Había junto á los testeros, grandes macetones de plantas y enredaderas que subían como serpientes hasta el techo acristalado, cubriendo la pared de un tapiz de verdura; en un hueco de la enredadera, había un piano con tiestos de claveles al pie, en un lado y otro; una mesa grande en el centro, y mecedoras alrededor. Al través de las finas y verdes hojas que acariciaban los muros, distinguíase hasta regular altura un zócalo de finos azulejos: había dos jaulas de exquisita labor, con pájaros rarísimos, que parecían entonar entonces el canto de despedida para abandonarse al sueño.

Lo que yo vi del patio era suficiente para hacer juicio del buen gusto de los señores de la casa, y esto me hizo mas aceptable la idea de la señora, de que comiese en su compañía.

Sentí además en el patio aquel una sensación estraña de bienestar y confusión; algo de ese primer sentimiento indeciso de inquietud y agrado que al hombre acomete ante una mujer elegante y joven, de refinado gusto y de vigorosa instrucción, á quien por vez primera habla. Respirábase allí el aroma de la juventud y de la vida; algo moderno y suave como la eterna gracia de las

ondinas del mar. ¿Vivía una mujer joven allí? Tal vez, aunque la dama belga ni una palabra me dijo de aquello. Sin embargo, no me avenía con que toda la galanura y buen gusto y alegría y juventud del patio, fuese únicamente para solaz y contentamiento de los aviejaditos señores, parientes lejanos del difunto de la dama.

—¿Y los señores?—preguntó esta.

Salieron y volverán muy pronto,—contestó la criadita, inclinándose.—Han debido volver ya, y si no quiere V. esperarlos, la serviré la comida.

—No, esperaremos. Lea V.,—me dijo bruscamente, echándome á la cara un periódico que había cogido.—Yo juro á Vds. que si no hubiéramos estado en una casa desconocida, le contesto rotundamente:—Señora, no me da la gana de leer.

No pasé todavía el nudo que la nueva brusquedad de la dama me echó en el cuello; no lo pasé aún, cuando se sintió en la calle gran ruido de herraduras y rodaje de coche. La criadita escapó á la cancela y abrió prontamente. El coche se había detenido; los señores venían allí. A través de la cancela, vi parte del coche desde el sitio donde yo estaba; un landó nuevo, elengantísimo, de faroles con cristales relucientes como espejos. No pude seguir viendo, porque cerraron la puerta, los seño-

res, al entrar. Me levanté, fué á ellos la dama, y, sin dar las buenas noches, gritó, señalándome:

—Aquí le tenéis.— Y pronunció mi nombre. Luego supe que habían hablado ya de mí.

D. Andrés llamábase el viejo y D.ª Angustias su esposa.

Me parecía respirar, al verles, un tufillo de mayorazgos y progenituras con mezcla de moruno y andaluz que no había más que pedir. El hombre tenía ya muchos años: era afable, severo, sencillo. La mujer, con su carita de pasa medicinal, por lo arrugada y morena, me resultó muy agradable y simpática también. Me es imposible decir el apellido de esta familia.

Se me recibió, como á un viejo amigo, y tuviéronseme atenciones que no viviré bastante para agradecerlas.

—Gúdula me habló mucho de V.—Díjome eso la señora de la casa—y yo supe entonces que mi enemigo mortal se llamaba Gúdula.

Iba á corresponder una frase de gratitud, pero nos interrumpió Gúdula gritando:

—¿Y la niña?

—¡Ah!—pensé.— Ya pareció aquello.

La pregunta de la dama me hizo, sin que yo me lo explicase, gran impresión.

—La niña,—dijo D.ª Augustias—debió salir después que nosotros.—Miró á la doncella, como interrogándola, y la doncella hizo una señal de afirmación.—Debió salir,—con unas señoras que vinieron por ella. No sabemos nada de que se quedase á comer, de modo que la tendremos aquí al instante. Sube, Julia, y que dispongan la comida...

Se levantó y la di el brazo: el marido se lo dió á la dama. Subimos unas escaleras anchas de piedra, con peldaños muy bajitos: vi unos corredores suntuosos al final, y á los seis ó siete pasos entré en el comedor, con la amable señora que me guiaba.

Quisieron que se comiese sin aguardar, pero yo protesté pidiendo que esperásemos. La dama belga fué de mi opinión, y comprendí la gratitud de doña Angustias y D. Andrés para con nosotros, por la deferencia que guardábamos á la ausente. Doña Angustias aprovechó con este motivo la ocasión para hablar de su hija, y escuchábala D. Andrés con sonrisa inefable. «Era una niña muy buena, á la que amaban mucho por ser el menor de los ocho hijos que tuvieron y el único que vivía.»

Calló la viejecita, suspirando, y la dama de la nariz confirmó todo lo dicho y añadió mucho más, que la modestia de la madre ocultó dignamente.

Era, la joven de quien se trataba, hermosa, buena, distinguida, elegante hasta la majestad...

Vibró un campanillazo en esto. Crujió después la cancela, oyéronse algunas voces, unas pisaditas suaves al subir los peldaños, un roce de vestido y enaguas más tarde, y una visión gloriosa de luz y belleza entró en el comedor. Quedé confuso, aturdido, loco. Pero ¡Dios mío! ¿qué significaba lo que ví? Aquella mujer era Manolita.

Volviéronse hácia ella, no fijándose en mi turbación por este motivo. Me levanté, y daban vueltas ante mis ojos el comedor y los viejos y la dama de la nariz y Manolita... Manolita, con un traje muy distinto ciertamente de aquellos dos, en que ya tuve ocasión de verla, desde mi balcón, y en Aznalfarache. No, no era aquel el pañolito de seda rojo con flecos que caían como ilusiones; no era tampoco el vestido de percal de la graciosa mocita sevillana á quien yo dí el brazo entre la turba de la fiesta; no era aquel el atavío de la muchachita que oyó la buenaventura á la gitanilla de los churumbeles.

Se hizo nuestra presentación con el rigorismo que las formas exigen, y ella se excusó después por breves momentos, para ir á mudarse. Manolita no aparentó conocerme, y debía yo, por lo tanto, guar-

dar prudentísíma reserva. Decidí esperar á que explicara su misteriosa conducta, y usar con ella en tanto, de todas las atenciones que la educación manda con una señorita de respeto. Volvió muy pronto, me colocaron entre ella y la dama de la nariz. Estaba yo casi repuesto del golpe que había recibido y acabó de serenarme una mirada, una sola mirada que me lanzó Manolita en cierta ocasión, porque creí que en aquella mirada me decia:

—¡Ah, tocayo! ¿Se acuerda V. de nuestra excursión nocturna?

IX

Cosas y tipos

Fuí muy amigo de aquellos señores, los visité con frecuencia, nunca hablé con Manolita á solas y nunca se aludió á Pepito delante de mí. Estaba Manuela triste y por esta causa la hacía Gúdula salir algunas veces; yo iba con ellas de vez en cuando; y en cierta ocasión fuimos al Palacio de San Telmo. Quizá no recordaréis lo que dijo la dama belga, en su gran retahila, de que dicho palacio es de la propiedad de los duques de Montpensier. Está próximo á la fábrica de Tabacos y pudimos así matar dos pájaros de una pedrada. Aquel palacio es como un punto de luz en medio de los más floridos vergeles de Andalucía: es hermoso, y acariciando constantemente su hermosura, para alimentarla y fortalecerla, como esos mejunjes mis-

teriosos de las opulentas y fantaseadoras damas del norte, tiene aquel cielo de Sevilla por dosel y por espejo aquellas aguas susurrantes del Guadalquivir. Está el palacio rodeado de jardines. Desde aquellas ventanas contémplase el río, el barrio de Triana, las vegas, los pueblos próximos. Data esta obra de los comienzos del siglo XVIII y fué seminario de mareantes, como lo indica una lápida que se ve en su fachada.

Visitamos el Archivo, y recordé con esta ocasión que Sevilla es quizás la ciudad andaluza, si no española, que tiene más bibliotecas, oficiales y particulares, archivos y otros centros de ilustración. Están las bibliotecas del Palacio del Obispo, la Municipal, la del Seminario; las Bibliotecas Militares, la del Palacio de San Telmo, de la Real Academia, del Instituto Provincial... Pueden contarse hasta el número de treinta lo menos, entre bibliotecas y archivos de mucho mérito y renombre: el Archivo de Indias y la Biblioteca Colombina son famosos. En esta Biblioteca y en el Archivo de Indias sobre todo, siéntese uno hondamente conmovido, haciendo memoria del tiempo que pasó.

Sentí yo en aquel lugar impresiones iguales á las que me acometieron una noche en la plaza del

Triunfo, y otras recibidas anteriormente visitando el famoso Archivo de Simancas, en Valladolid. ¡Qué podré yo decir del famoso Archivo de Simancas! Ese Archivo es la fuente clásica que llenó de luces el cerebro de muchos historiadores. No piensa uno sin estremecerse de frío, en los diez y ocho millones de documentos que allí hay; los cohechos las infamias, las tiranías, las virtudes, los fanatismos, las miserias, los encantos, las proezas, las luchas, los aniquilamientos que todos aquellos terribles legajos encerrarán. Vi allí, en aquellas carpetas acristaladas, los testamentos de príncipes y reyes; vi allí los autógrafos de Felipe II, de Isabel *la Católica*, de Carlos V, del príncipe D. Carlos, de Isabel de Valois. Algunas de aquellas rúbricas las extendió allí la mano temblorosa del moribundo. Aquellos hilos negros y retorcidos de la tinta sobre el papel, culebras del pecado parecen, en su mayoría, brotadas del corazón de aquellos colosos en un espontáneo arranque de la naturaleza, que gime por el espíritu que se va. ¡Quién sabe lo que pasaría como reflejo último por la conciencia de aquellos hombres y de aquellas mujeres al estampar allí unos rasgos que hoy se miran con el religioso respeto que produce al corazón lo tradicional, lo glorioso, lo inconcebible y legendario de las muertas grandezas españolas!

Fuimos al muelle al salir del Palacio de San Telmo. Era un día hermoso. Había grande animación en aquellos lugares, y eso que nunca el sol se ha mostrado más fiero que aquel día: echaba chiribitas el muy tirano, como si quisiera hacernos arder. Es un muelle hermosísimo. Ya hubo uno junto á la puerta de San Juan, pero el Cabildo eclesiástico hizo edificar otro junto á la Torre del Oro, con el fin de facilitar los trabajos de descarga de la piedra para la edificación de la Basílica. También dejó de existir, y le sustituyó el magnífico muelle actual. Encuéntrase á la margen izquierda del río. Mide una longitud de 1,400 metros, con un ancho, en varios puntos, de 47 y 21. También hay un muelle de madera para el servicio de los pequeños vapores: llámase el Barranco y está á la orilla izquierda, más arriba del puente que conduce á Triana. Todavía me dijo Gúdula que había un muelle más, en la misma margen del río en que están los que cité: llámase el Muelle de Tablada y fué construído en 1885.

Yo no hacía caso entonces de mi compañera, abstraído completamente en la contemplación del muelle y sus alrededores. Parecía rodar la mirada por aquella suave llanura del gran adoquinado del muelle, para hundirse en el río, más hermoso que

nunca con sus aguas coloradas de aquel día, ó de *bujarrete*, como se dice allí en término vulgar. En el suave declive que hay para salir á la explanada, encontramos á nuestra derecha el hermoso camino que conduce al Puente, muy animado y vistoso, con sus casillas-aguaduchos, los transeuntes que subían y bajaban, el ir y venir de los tíos de los camarones y la frondosa arboleda que exhorna un lado y otro del camino; á la izquierda divisábase allá el palacio de San Telmo, medio oculto y con su retaguardia de árboles hermosísimos de todos los países, entre los que veíamos descollar, altas y melancólicas como ánimas en pena, las puntas de los cipreses. Había también grande animación en el desembarcadero: deslizábanse los botes con dulce pereza y entraba en aquel instante el vapor *Torre del Oro*, magnífico, espléndido, acabado de construir, suntuoso, con gran ruido de herrumbres, grandes rugidos del vapor y gran penacho de humo con relámpagos de llamaradas que salían por el enorme cañón de la chimenea, extendiéndose lentamente en los aires para ocultar á nuestros ojos ávidos los edificios desiguales y pintorescos de Triana.

En estas cosas estábamos, y al volver un poco la cabeza me encontré con el barbero del muelle. Me figuré al instante lo que era, porque había

yo conocido otro igual en Málaga. Éste á que aludo del muelle de Sevilla, es más típico aún que mi paisano. Aunque se trata de un barbero, allí no hay barbería ni cosa que lo parezca: allí, al pie mismo de uno de los grandes paredones, un anafillo derrengado, con dos carbones apagándose y una lata con agua, puesta encima como de ceremonia. El taller era todo el muelle, y el sillón para el que se afeitaba, unos palos de buques que había tendidos contra el paredón. La mano de obra de aquel gran artista que trabajaba al aire libre, valía dos cuartos como el cliente se pusiera cara al sol: tapándole la cara con una sombrilla, sujeta por el puño á enorme alcayata, valía entonces mucho más el trabajo, puesto que se doblaba el precio. Era gordo el barbero, alto, grandullón, con un sombrerito hongo, chaleco que le faltaba una cuarta para llegar á la cintura, pantalón sucio, medio caído, zapatos de lona, contusos y dados á perros. Tenía el rostro atezado por el sol, barba crecida, gris, y respetable mostacho. Por corbata un gran pañuelo de hierbas, aunque parezca mentira, por las furias de aquel sol casi canicular. Estaba el hombre en mangas de camisa, pero no del todo, porque tenía el chaleco... un chaleco con un botón arriba solamente. Le estaba corto, como ya dije antes, y ajustándose en el

botón aquel de arriba, nada más, caía el chaleco á un lado y á otro como el casaquín de un liliputiense encasquetado á la fuerza en un coloso. Un gozquecillo regañón cuidaba del taller, puesto allí, junto al anafe, en tanto que el maestro dormía la siesta.

A poco de llegar nosotros,—que veíamos esto desde arriba por el otro lado del paredón,—á poco de llegar, digo, se levantó el barbero perezosamente, luciendo magnífica pierna de palo. Anduvo de acá para allá, y, por lo que pudimos ver, se levantó de humor terrible. Lo primero que hizo fué dar un puntapié al perro; el perro dió un bote y chocó contra el anafe; cayó el anafe, cayó la lata: el taller habíase derrumbado. El barbero no se cuidó de rehacerle. Tomó asiento, con mucha calma, en uno de los grandes palitroques, y sacó los avíos de fumar.

Se le aproximó en aquel punto un guardia de Orden Público, viejo ya, alto, seco, con bigote de escobilla. Tenía puestas unas gafas de armazón enorme, y llevaba un periódico en la mano. Según pude sacar por lo que oí á los estimables sujetos, eran amigos de antaño: hicieron armas juntos. La pierna que faltaba al barbero la perdió en memorable día al lado del Orden Público.

—Oye tú: mira lo que viene aquí,—dijo el Orden al maestro, señalando una gacetilla del periódico. Y se puso á leer, deletreando y en voz gangosa:—«Ladrona elegante»...

—¡Hola, maestrillo! ¿Cómo anda el trabajo? Yo sudo como un pollo de ir y vení: lo meno eché ya hoy treinta y cuatro cubas, y ahora voy á echá esta. La señorita de la casa donde eché la última cuba, tiene, uno sojo y una cara... ¡ja, ja, jay!... que de pensalo na má me cosquillea la boca del estómago.

Habló asi un nuevo personage que se presentó, echándose del hombro una cuba y poniéndola en el suelo. Sentóse en ella y siguió contando los pelos y señales de la señorita de la última casa donde estuvo. Era el hombre, de estatura regular, derecho, fornido casi; tenía barba, blusa, sobre la blusa un chaleco á semejanza del chaleco del maestrillo; los ojos grandes, inquietos y como desencajados alguna vez; pantalón de lienzo y alpargatas deplorables. Luego supe quién era aquel hombre: el célebre *Aguadillo*, cuyo apodo le proviene de su oficio de aguador. Es un verdadero tipo local: no hay muchacho de Sevilla que no le haya tirado su piedra, no hay señorita ni señora sevillana de quien no se crea amadísimo; *se canta*, *se baila y se torea*, todo por lo fino.

Va por la calle con la cuba al hombro, llena ó vacía; ve una mujer; planta la cuba en el suelo, se pone en actitud, da unas palmaditas y empieza el baile, que concluye con algunas suertes de toreo. Las mujeres se le ríen, y él goza como un desesperado. Es pulcro, honradísimo y con grandes tendencias de caballero. Su flaco son las aventuras amorosas; en cuanto se echa á la cara un prójimo ya le tienen Vds. contándole un sinnúmero de lances de amores en que fué protagonista. No hay que decir que todo lo que cuenta es un puro embuste; ya os lo habréis figurado. No hay duquesa, ni marquesa, ni mujer ninguna, que no esté rendida por él, y hace gracia oirle poner á la cuba como testigo de lo que cuenta. Hay quien le cree tonto, hay quien le cree loco y hay quien le cree pillo. Yo le creo las tres cosas á la vez.

Mientras hablaba Aguadillo, desesperábase el Orden porque no podía continuar en la lectura de aquello de la ladrona elegante. Esto le impacientó al principio y le contrarió mucho después. Así que habló Aguadillo un buen rato, el Orden no pudo ya contenerse y quiso continuar la lectura. Lo hizo como lo concibió; pero Aguadillo arrimó más su barril al barbero y siguió contando otra de aquellas aventuras extraordinarias de amores. El barbero

poníase de un humor terrible, aunque ya dió patente de tenerlo muy malo cuando se levantó de la siesta. El gozquecillo miraba todo aquello tímidamente, agachapándose junto al anafe volcado.

El Orden Público repetía una vez y otra como para continuar: «Ladrona elegante»...

Pero el diablo del aguador, anda que anda, y zurra que es tarde, mete que mete al maestrilló en los laberintos misteriosos de sus amorosas aventuras. Nada: no podía ser. El Orden se aproximó más aún, arreglándose bien las gafas, como para dar la última embestida, y gritó con todas sus fuerzas: – «Ladrona elegante»...

Se aproximó más aún Aguadillo al barbero, y siguió disparándole al oído una andanada de barbaridades. El Orden Público se arrimó del todo: se había propuesto enjaretar su gacetilla al maestrillo, y aquel contínuo y grande obstáculo le pareció que pasaba ya de la raya: se enderezó hecho una fiera, yéndose hacia Aguadillo.

—¡Hombre!—le gritó, enarbolando los puños.—Déjame siquiera que acabe esto!

Aguadillo se echó á reir con toda su alma y le tomó el pelo entre sus grandes risas, diciéndole que para eso tenía el barbero dos orejas, para que cada uno le pudiese decir por un lado lo que tu-

viese que decirle. No sé lo que hubiera sucedido, si no se aproxima otro personage al grupo.

Era una gitanilla como de catorce años, feota, morenucha, bizca, pero con un gracejo y una intención en todos los rasgos de su rostro, que inspiraban simpatía. Llevaba en la cabeza un pañuelo de yerbas; salíanle en la frente, por debajo del pañuelo, grandes mechones de cabellos castaños que le caían á un lado y otro; vestido oscuro muy plegado, con cintas blancas en el vuelo, y mantón viejísimo; llevaba en la cabeza una canasta grande de mimbre que echó abajo, sentándose sobre ella, como el aguador habíase sentado sobre su barril.

Al ver á la gitana me miró furtivamente Manolita, y dijo sonriendo con tristeza:

—Me recuerda esa niña la buena ventura que me dijeron una noche.

Yo la miré tambien, echándome á temblar. Manuela aludía por primera vez á nuestro encuentro en Aznalfarache.

—¡Hola, Felipa!—gritó el maestrillo.—¿A qué vienes por aquí?

—A lo que me da la gana. Dame un cigarro.

—Que te lo dé éste, que cobró ya.

Y señaló el barbero al de Orden Público.

—Las personas decentes no fuman,—gruñó el

aludido, mirando á Felipa por encima de las antiparras.

—¡Ande osté ayá, cara de alcuza, con eso santeojo y ese bigote, que me parece osté un lechuzo embalsamao! ¡Vaya con el tío!

—Haiga orden y cáyese osté la boca.

—¡Mira! ¡Que caye yo estando osté delante! ¡Jesú, hijo! Tapesosté la cara con el papé, pa que yo no se la vea, que me está bailando ya la comía en el estógamo.

—¡A cayarse!

—Te juro que cayaré. ¡Como que lo manda su rial majestá el gobernaó! ¡Urrio, so feo!

Se interrumpió aquí de pronto para tomar un cigarro que Aguadillo le daba.

—¿Osté ve, tío del sabre? Éste sí que e un mozo güeno.... Pero no me mire jasí, arrastrao, que me está jerritiendo la jasaura.

El barbero se reía ya, porque pasó, sin duda, su mal humor; el de Orden Público habíase subido las antiparras sobre la frente y miraba todo hosco á la Felipa: estaba irritadísimo contra la gitana, y sus ojillos saltones parecían llamear; el Aguadillo, por el contrario, mirábala con ojos muy tiernos.

—¡Anda, salerosa!—dijo el aguador, encarándose á la Felipa como si la fuese á embestir.—¡Pa qué

tengo yo el tabaco sino pa que le fumen las señoronas más prencipales, como tú eres? Fúmatelo, por Dios, no digo yo el cigarro, sino toa la cajetilla, y luego fúmame á mí, cuando tú quieras en donde quieras y como quieras, que yo soy un mozo güeno, y me toco y me canto y me bailo, y en hablándose de cogé los chismes, que no me digan, porque doy un recorte como naide, y un quiebro como naide, y un pase de muleta como naide, y una estocá recibiendo como naide.

—Pero caya esa boca, gran puerco, que paece jun fraile escosío: tú lo que ere e un granuja más grande que la catreá, y que no me pían á mí que me esté contigo sola un segundo, porque me queaba muerta de mieo.

Había tirado la Felipa el cigarro apenas lo encendió, y accionaba entonces con un desenfado y un descoco para vistos solamente.

—Mira,—añadió;—anda con to jeso chisme de matá pa esa autoriá der papé y de l'anteojo, y verás tú entonce lo que es güeno. Ya le estoy viendo fuera su chisme de matá, que estará mojoso y podrío.

—¡Cayate ya, so puerca!—gritó el agente, tirando del sable.—Mira si está sucio: un espejito, pa que se mire tu cara churretosa.

La gitanilla cruzó entonces las manos, fingiendo terror, y dijo picarescamente:

—¡Ay, que susto! ¡Esconda osté eso, que el diablo la escarga! ¡Válgame la Pastora Ivina! ¡Quién se había de figurá, viendo á osté, que tenía osté to jesos resprandores metíos en drento de la vaina!

—¡A cayar!—gritó el Orden envainando el sable.

—¡Ay, ya lo creo que me cayaré, señon generál! ¡Si yo no lo había osté conocío! ¡No me grite osté, por Dios! Pero ¡Jesú, qué genio tiene usía, qué genio!...

Se interrumpió aquí la gitana porque Aguadillo intentó darla un abrazo por detrás. Volvió furiosa todo el cuerpo y le plantó dos bofetadas como dos mundos. Cayó Aguadillo sobre la cuba y después al suelo; se volcó la cuba entonces sobre Aguadillo; al volcarse, se destapó; se levantó Aguadillo para embestir, ahora con no sé qué intenciones, á la otra; le recibió ella valerosamente, poniéndole á la par como ropa de Páscua; el barbero quiso mediar entonces, no pudo conseguir nada buenamente, y metió con furia su pata de palo entre los energúmenos; el de Orden gritaba:—¡A la cárcel to el mundo!—el agua de la cuba corría tranquilamente; llegó al anafe; como junto al anafe estaba el gozquecillo medio dormitando, se mojó el goz-

quecillo; sintiendo la frialdad del agua, se levantó también y empezó á ladrar furioso en concertante inmenso con las increpaciones de la gitana, los juramentos de Aguadillo, los puntapiés del barbero, los «á la cárcel to el mundo» del Orden, la risa sin freno de la dama belga, Manolita y mis voces, desde lo alto del paredón, queriendo restablecer una paz que no conseguían restablecer el arma reluciente de la autoridad ni la pata de palo del barbero.

X

Curiosidades históricas

Ahora vais á tener noticia de lo más estupendo que puede ocurrir en el mundo. Fué una escentridad de Gúdula. Aproximábase la festividad de Semana Santa y me acosté cierta noche muy contento, pensando en la palabra formal que me dió Manuela, de que veríamos juntos las cofradias.

Me dormí al instante y no olvidaré nunca, que aquella noche soñé que Manuela murió y vi su cadáver de pómulos salientes, escueto, horrible, asqueroso.

Me despertó un ruido extraordinario: golpeaban la puerta ferozmente. Pregunté de mal humor:

—¿Quién va?

—Abra V.

¿Sería posible? Creí haber reconocido la voz de la dama belga.

—¿Quién va?—pregunté de nuevo.

—Yo, hombre, yo. Abra V.

No había duda. ¿Sería posible que ni á media noche, cuando estaba uno durmiendo como las gentes, le dejára en paz la terrible señora?

Se fijó de pronto en mi cerebro la idea de la pesadilla que tuve. Pensé en lo inoportuno de la hora, para venir á buscarme, aunque fuese la dama belga, y supuse que Manolita había enfermado... que Manolita había muerto. Me eché de la cama de un brinco, fuí á obscuras á la puerta, abrí:—¿Qué hay?—pregunté ansioso.

—Nada, vístase V. Abajo le espero.

Me vestí y bajé seguidamente.

—Y bien, ya estoy vestido,—dije con el humor que os podéis figurar. Seferino, que estaba de guardia aquella noche, mirábanos y sonreia discretamente. Le hubiera roto con gusto en aquel instante una costilla á Seferino.

—Salgamos,—contestó Gúdula entonces. Se levantó, se cogió á mi brazo, miró á *Seferino* de un modo que le hizo entrar en respeto, como si la mirada de un dios cinocéfalo hubiese clavado sus pupilas, que relampagueasen de pronto, sobre uno de sus fanáticos y sombríos admiradores.

Salimos, y sin cóleras, sin exaltación, dije así á la dama, sobre poco más ó menos:

—Yo nunca, al hablar con V., he faltado á los respetos y á las atenciones que á una señora se deben. De algunos actos de V. me reí, no más,—en serio lo digo;—que si una vez ú otra me puso usted de mal humor haciéndome oir cosas que sabía ó cosas que no tuve ganas de escuchar, todo pasó al instante. Debo á V. la gratitud de haber conocido á una familia noble y respetable... la gratitud de haber conocido á Manolita misma, pero ¿le parece á V. (por la reputación de V. y por su tranquilidad se lo digo)... le parece á V. lógico lo que alguien pueda haber creído viéndola á V. meterse en un establecimiento público, despertando á los criados y haciéndose visible de tal manera, con el solo objeto de buscar á un hombre?

Quedó ella callada un instante, y exclamó después, en tono que me pareció muy extraño:

—Cuando estoy en países desconocidos, me agrada mas, porque puedo vivir como quiero. Déjeme V:, pues, que haga lo que se me antoje, que tiempo suficiente me queda para volver á la esclavitud de vivir y obrar por la opinión de los otros, cuando vaya otra vez á donde me conocen y á donde están pendientes de loque yo hago. Por de

pronto, me gustan su rectitud y su nobleza. Créalo, amigo; pero sí algún día se le antojase dudar de mi honradez, porque mis actos exteriores puedan inducirle á ello, reflexione, para devolverme así su estimación, que los padres de Manolita, y Manolita misma, son almas honradas, espíritus puros, que me estiman, me aman y me respetan. Eso debe á V. bastarle para que no vea en mis actos nada indigno ni poco noble. Sea V. mi amigo, contentándose con tener una amiga como yo.

Había tanta sencillez, tanta dignidad en lo que Gúdula dijo, que me sentí por vez primera dominado. Guardé silencio: no dije una palabra para excusarme, ni para insistir en lo que dije al oirla: hasta me arrepentí en aquel momento de haber tratado alguna vez con ligereza á esta mujer extraña. Nunca la había oído hablar así.

Tomó ella luego su tono acostumbrado.—¡Bah! —dijo.—Con todo eso, no sabe V. todavía para lo que vine á buscarle.

—Usted dirá.

—Es muy sencillo: para que vea V. Sevilla á la luz de la luna.—Subíamos por la calle de San Fernando.—Vea V. eso,—añadió, señalando el gran edificio de la Fábrica de Tabacos.—Mire usted cómo ilumina la luna al ángel de la trompeta: pare-

ce que está ahí para anunciar al mundo y á los cielos que la gracia de Dios existirá en Sevilla y en Cádiz y en toda Andalucía mientras haya mujeres como las que entran y salen por ese gran portalón.

Con estas ideas me acordé entonces de la visita que hicimos á la Fábrica de Tabacos. Es un grande edificio. Los planos de esta construcción los hizo Wandembourg. Empezáronse las obras bajo su dirección y se concluyeron en 1757 por Catalán y Bengoechea. Da al Este la fachada principal del edificio. Fórmase la portada de dos cuerpos de orden compuesto, y ostenta unos relieves con alegorías de aquello mismo á que el edificio se destinó, y los bustos de Cristóbal Colón y de Hernán Cortés. Sobre el frontispicio del segundo cuerpo elévase una estátua que representa la Fama. El pueblo la denomina *el ange*, y la trompeta del *ange* de la Fama es la del símil de la señora de la nariz y la de otro símil del vulgo sevillano que, por lo escandaloso no explico al lector. Según dato que vi más tarde, la construcción de este edificio costó 37 millones.

Pero no es ciertamente el edificio, ni su arquiquitectura, que nada tiene de particular, lo que más atrae, si uno se detiene allí cinco minutos, á las ocho de la noche, por ejemplo, ó por la maña-

nita, cuando Dios amanece. Si es malagueño, ó conoce á Málaga bien, se acordará al instante de la tejedora. Encanta y fascina el espectáculo. Aquel gran portalón de piedra y hierro escupe sin cesar centenares y miles de mujeres: algunas, pálidas, tímidas; otras, morenas, ardientes, apasionadas. Quita uno los ojos de una bandada para ponerlos en otra. Salen de allí á borbotones, como en olas elevadísimas que rompen con grande estrépito. De aquellos cerebros salen, mientras, agudezas y donaires que parecen rayos de luz brotados del fondo mismo del mar: Allí es donde se ve á la andaluza, allí está lo grande, lo típico, lo hermoso; aquella es la andaluza raza, con polisón, es verdad, con polisón y vestido largo y tacones de *carrucha*... Pero no importa; aquello es andalúz en las facciones, en los ojos, en el andar, en el gesto, en la frase. Y rompe una oleada, y otra luego, y después otra. Allí van mujeres y mujeres, la sal del mundo, la alegría de los cielos, la sangre que vibra, la pólvora que se dispara. A un lado y á otro de la puerta, hay un corrillo de mozos, esperando cada uno á la suya...

Allá van luego las parejas calle abajo ó calle arriba, devorándose con los ojos, aunque se destrocen inhumanamente con la palabra. Llevan ellos su go-

rra de seda tendida hacia adelante, su chaqueta ó su blusa, su pantalón pegadito á la carne y sus zapatos muy pintureros. ¡Bah! El mocito del pueblo andaluz me desagrada. Los que yo he visto me parecieron chulos, y, para chulos, la verdad, tenemos de sobra con los de Madrid. Pero la mujer andaluza es ella siempre, la impresionable, la salerosa, la noble. Se ha modernizado también, pero no le hace: bajo su vestido de corte irreprochable, que cae en pliegues sobre la punta de su pie diminuto, y bajo el mantón que la cubre toda, como queriendo loco de rabia, hacerla desaparecer para siempre; bajo una cosa y otra, destácase la andaluza del pueblo, como en mitad de una noche oscura sábese en Sevilla que estamos cerca de una plaza por el aroma de los azahares que nos llega al corazón. Me acordé entonces de Amicis porque me acordé de cuando estuve en la fábrica algunos días antes. No encuentro yo á mis paisanillas tan exageradotas para eso de los colorines en el vestir, ni dentro ni fuera de los obradores; pero á Amicis le ocurre lo que á muchos escritores meridionales, no ya de España, sino de Francia también, que escriben y escriben y echan embustes, faltando á la realidad como les parezca bonito lo que escribieron.

Me alejé de allí con cierto pesar, y no puedo explicaros el motivo. Ya no me acordaba de la escena con Gúdula, ni de mi sueño ni de ninguna cosa, porque aquella noche tranquila y aquel paseo nocturno disiparon de mi imaginación todo lo que no fuese del instante. No puedo yo decir precisamente los nombres de las calles que atravesamos.

Parábase Gúdula á cada momento, dándome explicación de una cosa ó de otra. No sé de dónde había sacado tanto aquella mujer. Yo, y cualquiera lo mismo que yo, puede ir á un libro y enterarse de ciertas cosas: hasta puede tomar apuntes de ellas; pero ¿y la memoria para retenerlas, pudiendo decirlas en cuantas ocasiones se le antojase? Aquella noche me ilustró especialmente en infinidad de nombres de sevillanos famosos; me contaba la vida, los hechos, la profesión de cada uno; enseñábame á lo mejor una casa, contándome á seguida la historia de ella, quién vivió, quién murió; hablábame de la arquitectura de este edificio ó de aquél, del nombre de tal ó cual calle, su tradición ó su historia; en la calle de Santa María la Blanca me habló de cierta casa donde existe una colección de azulejos árabes, construídos en el barrio de Triana, hace tres siglos.

El palacio del marqués de Palomares, en la plaza del duque de la Victoria; la casa del de Villapanés, en la calle de Santiago. En la calle de Tabares me salió al puntó con la famosa relación de la sin par D.ª Estrella de Tabares, en cuya casa existe aún el postigo por donde entró el rey don Sancho, y el lugar donde Busto mató á su esclava por haber abierto al rey el famoso postigo. En esa misma casa estuvo más tarde el tribunal de la Inquisición. En la plaza del Cardenal Lluch se burló á su albedrío de las infamias arquitectónicas del palacio del obispo y de aquel estilo plateresco que envenena. En la calle de Zaragoza me enseñó la casa de Santa Teresa. Me parece recordar que tiene dicha casa el número 66 ó 68. Según me dijo Gúdula, en aquel lugar fué erigido el primer convento de Santa Teresa de Jesús en 1576. Viviendo aún la ilustre reformadora del Carmelo, trasladáronse las reclusas de su fundación al edificio que hoy tienen, llamado *las Teresas*. La casa de la fundación la reconstruyeron hace pocos años, salvándose de los restos doce columnas, dos preciosos techos de artesonado y un pedazo de gran riqueza artística de otro. Vimos la torre de la Plata y la torre de Abd-el-Aziz. De la una me dijo mi compañera que está erigida en el lugar donde estuvo el

Postigo del Carbón: es idéntica casi á la del Oro; de la otra, llamada generalmente Torreón de Santo Tomás, díjome también que en ella habíase levantado, según la tradición, la primera insignia cristiana después de la reconquista. Allí estuvo hasta que entró San Fernando en Sevilla el 22 de diciembre de 1248. Por esta causa llevó igualmente otro nombre en remotos tiempos: el de Torre de la Victoria. Yo no pude ver nada de este edificio por la oscuridad que allí había; pero afirmó la señora de la nariz que se pueden observar en sus remates preciosas reminiscencias arabescas.

Delante del Teatro de San Fernando me dijo así Gúdula:

—Sevilla ha sido quizás la población española donde con más ahinco se persiguieron los teatros. Sábese que existió uno entre fines de 1500 y principios de 1600, y que se situaba en el patio de la Montería de los Alcázares. También había un viejo teatro en el siglo XVI. Y digo viejo, aunque no sepa cuando se edificó, porque en 1614 habíase ya incendiado por sexta vez, y, por muy poco tiempo que echasen en reconstruirlo la media docena de veces, y en suposición de que no corrieran mucho los alarifes, es lógica la creencia de que se podrían sumar algunos años. Todavía se incendió otra vez

en la citada fecha de 1614, concluyéndose su reedificación en 1631. En 1674 fué arruinado nuevamente, reedificándose por vez octava, y dió representaciones hasta 1679. Fué cerrado á causa de la peste. Se abrió, por fin, para un espectáculo de fantoches. Creyendo el público, por no sé qué razón, que se quemaba otra vez, salió espantado, aplastándose en la salida multitud de personas, y fué derribado á poco.

Este teatro se llamaba el Coliseo. Un siglo permaneció entonces Sevilla sin teatro por el recatamiento y la pudibundez de las familias de aquella época, por el miedo, además, de todo el mundo recordando las trágicas historias del Teatro del Coliseo, y porque las autoridades tampoco lo querían consentir, condenándolo con multas enormes é impidiendo la representación de las principales obras como algún osado se permitiese levantar cabeza. En el último tercio del siglo XVIII hubo al fin un asistente muy ilustrado, don Pablo Olavide, que autorizó de nuevo la representación de comedias. El mismo mandó edificar, aunque no pudo verlo concluído, un teatro de gran magnificencia en la casa de los duques de Medina-Sidonia. Mientras se concluía aquél, hizo uno provisional de madera, junto á Santa María de Gracia, y otro en la

calle de San Eloy. Cayó este Olavide, y el Ayuntamiento, influído por la gente de iglesia y los particulares de excesivo celo religioso, mandó cerrar los dos teatros provisionales y paralizar las obras del Teatro de Olavide.

La furia contra los teatros duró aún hasta 1795. Se presentó en esa época, en el Ayuntamiento, una señora con una cédula del rey autorizándola para establecer uno. La Municipalidad, sorprendida, solicitó del monarca revocación de la gracia hecha á esta señora, que se llamaba Sciomeri. El rey contestó—*No ha lugar*, y el Ayuntamiento, despechado, puso gran número de individuos que en algunas noches consiguieron destruir hasta el último cimiento del Teatro de Olavide. Creyó la Municipalidad que la señora Sciomeri desistiría así, pero animada ella por una segunda real orden, tomó á tributo unos solares de los señores Guadalcázar en la calle de la Muela, construyendo el Teatro Principal, que se estrenó con la comedia *El Maestro Alejandro*. Se declaró en 1800 la fiebre amarilla, y con este motivo el Ayuntamiento tuvo ocasión de cerrar el teatro sin idea de que se abriese más; pero pasó la epidemia, y la empresaria acudió nuevamente al rey y obtuvo otra real orden autorizándola no solamente para dar comedias, sino operetas,

tonadillas, sainetes y bailes, lo que produjo en Sevilla un escándalo feroz de protesta, sin que dejase por eso de ir á la función ningún nacido. Se abrió, pues, el teatro, con la representación de la ópera francesa *La Posaderita* y estuvo así hasta 1808, en que la Junta de Sevilla lo cerró. Se abrió en 1810 por orden de José Bonaparte, y continuó hasta 1830, cerrándose con motivo del cólera de que se vió invadida la ciudad. Procedieron entonces á su reedificación. Se crearon, además desde 1821, los teatros de San Pedro, de Hércules, de la Misericordia, de la Campana, de San Hermenegildo, de Guadalquivir, de Vista Alegre y de San Martín. Todos han desaparecido y sólo quedan los actuales, cuyos nombres le dije cuando veníamos en el tren.—

Me pareció de interés la historia del teatro en Sevilla, y hablando de esto llegué con Gúdula á la Alameda de Hércules. Es un hermoso paseo que se sitúa al NE. de la población. Tiene á la entrada dos grandes columnas de granito, de inconmensurable altura. Se coronan respectivamente con las estatuas de Julio César y la divinidad gentílica. Estas columnas y estatuas son hallazgos de excavaciones, y de gran mérito por su antigüedad. Del inagotable almacén de memorias de Gúdula, salió una bellísima fábula sobre la fundación de Sevilla, que

recordó á la vista de las columnas de Hércules.

—Esta fábula,— me dijo, — es de la *Crónica* de Alfonso *el Sabio.* Algunos historiadores, y Madrazo uno de ellos, la copian, condenándola por inverosímil, y es tonto, porque todo el mundo que la lea, lo he de suponer, pero admirará las dulces bellezas del estilo de su autor. Después que Hércules hubo vengado en los Geriones la traidora muerte dada á su padre Osyris, recogió los miembros de éste, y, dándoles honrosa sepultura, «corrióssc con sus naves por la mar, fasta que llegó al río Bethis, que ahora llamamos Guadalquivir, é fué yendo por el río arriba fasta que llegó al logar do es Sevilla poblada, é siempre iba catando por la rivera á do fallaría un buen logar do poblasen una gran ciudad, é no fallaron otro ninguno tan bueno como aquel do agora es poblada Sevilla. Entonces demandó Hércoles á Alas el estrellero si faríe allí la ciudad. E él dixo que ciudad avríe allí muy grande, mas otro la poblaría, ca non él. E cuando oyó esto Hércoles, ovo gran pesar, é preguntéle qué ome seríe aquel que la poblaríe. E él dixo que seríe home honrado, é más poderoso que él, é de grandes fechos. Cuando esto oyó Hércoles, dixo que él faríe remembranza, porque cuando viniesse aquél, que sopiesse el logar do avíe de ser

la ciudad. E Hércoles, de que non pobló á Sevilla, puso allí seys pilares de piedra muy grandes, é puso en somo una muy grande tabla de mármol, escripta de grandes letras que dezían assí:

AQUI SERA POBLADA LA GRAN CIUDAD

»É en somo puso una imagen que tenía la una mano contra Oriente, é tenía escripto en la palma

FASTA AQUI LLEGÓ HÉRCOLES

»E otra mano tenía contra yuso, mostrando con el dedo la tabla.»

De aquí,—añadió la dama,—parece que Lorenzo Sepúlveda tomó, según Madrazo, asunto para aquel romance que empezaba:

Hércoles el esforzado,
muchas lides ya vencidas,
á Sevilla la nombrada
hizo nueva venida,
que no era poblada entonces,
si no desierta y esquiva,
y, visto el sitio y postura,
seis pilares le ponía....

En fin: lo malo es, aparte de la belleza de todo eso, que hubo quien lo creyó; y aseguran varios autores, Pedro de Medina y Ortiz de Zúñiga entre ellos, que las columnas de Hércules de esta Alameda, son de las que el semidiós había dejado en memoria. Lo que se sabe de cierto con referencia á dichas columnas, es lo siguiente: Estuvieron en San Nicolás hasta el reinado de Pedro *el Cruel*. Fueron entonces al Alcázar cuando su reedificación; se rompió una y se abandonaron todas, quedando en un hospital cuyo nombre no recuerdo, hasta 1574, en que D. Francisco de Zapata, ilustre asistente de Sevilla, construyó la Alameda, colocando á las columnas esas estatuas, que son del siglo XVI.

Anduvimos bárbaramente de un lado á otro de la población, y una vez y otra confieso que estaba ya alegre. Habíame acostumbrado un poco á oir á la dama belga, y habíase acostumbrado ella un poco también á hablar menos de prisa. Me cansé mucho de andar, pero no me aburrí, porque á cada paso salía con una anécdota de la dama, un nombre célebre, ó una tradición. Todo lo que me contó Gúdula es un mundo que no cabe en mi cerebro. Me enseñó la plaza de San Bartolomé, la casa del célebre Mañara en la plaza de Ponce de León, el

palacio donde nació el marqués de Cádiz, célebre por sus guerras con los moros, ese palacio que fué de los duques de Arco. También vivió y murió más tarde en él, por el siglo XVIII, la venerable Catalina de Herrera. En la calle de Cervantes ví la casa donde murió el Padre Lista. En la calle del Escarpín me dijo Gúdula que allí fué muerto á puñaladas, en el año 1630, D. Fernando Melgarejo, célebre veinticuatro de Sevilla. En la del Garzo, me afirmó que había muerto, en la casa número 17, la condesa de Sales, famosa por lo que hizo figurar su nombre en las conspiraciones y la guerra de los siete años.—Vea usted,—exclamó la señora de la nariz en una calle que se llama de Jesús:—aquí están las oficinas de la Subinspección de Ingenieros Militares. Éste fué convento de religiosas Agustinas. En este edificio están todavía los baños de las reinas moras. En el número 6 vivió el gran poeta y dramaturgo duque de Rivas cuando residió en esta ciudad.

Calló Gúdula y seguimos nuestra marcha silenciosamente. Mi corazón empezó á oprimirse, y paréceme hoy que fué aquello preludio de las grandes y nuevas impresiones que muy pronto iba á experimentar.

XI

Las canillas del Rey y la vieja del candilejo

No puedo decir la hora que sería en aquel punto: cuando Gúdula calló nos encontrábamos otra vez en la plaza de San Fernando; seguimos por la calle de Génova, que es de las mejores de Sevilla: hay también en esa calle, como en la de las Sierpes, muchos y elegantísimos comercios. De la calle de Génova salimos á la del Gran Capitán, conocida generalmente por *las Gradas*. Rodeamos, hasta pasar por la calle que se forma con la Lonja y la Catedral. Delante de la fachada de la Lonja hay una cruz de piedra, erigida allí como símbolo de respeto; como testigo santo de las contrataciones y ventas.

Quedó Gúdula un poco rezagada, mirando hacia la Lonja, y yo avancé hasta encontrarme junto al pedestal de la cruz. Al pie mismo del símbolo

cristiano, quedé inmóvil, como en éxtasis, de la grandiosidad que ante mis ojos aparecía, y me refiero en este punto al efecto que me causó la contemplación de la parte alta de la Catedral. Mis ojos estáticos dirigíanse allí, á las agujas atrevidas, largas, negras, como sombrías estalacticas hechas por los genios en las profundidades del abismo. Mi impresión era indefinible: placer y congoja á la par: era la alegría de aquel espectáculo grandioso y el gran sentimiento de no tener alma bastante para que todas las impresiones sublimes que aquello producía cupiesen en ella. Era un pavor infinito, un respeto santo, un amor glorioso, á no sé qué espíritu superior que girase en torno mío. En estas impresiones había también entusiasmo febril, admiración profunda, pensamientos humildes á memorias antiguas, á nobles tiempos históricos, á benditas grandezas nacionales, á los espectros de los reyes que en mi honda impresión creí ver pasear, melancólicos, por los altos torreones; á los farolillos de luces melancólicas como lágrimas de la muerte, en aquella profunda y negra soledad, y á los arcos esbeltísimos y las agujas como flechas disparadas á los cielos. Costábame trabajo decidir la partida. En aquellos altos pilares negros creía yo contemplar pupilas lucientes en los huecos carcomidos

de enormes calaveras; labios desdeñosos, colosales armaduras, en cuyos aceros vibraba el aire como salmodías lúgubres, mantos que flotaban, algo espantoso y bello á la vez, puro y sombrío; grande y embriagador. Ese encanto especial,... El sublime encanto de la poesía de la historia se apoderó de mí. Detrás quedaba la mole de piedra de la Lonja. Al lado derecho veíanse confusamente, formando ángulo con la Catedral y la Lonja, los muros renegridos y loschatos torreones del famoso Alcázar; y yo, como otro hombre de piedra, convidado por Dios para que admirase su obra, permanecía mudo y estático, los ojos fijos y el corazón suspenso, allí, junto al pedestal, cobijándome, como una bendición divina, los brazos de la cruz.

Como si comprendise lo que yo pensaba, exclamó Gúdula entonces:—Yo también creo contemplar en esas alturas fantásticas las sombras de los hombres y las mujeres ilustres que duermen en las tumbas de piedra de la Basílica. Es lástima que no vea V. la Capilla Real; puede decirse que es de orden romano con reminiscencias platerescas; hizo la traza Martín Gainza. Es grandiosa verdaderamente. Se exhorta con doce figuras de piedra representando los reyes del Viejo Testamento, de tamaño na-

tural, que trazó Pedro Campaña en 1553 y las construyeron Lorenzo Vao y Demetrio Campi. Las doce figuras sitúanse en el arco de entrada, que se cierra hasta la cornisa con un enorme enrejado de hierro que remata con la figura de San Fernando á caballo, de tamaño mayor que el natural, á tiempo de recibir las llaves de Sevilla, que le entrega Sxataf. A un lado y á otro se encuentran los sepulcros de Alfonso X y de la reina D.ª Beatriz. Al pie del altar, donde se venera la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, en urna de plata y resguardado por una verja de bronce, está incorrupto el cuerpo de San Fernando. También está en esa capilla la Virgen que llevó Fernando III á las batallas en el arzón de su caballo. Entre la capilla y su panteón están los enterramientos de San Fernando, Alfonso *el Sabio*, su madre D.ª Beatriz de Suabia, la otra reina D.ª María de Padilla, don Pedro *el Cruel*, su hijo D. Juan, el infante D. Fadrique de Trastamara, los infantes D. Alfonso y don Pedro de Castilla, hijos de Alfonso XI, y el conde de Floridablanca.

Acabó Gúdula y seguimos un poco hasta dar con el muro del Alcázar. La Catedral y el Alcázar parecen allí dos viejos venerables que miran desdeñosamente la Lonja, como el hombre maduro

mira alguna vez al mozalbete sin experiencia. Al pie mismo de la muralla, como los antiguos juglares al entonar sus trovas, quedé yo un poco, para contemplar por última vez los encajes fantásticos de aquellas agujas de los altos de la basílica, y fué entonces cuando contuve trabajosamente un grito de admiración. Proyectábase la luz de la luna vigorosamente sobre aquel divino poema de ornamentación. Resplandecían las agujas como de noche con el fuego fatuo resplandecen en los cementerios las osamentas: parecían aquellos largos picos, recortándose fantásticamente en la altura, tropel de dedos siniestros señalando á arriba para desafiar la grandeza de Dios.

Sentí la mano de Gúdula sobre mi hombro, y, al fijarme en ella conmovido, vi chispear en sus pupilas el entusiasmo. El espíritu de aquella mujer era un misterioso poema del arte. Entonces no habló: entonces guardó un silencio que tenía mucho de respetuoso y contemplativo. Sabía de más que no tenía en aquel punto que explicarme nada. Aquel rayo de luna, iluminando las fantásticas agujas góticas dela basílica, no necesitaba fechas ni historia para entrar en el corazón y quedar allí siempre.

Yo creí que el espacio se poblaba súbitamente

de fantasmas, que descendían hasta unirse á nosotros; fantasmas representando á los seres de otras épocas que salían de sus tumbas de granito para volver á sus hogares, á su familia, á sus costumbres, á sus amores. Todo volvió en aquel punto, al ser de hace algunos siglos. Sentí rumor de espadas, y el eco de las trovas llenó lánguidamente el amoroso aire cargado de perfumes, que acariciaban con lúbrica pereza mis ardientes labios y mis cansados ojos. Por el negro y sombrío murallón coronado de almenas vi asomar los cascos de hierro, crujió el coselete al golpe de la lanza, y, por una estrecha abertura de allá del fondo, centelleó la mirada infinita de amor y resignaciones de una esclava ó de una reina. ¿Sabéis vosotros el efecto que en este punto puede producir el tono lento de una campana? Es lo infinito, lo inconmensurable. ¡Yo lo oí! Y ¿sabéis vosotros el efecto que en esta gran postración divina de todas las potencias puede producir el rumor que de pronto se escucha de risas de mujeres, el menudo taconeo de un zapatito y el crujir de una almidonada enagua? Esa impresión no puedo explicarla yo: explicáosla vosotros. El recuerdo nada más, me estremece y me aturde.

Sí, aquel silencio supremo que me llevó á otros mundos, á otras épocas, á otros seres; aquella fas-

cinación lánguida, hermosa y grande; aquel reposo absoluto y feliz de vaguedad y muerte, fué interrumpido de pronto por las carcajadas de unas cigarreras que pasaron por allí á sus domicilios: venían de la fábrica, según supe después, de velar en su trabajo, hasta última hora de la noche.

—Adelante,—dijo la dama belga, lacónicamente.

Avanzamos por el Patio de Banderas, introduciéndonos algunos minutos después en el callejón del Agua.

Era el callejón conforme en todo con el espíritu de allende los siglos, que parecía alentarme á mí aquella noche; un callejón estrecho, techado, misterioso, sin empedrar, resbaladizo, lúgubre, con arcos viejos y un Ecce-Homo con su lucecilla siniestra qne hacía estremecer; un callejón con toda la terrible y pavorosa hermosura de los antros malditos, lleno de ventanas y balcones microscópicos, raquíticos, obscuros. El callejón tenía cinco revueltas en treinta varas: cada ángulo hacia en el techo una cúpula octógona. Los ángulos que se formaban en la revuelta me parecían, y tal vez lo hayan sido, antiguos calabozos del Alcázar, taladrados después de uno á otro por la furia del pico, formándose de esa manera el callejón.

Fuera ya de este lugar verdaderamenté típico, costeando el muro siempre, nos internamos en el barrio de Santa Cruz, y creo (no quisiera equivocarme) que fué por la calle de la Pimienta. Casucos viejos, sombríos, destartalados; callejas sucias, imágenes en las esquinas ó en las paredes con lucecillas macilentas, y, como contraste vigoroso, sobresaliendo por los bardales de las tapias grandes montones de yedra aquí y acullá. Esto era lo que veíamos siempre. Dimos en la calle del Lloro, tuerta, larga, oscurísima... metiendo, en fin, ganas de llorar. Pegado contra la pared había un bulto que me dió muy mala espina.

Yo toqué á Gúdula con un codo, como advirtiéndola un peligro, y acorté la marcha maquinalmente.

—Ande V.,—me dijo Gúdula, muy bajo;—es uno que pela la pava.

Continuamos. En medio de aquel mutismo cavernoso, sentíamos alguna vez, como eco espeluznante, la voz del sereno, el rápido pisar de un transeunte trasnochador, el crujir de un postigo, y otras veces, consolador y dulce, el rumor de castañuelas y de guitarras. Recuerdo perfectamente la calle de los Abades y la calle de los Ángeles: blanca ésta como una paloma, ancha al principio, con su cuadro

de Animas, en un ángulo que forma para angostarse bruscamente y convertirse en callejón, estrechillo y tortuoso como la conciencia de los que en el cuadro de Animas purgan. Dimos después en la calle de los Mármoles. Allí, en un viejo casuco á medio derruir ó derruído del todo, había clavadas en el suelo, hasta la mitad, tres columnas inmensas. Iluminábase aquel sitio con la luna y se proyectaban las tres sombras inconmensurables y fatídicas sobre el costado decrépito del edificio.

—Vea V.,—me dijo Gúdula, señalándolas;—esas columnas parece que son hermanas de las que hay en la Alameda de Hércules, ó, por lo menos, de aquí dicen algunos que fueron sacadas aquéllas.

Hablando íbamos todavía al llegar á la calle de la Cabeza del Rey D. Pedro. Muy conocida es la historia que da nombre á está calle. En un espacio reducidísimo de ella, concurren la del Almirante, la del Hoyo, la de la Carne, la del Corral del Rey, la de Plasencia y la del Candilejo, estrechas todas, obscuras y sombrías como bocas de abismos. En el frente que forma la esquina de la división cortada, de la que es hoy calle de la Cabeza, con la del Candilejo, hay un casucho con una tabernilla; un casucho chiquitín, viejísimo y cascarrioso. Encima hay un balconcillo miserable. Aquella casa

dicen que es la del candilejo; aquel balconcillo destartalado y dificultoso, por donde se asomó la curiosa vieja, observando á la luz de su candil á los que combatían en la encrucijada. Conoció que el matador era el rey, por el ruido que le hicieron las canillas, al huir.

Acabó Gúdula de contar aquello, señalándome con una mano el casuco y el balconcillo.

—Vea V.,—añadió, conduciéndome hacia la otra esquina;—ahí está el busto del rey, en ese nicho, en conmemoración de la cabeza que el mismo rey mandó poner como un ejemplo de su justicia.

Calló la dama, todo quedó en silencio, ocultóse la luna rápidamente... Ni una voz, ni una pisada, ni un eco. Las seis bocacalles, como otras tantas fauces negrísimas de monstruos que se abrían para tragarnos, infundíanme malestar profundo. Silencio siempre, soledad medrosa, negrura, mutismo frío y desconsolador. De repente se oye un agudo chirriar de puerta; más allá brilla una luz... ¿Qué era aquello? Me estremecí: ¡el chirriar de la puerta me pareció el ruido de las canillas del rey; la luz que brillaba, la de la vieja del candilejo!

XII

Procesiones

A la tarde siguiente estuve en casa de Manolita y se convino todo para ir al otro día, á ver las procesiones. Llegó la hora y salimos á la calle. Ibamos los tres solos: Manolita, Gúdula y yo. Comprenderéis vosotros la satisfacción de que yo iba rebosando con tales compañeras.

Gúdula se cogió á mi brazo, porque los remolinos de la multitud nos seperaban á menudo. Manolita se cogió también al de Gúdula, uniéndonos los tres en fuerte cadena, que tenía que partirse muchas veces para dar paso á una atroz avalancha de fanáticos devotos, que iban á coger sitio junto á las Casas Capitulares. Salimos por la plaza de San Fernando, teniendo á la izquierda la parte antigua del Ayuntamiento. Esta obra se comenzó

en 1556 y duró ocho años. El nombre del autor del proyecto es desconocido. Una parte, la que dá á la calle de Gerona, tiene dos cuerpos. Consta uno de cuatro pilastras de talla primorosa: colócanse de dos en dos, con un espacio en cada pareja, donde están las columnas de Hércules, las armas de Borgoña en dos medallones. Un arco revestido de follaje, en el centro indica la puerta. La puerta es de dos hojas con delicados relieves y frisos. Forman el segundo cuerpo cuatro columnas, guardando simetría con las pilastras del inferior. Sobre la puerta central se ven las armas de Sevilla y las del Cabildo Eclesiástico. Haciendo escuadra con esta puerta descrita, se ve otra fachada á la izquierda, de igual forma. Es de seis pilastras el primer cuerpo; descansan allí seis columnas de orden corintio, que constituyen el segundo; y se nota á las claras que el edificio quedó sin terminar. El lado que cae á la plaza de la Constitución tiene los mismos cuerpos: uno que asombra por la hermosura y profusión de detalles; y el segundo, que sube desde el cornisamento con seis pedestales y seis columnas que se adornan con relieves. Hay cinco ventanas en los intercolumnios, con pilastras algunas de ellas y acolumnadas otras. Adórnase la del centro con un bellísimo arco.

Pidiendo perdón por mis digresiones, he de decir ahora, que nos colocamos al fin cómodamente en un balcón de la plaza de San Francisco. Entontonces Manolita, graciosamente, sin afectación, asombrándome, por creer yo imposible que fuese aquella la muchacha que conocí en Arzulfarache, habló así:

—Tuviera para no acabar nunca si pretendiese hacer la historia de las cofradías sevillanas. Viene su origen de tiempos muy remotos. A raiz de la reconquista fuéronse organizando estas hermandades, famosas hoy en todo el mundo. Como dato curioso conviene advertir que no tenían en su primera época carácter religioso muy marcado: conocíanse más como instituciones políticas, al decir de los eruditos. Diéronlas el carácter religioso que hoy representan á fines del siglo XV; aumentó esto en el siglo que siguió, llegando al delirio en los XVII y XVIII. En tal esplendor se mantuvieron y así continúan. Ese escandaloso derroche de plata, de oro, de mantos, de vestiduras, de joyas, de imágenes de valor artístico inmenso, proviene sin duda de la desastrosa rivalidad que entre las cofradías existe. No es esto de hoy, ciertamente: este odio es hereditario, como el de Montescos y Capuletos: légaselo el uno al otro en las familias de

los cofrades de la hermandad que sea. Hay hombre que pertenece á su cofradía desde que su padre murió; el que murió fué hermano también desde que perdió al suyo; y así retrospectivamente. La familia, en fin, ha pertenecido á la hermandad desde que la hermandad se fundó.

Desde algunas semanas antes se conocen los síntomas de esta locura anual de los Sevillanos. Nótase al principio en las clases bajas. La marea va subiendo después, con lentitud, hasta un límite en que todo se desborda. Si entra usté en un corral de Sevila no oye hablar de otra cosa: la mozuela secretéa con el novio; la viejecilla habla con otras, sentadas al sol para *escarmenarse* cómodamente en mitad del patio; el chiquillo interrumpe á lo mejor su juego del trompo, de la billarda ó de los metales. No tenga usté cuidado: en una parte y en otra se hablará de lo mismo. El secreto de los mozos consiste en los planes de felicidad para la Semana Santa que viene; el cuchicheo de las viejas, para recordar la Semana Santa de sus lejanos verdes abriles; la interrupción del juego en los chiquillos, para comunicarse tal ó cual noticia de que á Fulanico, el de más abajo, ó á Menganico, el de más arriba, le están arreglando ya la *vestiura*.

Es curioso y digno de estudio: después de la

tropa menor, después de las mujeres y los chiquillos, van entrando también en el candente horno los hombres serios, los privilegiados, los elegidos, los que han de ceñir su cuerpo con la túnica, los que han de cubrir su cabeza con el capirote, los que han de llevar en su frente la corona. Pasan los dias, y los corros de las vecinas de acá y de allá, van aumentándose; se cuentan sus impresiones, sus inquietudes, sus fatigas, por este moño que tienen que comprar para el nazareno, por aquel lazo que se perdió y que es preciso reponer. Fíjese: cada una de las mujeres recuerda cómo salió el marido de la otra el año anterior, y, en lo que sus miserables fuerzas alcanzan, procura que su hombre le aventaje esta vez en cualquier cosa, en una cinta, en un pañuelo, en unas medias. Este deseo de humillarse mutuamente, que está en todos, es en la clase media igual que en los artesanos, y en la pudiente lo mismo que en la clase media. De esta rivalidad y este esfuerzo que hace uno para vencer al otro, en su esfera cada cual y guardando la relación necesaria, resulta el fausto inmenso, el tesoro maravilloso que hoy representan las cofradías sevillanas.

No crea usté en la amistad de las vecinas que componeen estos corrillos, fórmanse con la inten-

ción malévola de sorprenderse las unas á las otras. Sabiendo lo que lleva el de más abajo, no es ya el enemigo tan temible. ¡Qué blanca, qué resplandeciente la ropa interior! Todo el año estuvo la pobre mujer sacrificándosepara acumular en su alcancía el importe de las medias finísimas de seda con grandes ramos azules que compró por la mañana, temprano, el mismo miércoles, al marido nazareno. Él ha venido ya con sus zapatos de charol, que relampaguean ante los ojos de la emocionada mujer... Cuando lleva zapatitos de raso con tacones de *carrucha*.. ¡ay, qué gusto!

Después de las medias y los zapatos, cíñese la túnica negra ó de otro color, de percal ó de terciopelo, según la cofradía. Apriétase los cordones, que cuelgan jugueteando y enredándose á las piernas; échase el antifaz hacia arriba, sujetándolo con la corona; sujétase igualmente la enorme cola de la túnica, colgándola, para que no le estorbe, de las cuerdas del cinturón; se pone los guantes, aquellos guantes históricos que sirvieron por última vez el Jueves Santo anterior, le dá su mujer la última mano, y allá traspone, orondo, satisfecho, altivo: á todos mira, á todos saluda, con todos habla, en todas partes se mete, aquí le dan de fumar, allí de beber, en un lado le hacen el elogio de

la túnica, en otro el de las medias, en otro el de la corona. Se unen algunos para andar las estaciones, y no quiero yo decir lo que resulta de aquella religiosidad y cristianismo fervoroso. Andar las estaciones por los nazarenos, en ese día, es ir de taberna en taberna. Cuando llega la hora de la procesión, una cuarta parte del cristiano ejército tuvo que irse á dormir la mona, estropeado, mal ferido, descompuesto, roto.

Yo oía á mi pareja, embelesábame á la par, contemplando aquel rostro terso y suave, de grande expresión; aquella boca, que jugaba con un donaire hechicerísimo; aquellos ojos de mirada pura, viva y vibrante, con relámpagos de juventud de pasión, aquel conjunto, armónico en fin, envolviéndose en el misterio de los delicados y acariciadores pliegues de la mantilla.

...Y yo me preguntaba.—

—Pero ¿porqué no menciona á Pepito? Porque no me habla de Aznalfarache?

Se interrumpió Manolita, para decir enarcándose sobre el barandal:

—¡Ay, Jesú! Pero ¡cuánto tardan! Se muere una con tanto esperar.

Para que se distrajese, la pedí que siguiera hablando.

Me miró un instante sonriendo.

—Y ¿no se cansa V. de oirme?—preguntó.

—¡Ca!

—Pues entonces volveré á lo de antes. ¿Y el cuadro que el nazareno deja tras sí, cuando sale de su casa hasta que llega la hora de la procesión?

—Yo le describiré uno, á ver si es eso,—dije, interrumpiéndola.

—¿Usté?—preguntó sonriéndose.

—Ayer mañana, fuí con un amigo por el barrio de san Bernardo. Entré en uno de los corrales para curiosear y una mujer había acabado de vestir á su hombre, de Nazareno.

—Cuéntelo, cuéntelo todo.

—Es que no soy responsable del efecto que le haga como lo cuente al pie de la letra.

Titubeó Manolita, y exclamó luego riéndose:

—Usté no irá á decirme una atrocidad.

—De ningún modo—repuse friamente.—El asunto es de primera. La mujer, según confesión propia, quedó rendida, extenuada. La obra tremenda de vestir al Nazareno concluyó al fin. «Pero ¿quién la vestía á ella para ir á verle cuando pasase en su fila, seriote, con su gran cirio y su gran cola?» Estaba la mujer de rodillas en el suelo. Lo último que hizo fué arreglar

los pliegues de la túnica, se arrodilló para la maniobra, y arrodillada quedó como si no pudiera moverse. Rodeábase de vecinas y comentaban todos el traje del *señó* José y del *señó* Joaquín. La arrodillada quejábase, en tanto, de la cintura y de este lado y del otro.—¡Ay, válgame Dió, que me parece que man pegao una paliza!.... ¡Qué hombre, Jesú mío! ¡Qué mal rato me dió!—¡Qué manera de hacerse la interesante porque su marido iba de Nazareno! Me fijé mucho porque á una de las vecinas que rodeaban á la triste, se le ocurrió decir que el marido de una tal Petra llevaba el escapulario en no sé qué otras condiciones. La débil, la extenuada, la que no se podía mover, dió un salto de fiera, se fué hacia la otra como para abalanzársela y le metió los puños por los ojos, gritando fieramente:

—¡Lo que es fulanita es una envidiosa, y tú una lleva y trae, puerquísima!

—¡Vaya con ésta, cómo se pone porque he dicho eso!—contestó la llave y trae, con mucha calma.—Refréscate un poco, que te se va á descomponé el estómago con tanto arrechucho.

—¿No oyes tú?—gritó la del Nazareno, encarándose más aún con la que habló.—El estómago lo tengo yo pa eso y pa mucho má.

—Púrgate,—dijo la otra en su tonillo de sofiama.

—¡Ya lo creo que me purgaré, pero será comiéndome á alguna persona que ataque á mi digniá!

—¿Seré yo la purga entonce? ¿Me va ja comé, hija?

—Me parece que estás guaseándote.

—¡Ca! ¡No señora! ¡Con la mujé de un Nazareno! ¡Qué dirá el alcalde!

—Mira, que me estoy abochornando.

—¡Qué lástima, hija! Déjalo pa luego.

—¡Pa luego! ¡Ya está! Lo dejaré pa ahora ó pa cuando me dé la gana.

—Lo decía por el escapulario de tu Nazareno.

—Y ¿qué?—gritó poniéndose en jarras.

—Na: pa que te abanicara co né, porque parece una esportilla.

Acabó de hablar así la criticona, y tuvo en su cara la mano de la Nazarena, que sonó como un estampido. No aguardó el segundo la agredida: lejos de eso, púsose en forma rápidamente, y pagó la bofetada con otra del mismo calibre. Se empeñó la lucha, y ya no hubo remedio para contener á las locas: detrás de las palabras habíanse tomado de bofetones, y después se tomaron el pelo, así, como suena, cogiéndose y tirando hasta

sacarle. Clavábanse las uñas, dirigiéndose, con todo, unas alabanzas que no son para escritas. Aquello era terrible y amenazaba no acabar. Tenían los ojos inyectados y las mejillas arañadas y rojas hasta parecer que iban á escupir sangre; la garganta y el pecho desnudos; y les colgaban los jirones de ropa y los mechones de pelo. Salieron á relucir en la furia de la contienda todos los trapitos sucios de las dos, conforme se arañaban y se mordían, echándose en cara mutuamente cosas terribles: el padre de la una fué contrabandista, y ladrón el padre de la otra; la una tuvo líos con un cura; y la otra no tuvo quien fuese persona de *caliá* en toda su familia; la una era mal *casá*, tenía bolicheos con un cabo de gastadores, mató á su madre á disgustos, envenenó á su abuela, robó cuatro cubiertos de plata de cierta parte en que estuvo sirviendo, tenía un *marío borracho* y una hija llena de *esaboriciones*, bizca y medio coja. Pero no vaya V. á creer que la que todo eso echó en cara á su rival tenía motivos para hablar alto, no; según la contraria, había un verdugo en su familia y le ahorcaron á un pariente próximo por hombre de bien.

—¡Ya lo creo, hija!—siguió;—porque tú eres la que estás limpia como patena. ¡Toma!—Y le arriaba

un puñetazo.—¡Toma, tal y cual, toma! ¡Ven por otro! ¡Ya lo creo!—Y recibía una zarpada.—¡Anda, cochina, jorobá! ¡Acuérdate de tu hermano, que tuvo sarna, y de aquel abogaíto que hacía la ronza á tu madre! Seguro. ¡Po no que no! ¿Quién, ella? ¡Por supesto! ¡La marquesa del corrá, con toa la cara que tiene! ¡Anda, jambría insonrible!

—¡Miren la esboquizá, que me dice toas las cosas de ella, pa que yo me caye!

—¡Cabalito! ¡Ahora saldrá con que lo invento too... y no hay en el barrio quien no lo sepa!

—¡Anda y que te peguen un tiro!

—¡Que te lo peguen á tí, cabrilla loca! ¡Como si no supiéramos donde se mete de noche!

A estas palabras, creció la lucha, se hizo más fuerte. Los corredores del corral estaban todos coronados de vecinos, curiosos, impacientes por ver lo que resultaría de aquello, como si hubiese resultado poco aún. El desenlace lo supondrá usted, —dije á Manolita;—cuando las gladiadoras estaban medio hechas pedazos, intervinieron los municipales, llevándolas á la casa de socorro.

Y el Nazareno ¿qué hacía en tanto? Estrechaba radiante de orgullo la mano que sus amigos le tendían, felicitándole con un tremendo chato, en la taberna próxima.—

Se echó á reir Manolita, pero no extrañé lo que me dijo entonces, como respuesta, á una observación que la hice.

—Ya sé yo de más que estas luchas de vecinos en los corrales, y en los que no son corrales, no se suscitan por lo de las procesiones solamente, no; que se vienen á las manos por una pequeñez cualquiera. Usté, que es de la tierra, sabrá ya de memoria que no hay espíritus tan susceptibles como los del pueblo bajo andaluz. Y ¿por qué será eso?

Me sonreí de aquella pregunta intempestiva, y le dije todo lo que pensaba. Efectivamente: había tenido yo ocasión de observar lo mismo. Sabréis que tenemos los andaluces mucho de orientales: hay en nuestro espíritu una sutileza, que ya se pierde, producto sin duda de una exquisita nerviosidad en consorcio con la ardiente savia que nos alienta. El espíritu de otras razas ahonda, escudriña, se desenvuelve, el nuestro, aletea, se va, gira sin concierto y cae abatido y lleno de ofuscaciones. Entra luego la educación por mucho para contenernos y dominarnos un poco. En las clases bajas no es lo mismo: no tienen delante ese muro de granito y se dejan llevar sin freno...

—¡Oh, sí!—dijo Manolita.—De ahí resulta otra

cosa que usté no vió en el corral, pero que habrá visto muchas veces en su país. La pelea de las mujeres, aunque se pongan como rico mandil y se arañen, tiene en último caso su parte de ridículo que hace reir. Pero ¿y después? ¿Usté sabe lo que resultará probablemente de todo eso? Que ambas mujeres contarán á sus maridos lo que sucedió, con más negros colores aún, y á seguida, sin reflexión sin otras preguntas, sin otras averiguaciones, ciegos, ignorantes, locos, se meterán mano, no ya como mujeres, sino á cuchillada limpia, y el sainete parará en tragedia.

XIII

Las cofradías y la mantilla española

Calló Manolita y yo miré asombrado aquella inmensidad de criaturas bullendo y rebullendo, apretadísimas, ahogándose, madres cogidas á sus chiquillos que no comieron en todo el día, por el gusto regalado de recrear los ojos; gallardas mozuelas, contoneándose y paseando su gracia y derramándola como el sol derrama sus luces desde el cielo sobre los míseros de abajo; municipales bigotudos, con guante blanco y limpio uniforme, que tienen el santo en el cielo como los ángeles churretosos de la mamá que no comió; lánguidas señoritas, gitanas ardientes, de furiosa hermosura, mamás circunspectas al parecer, mozangones que gritan y coplean como desesperados, que se meten y se remeten por entre unos y otros, arrancando

las flores del pelo de las mozuelas los de aquí, el reloj del bolsillo á los hombres ó las mujeres, los de allá; vendedoras de confites, de *torraos*, de refrescos, de barquillos; por los balcones y las ventanas, colgaduras ricas de seda, de damasco; y aquí y allí, en este lado, en el otro, á granel, como lluvia esplendorosa de soles, arrogantes cabezas de mujeres sevillanas... ¿sabéis lo que esto quiere decir?... de toda la esplendidez de Andalucía, todo el cielo, toda la luz, todas las flores y toda la savia sorprendente que se abraza, se confunde, se estrecha, formándose de allí el mármol animado de aquellas esculturas. ¡De tales elementos echó Dios mano para hacer á las sevillanas! Yo cerré los ojos, deslumbrándome con aquel derroche de vida, de color, de luz; aquellas grandes palpitaciones del pecho del coloso que en hirviente oleaje llenaba la plaza; y allá, enfrente, aquellos palcos donde resplandecían con relámpagos y reverberaciones, no ya la sevillana del pueblo sino la aristocrática, la espléndida, la espiritual; la que une á la gracia y el donaire de las otras, la riqueza y el poderío, las que ciegan con los rayos de sus ojos y las centellas de sus diamantes, ayudando á la lusión para más misterio, el rumor de abanicos, el crujir de sedas, el bracear, la muda sonrisa,

los charlatanes ojos, el atavío, la briosa postura, la emanación, en fin, impalpable de luz divina y fuego humano de la hembra meriodional, cadena firme que une en gran consorcio la majestad legendaria de la matrona, que preconiza el arte helénico, y la sútil malicia de la andaluza, envolviéndose todo en una admósfera exhuberante de oleadas de sol, aroma de nardos y claveles, y músicas extrañas; nna acumulación que adquiría forma allá en lo profundo de mi cerebro, sujetándose en el lúbrico pliegue de la mantilla macarena y en la nota triste, prolongada, quejumbrosa, de mocetón de robusto pecho que en la noche misteriosa rompió por carceleras al lánguido murmurar de las puras brisas.

Con aquella voz dulce y afectuosa que vibraba en los corazones como una música, continuó así, Manuela:

—Hay un número inmenso de familias de Francia, y de Inglaterra sobre todo, que hacen el viaje por las procesiones expresamente. Se les antoja venir á España en cualquiera época del año, pero lo guardan para este tiempo, á fin de no marcharse sin ver las cofradías. No sabe usté hijo, con la avidez que miran todo esto, y cómo les deleita lo que llaman nuestras locuras de las pro-

cesiones y nuestra ignorancia de los toros. Pues bien: á todo ese contingente de extranjeros, se une el que dan las provincias andaluzas; con las enormes rebajas de precios en el ferrocarril, se desbordan en Sevilla una gran parte de las poblaciones de Córdoba, Málaga, Granada, Cádiz y Jaén. Todavía quedan los pueblos de nuestras cercanías, este tropel inmenso de criaturas que viene por la mañana y se va por la noche, y fluye y refluye de esta suerte en inmensa balumba, dando con su atavío extravagante y chillón una atrevida y gran pincelada en ese inmenso cuadro, que parece de sombras, porque en estos días ya sabe usté que todo el mundo se viste de negro.

Trasladando al papel estoy aquella idea de Manolita, y no puedo recordar sin emoción á Manolita en este instante: en cada acto suyo y en cada palabra, revelábame siempre su juicio y su manera particular de ver las cosas. Muchas jóvenes he conocido así en Andalucía, y puedo jurar que he visto en ellas más acuerdo en los juicios y más originalidad y energía que en los hombres. Uníase á todo esto, en lo referente á Manolita, su sencillez y naturalidad. Su candor era de niño, su discreción de vieja. Caía latarde y estábamos medio á obscuras. Aumentábase la multitud en la plaza, en

los palcos, en los balcones, en los hierros de las rejas, en los brazos de los faroles y hasta en las salientes de las canales.

Era aquello un impetuoso mar negro, de roncos hervores, que se aumentaba y rugía con los interminables afluentes de todas las bocacalles. Los que se habían sentado en las aceras, tuvieron que ponerse de pie; los que estaban de pie, apretáronse hasta reventar, pegados al cuerpo los brazos y sosteniéndose en el suelo con la punta de los pies solamente. A las medias tintas de la tarde que moría y la noche que llegaba, veíamos con admiración profunda las sacudidas imponentes de aquel mar inmenso de cabezas: no sé qué viento de tempestad soplaba alguna vez, haciendo oscilar de un lado para otro el negro y apretado oleaje.

En el balcón estábamos, relativamente, como la multitud en la plaza de San Francisco, en la calle de Génova, en la de Las Sierpes y en todas las inmediatas. Por influencias de mi protectora Manolita, había yo obtenido un lugar á su lado, que me cedieron las mismas señoras cuando dijo ella con mucha sal que yo era forastero é iba expresamente para escribir un libro de aquellas cosas. Estábamos apretadísimos: el cuerpo de Manolita pegábase á mí como la violeta al negro terruño;

pero yo he de jurar aquí, por su preciosa vida, que ni un pensamiento pecaminoso tuvo mi conciencia: estando yo junto á Manolita, me bañaba en las emanaciones puras que de su ser entero se desprendían, purificándome así, é identificándome con aquel delicado y lindo redentor. Hablábame muy bajo para ilustrar mi criterio en este y el otro punto. Como estábamos tan unidos, no tenía que levantar la voz.

—Mire usté por allá, mire usté—díjome de pronto.

Por una de esas causas que no se comprenden yo miré á Manolita en vez de mirar al sitio que me indicó; y cuando volví la cabeza tropezó casi mi cara con la suya. No había pensado aún que pudiésemos estar tan próximos: puedo decir que, durante un segundo, solamente separó nuestros rostros el pliegue de su mantilla. ¿Comprendéis aquel instante? ¡Mísero de mí! ¿Qué hubiera pensado otro hombre, en tàl momento, por honrado y leal que fuese?

Se encontraron nuestros ojos, y, no queriendo demostrarle mi emoción, la dije con indiferencia, aludiendo á los encajes de la mantilla:

—Pero ¿por qué se oculta V. así la cara?

—En eso estoy yo pensando,—dijo ella burlo-

namente,—en esconder mi cara. ¿Qué daño le ha hecho á nadie? Verá usté: tiene una que ponerse á la fuerza este trapo por Semana Santa, porque se lo ponen todas. No crea usté; á mí me gusta ponérmelo alguna vez. La mantilla es incómoda cuando estamos algún tiempo sin usarla, y esto para la que es torpe solamente; pero se acostumbra una al instante. Fíjese usté y verá: milagro es la muchacha que lleva hoy sombrero.

Diciendo así Manolita, procuró separar un poco de sus ojos el ancho y rico encaje de la mantilla.

Entre las mujeres españolas, es la andaluza la que lleva la mantilla con más garbo. No se concibe sin asombro la idea de que aquel trozo de en caje oscuro, apuntado de cualquier modo al cabello y caído por la espalda y los hombros, pueda realzar de una manera tan admirable el rostro de estas mujeres. Yo pensé en más de una ocasión, que no es la mantilla, la que favorece á la mujer; al contrario, que es la mujer la que favorece á la mantilla. La mantilla fuera del cuerpo de la mujer, es un trapo cualquiera, y la mujer hermosa será hermosa con la mantilla y sin ella. ¡Oh! Perdonadme vosotros los españoles de corazón, perdonadme vosotros. No he querido ofender ni desprestigiar la mantilla, esa prenda genuinamente española.

La mantilla nos recuerda grandes tiempos de amores; de luchas, la mantilla es de nuestras madres, de nuestras mujeres, de nuestras hijas; la mantilla, como la bandera nacional, antes de ser francesa ni alemana, ni de nación alguna, dejará de existir con sus grandes historias, ceñidos sus fragmentos al lindo talle de la graciosa morena del último barrio andaluz. La mantilla, como el fantasma de la tradición, pasó á nuestra época horadando el murallón enorme de los siglos. Todo esto lo pensé mirando la manera que tuvo Manolita de arreglarse el *trapo*. Formaban las finas blondas oleada sombría sobre su cara: al través del tejido delicado relampagueaban sus ojos como si el encaje fuese piedra terrible de toque para encender en fuegos voluptuosos aquel puro semblante de virgen. Formaban las blondas de la mantilla en aquel rostro una tremenda mescolanza de liviandad y pureza, de profanaciones y santidad, de disciplinas y carcajadas. Grandes turbaciones acometiéronme de nuevo: cerré los ojos y olvidé. Aquella no fué Manolita para mí. Habíase convertido en dos: una virgen y una bacante. ¡Oh, Dios mío! Era que Manolita nació andaluza de corazón, y una andaluza leva su mantilla con la misma gloria que nuestros soldados llevan su bandera.

XIV

¡La saeta!

A todo esto, yo no dejaba de pensar en la noche en que conocí á Manolita: ella, después de la alusión de la buena ventura, cuando vimos á la gitana, con Aguadillo en la barbería del Muelle, no volvió á pronunciar una frase de aquel asunto. Yo guardé tambien un silencio... que me ahogaba ya: figuraos la ansiedad que yo tendría de una esplicación, por parte de Manuela. En estos pensamientos hallábame, cuando Manolita, gritó de pronto, como ya os dije.

—¡Por allí, por allí!

Miramos todos, y nadie se equivocó esta vez: la procesión llegaba: conocíase bien. Hubo un terrible y grandioso momento: fué como la última sacudida de un mundo que se hace pedazos, hun-

diéndose en las medrosas pavuras del vacío y en el silencio de la eternidad. De toda la masa enorme y negra que se movía con pesadez, surgió un murmullo semejante á poderoso trueno que brotaba del fondo de la tierra. Fué una exclamación; fué una nota solamente que salía en concertante monstruoso de miles de corazones; fué el gemido de gozo de aquella gran fiebre de un pueblo que satura su alma, en tales días, con esos inmensos aparatos de religión. En ese minuto que duró aquel gran desahogo de los pechos, la ronca marejada subió poderosamente. Osciló la multitud como encrespada ola gigante, tumultuosa y negra. Todo el mundo quiso colocarse mejor. Las viejas, las mozas, las niñas, los chicos, removiéronse, en fin, para quedarse quietos, como mudas notas fuera de cauce de aquella gran sinfonía. Escuché los pregones con más precipitación que nunca: las flores, los *torraos*, las *regañás*, las castañas pilongas, las cotufas, los camarones; apretábase más en el pregón por que ya nadie tenía ganas de comprar. Todos miraron á un punto, quedándose inmóviles. Ya que se acomodaron, fué calmándose el vocerío, y reinó el silencio; silencio que no se recuerda sin emoción por lo que impone y fascina; era el silencio eternal y pavoroso del vacío. Diri-

giéronse todas las miradas hacia la calle de las Sierpes: había desembocado la caballería. Montaba estos caballos la guardia civil. Caracolearon allí las bestias para hacer plaza, y oyóse de repente como sordo rugido, el rumor de la muchedumbre que se apiñaba. Allá, lejos, resplandecían como tropel fantástico de mariposas de oro las llamaradas de los hachones, y herían la retina los reflejos que lanzaban los sables de los civiles; aquellos civiles que abrían paso á la procesión entre el apiñado pueblo. Rebulló la gente otra vez en sombríos borbotones, al sentir las pisadas de los brutos, caracoleando; pero íbanse uniendo después hasta quedar la caballería como aprisionada en aquel mar de cabezas. Se movió la caballería, brillaron los sables de los civiles, brillaron también las chispas que arrancaban las herraduras á las piedras, y se replegó la multitud silenciosa.

La cofradía de que me acuerdo al hablar, porque no es posible hablar de todas, es la de la Virgen de la Esperanza, de la parroquia San Gil.

Pasaron los civiles en primer lugar, tiesos, espetados, seriotes, con sus sombreros sin fundas, sus correajes relucientes, sus tercerolas y sus espuelas flamantitas. Un gran Nazareno después, con amplísima túnica blanca y capa de la tela de la túni-

ca, y antifaz de terciopelo verde, que es el uniforme de aquellos cofrades. Este nazareno conducía el estandarte de la hermandad, aterciopelado, rico, vistoso. De los cordones del estandarte pendían grandes borlas, de oro también; y, como colgándose de los borlones, dos nazarenillos, pequeñines, monos, rubios, rizado el cabello, medio espantadas las pupilas, muy formales y metidos á hombres, y detrás, la doble fila de nazarenos, con sus largas colas, sus largos cirios, sus largas caretas de trapo; nazarenos cuya vista hacía pensar en aquellos inquisidores de antaño, cuyo recuerdo estremece. El andaluz no recuerda nunca sin inquietudes vagas, aquellas vestimentas negras ó de color con que le asustaron de niño. Hay algo, para el niño, de lúgubre y de tétrico en la figura del nazareno.

Aquellos enormes agujeros de los ojos en el trapo de la careta, fascinan y conmueven como la sombría boca de un abismo que nos aterra y nos arrastra hacia su borde. Cuando el espíritu impresionable se va identificando con la solemnidad de la fiesta religiosa; cuando en fuerza del deseo de ver y sentir su lado hermoso, se pierden de nuestro cerebro las notas chocarreras que vibran á su alrededor, y sólo nos fijamos ya en la bella y gran-

diosa fastuosidad de aquel inmenso aparato religioso; entonces, quedamos cohibidos y presos de sensaciones distintas. No hay espíritu, por despreocupado que sea, que no se halle cogido un instante en esa red misteriosa del sentimiento, con las ideas de otros días dichosos de la infancia. Serán otras las flores que el ambiente perfuman, serán otras las caras que contemplamos, serán otros los penitentes que marchan con grave lentitud sosteniendo el cirio; pero el cielo de Sevilla es el mismo, y aquellas hermosas imágenes de las andas son las mismas; con igual fijeza, melancólica, mira hoy el Cristo crucificado á la multitud que le reverencia cuando pasa; con igual amargura los tristes ojos de Marta fíjanse en el pecho traspasado del excelso hijo; les vemos como entonces. Pero ¡ay! ¡cuán distintas son nuestras ideas, al verles pasar, de cuando les veíamos desde los hombros de nuestros padres, confundidos entre la multitud! Hoy se duele uno de aquellos encantos perdidos, de aquellas ilusiones de la niñez que murieron sin que podamos explicar cómo murieron, ni por qué causa. Entonces contemplábamos al sayón y al penitente con supersticioso respeto, y los ojos, ávidos, fijábanse con curiosidad en aquellos rostros de los santos, que nos parecían

curtidos y feos, y así eran las impresiones de nuestro corazón. Hoy les vemos pasar, entristecidos, porque nos recuerdan el ayer; hoy les vemos pasar con la amargura en el corazón, aquella misma amargura de la Virgen por el hijo á quien despedazó un pueblo bárbaro. ¿Comprendéis las diferentes amarguras de la Santa Madre y nuestras? Viendo pasar las cofradías no se vé á un hombre que no esté conmovido. ¿Es por amor y por respeto? ¿Es veneración? ¡Ah! Yo me figuro que dentro de su alma, en su conturbado espíritu, que nada cree y nada siente, reza una honda plegaria fúnebre, henchida de dolores por las grandes hermosuras muertas de su pasado de niño. Entonces solamente, podemos comprender la eterna raíz que la inconmensurable hecatombe del Gólgota dejó á través de los siglos, y sacamos de la triste comparación, nuestra pequeñez, nuestra corta vida, nuestra inutilidad; lo mísero, en fin, del polvo que nos sustenta.

Marchaban los nazarenos lentamente, con mucha tranquilidad y mesura, algunos con la vela apagada. De trecho en trecho iba un municipal encargado de mantener el orden y de conducir este ó aquel sombrero de algún padre de la patria, que con el cirio tenía ya cargamento de sobra. Corrían

los hermanos mayores de arriba abajo, con sus grandes bastones de plata y oro, ordenando, disponiendo, hablando bajito... Canturreaban las viejas en voz melosa junto á los nazarenos grandísimos que conducían, pendiendo de los correones, las andas de los santos. Iban sudorosos los correonistas, jadeantes, con gran repiqueteo de horquillas en las piedras, paso dificultoso, jorobado el cuerpo, como arrepentidos de venir al mundo, por sus culpas ó por el peso que encima llevaban. Relucían majestuosamente los pulidos cráneos de sochantres, tenores y demás gente menuda. Asomaba por entre la multitud la faz amarillenta y churretosa de algún pillastre preparado para robar los cirios. Percibíase sordo murmullo como zumbar de enorme colmena. Más próximo, el ruido de las horquillas, las pisadas, los ecos del canto, el de las oraciones, el de las cajas, formándose un todo imponente, magnífico, lleno de vaguedades y melancolías.

Apareció, al fin, la Virgen bendita, la señora excelsa. Iba hermosa la Virgen: parecía muy pálida y con llanto del corazón en los ojos: tenía el manto tendido, las manos en ademán de súplica. Vi ángeles á sus pies y palomas sobre su cabeza. La rodearon de flores y de cirios que

relampagueaban sobre el trono reluciente, sobre la corona de oro, sobre las joyas riquísimas, sobre la bordada túnica.

Llovían sobre la santa cabeza hojas de flores como copillos níveos y sonrosados. Vibraban las músicas, resplandecían las luces, y á sus ondulaciones fantásticas parecían temblar los edificios y que toda la plaza se movía en gran balumba como enorme monstruo en mitad de los mares revueltos. Resplandecía el gozo y la beatitud en las mujeres y los hombres. Extendían las manitas á la Virgen los chiquillos de pecho, como dulces y blancos capullos de rosa que le presentaban en holocausto de su pureza. Subía el incienso como el perfume de las flores, y arrancaban fulgentes destellos á las pupilas asombradas, los grandes incensarios que iban y venían meciéndose á un lado y á otro en manos de gente experta, como en el dulce balanceo de un deslumbrante mar de glorias.

Siguió la imagen, y detrás de aquélla siguió otra, y después otra. Era un asombro, una maravilla. Sucedíanse los *pasos* como en la historia cristiana sucediéronse los mártires .Iban las andas con accmpañamiento crecídisimo de penitentes, curas, cantores,todos rodeados de una inmensa profusión de

velas encendidas, y rodeando todo esto, como un primero y más fuerte murallón, una montaña de hachones que se derretían con sus cuatro luces unidas, dejando en la calle gran reguero de cera. Estábamos como hundidos en un gran círculo de luz. Se perdía fuera de aquel radio la negra inmensidad: no veíamos el cielo, que parecía dejar gozoso que disfrutásemos por unas horas las alegrías de todas sus bellezas. Sentí el cuerpo de Manolita estremecerse de emoción y de entusiasmo junto al mío, y todo aquel incendio terrible de luces que iluminaba la plaza pareció arder súbitamente en sus ojos. Me creí ciego por un instante, humillado, vencido con aquel derroche de luz, de riqueza, de fastuosidad, de vida, de fanatismo.

Ví resplandecer en muchos ojos bellísimos lágrimas de piedad profunda; vi muchas manos blancas levantándose hacia los cielos... y de repente, lo inesperado, lo inconcebible, lo monstruoso del sentimiento de la fe popular: la saeta. ¿Sabéis vosotros lo que es la saeta? Lo que hizo levantar sobre sus lindos pies á las esplendentes damas; lo que hizo asomar con profunda avidez las gentiles cabezas y los ricos bustos de las mujeres sobre los antepechos de todos los balcones; lo que hizo aletear inquietos á todos los espíritus; lo que detuvo

en su marcha aquel grande y pesado cortejo religioso; lo que admiró y conmovió profundamente á la inmensa multitud, imponiéndole silencio de muerte y arrancándole luego un grito de admiración, de piedad, de sentimiento, de fe, de amor sublime. ¡La Saeta! Y ¿de qué pecho, de qué labios partió la saeta? ¿Fué un niño? ¿Fué un hombre? ¿Fué una moza? ¡Quién sabe ni qué puede importar! Salió del pecho unánime de aquella gran masa; salió del corazón del pueblo, ese gran rey de la poesía; salió de allí como rayo de oro disparado á los cielos; salió de allí como una centella de luz que iluminó rápidamente con destellos de lágrimas todas las conciencias. Fué el pueblo, el pueblo santo, el pueblo, que canta y llora! el de las grandezas y de los sacrificios, el que se acoge á su fe como á su salvación y á su alivio. Fué el pueblo quién lanzó la saeta, valiéndose, como intérprete, de la madre desgreñada, de ojos desencajados, de faz lívida, de manos unidas y suplicantes, que se arroja de rodillas en mitad de la acera cuando la Madre de Dios pasa, y le pide en la copla, con ronco grito desesperado, que le salve al hijo que agoniza en el lecho del dolor; la novia hundiendo la cabeza en el rico pañuelo de Manila para ocultar sus santos rubores, que pide la salvación del amado de su alma,

que está preso y cargado de cadenas; el niño de voz dulce y preñada de sentimientos, con la carita pálida y asustada, que pide desde los brazos de su padre, el alivio de la enfermedad que á la madre consume,.. Y todo esto lo pide el pueblo en una copla que lanza á la Virgen cuando pasa; con una copla, que es la saeta.

Pasó la última imagen, el acompañamiento, las luces; pasaron los músicos; pasaron las tropas con el arma á la funerala y acompasado repiqueteo de tacones en las piedras; pasó la multitud, detrás, como inmensa lengua obscura que salía de la calle de las Sierpes; pasó tiempo; pasó mucho tiempo; apagáronse las bengalas; fué alejándose la multitud por todas partes como caldera monstruosa que de repente se vacia por distintas aberturas; desalojáronse lentamente los balcones y las aceras; vaciáronse también las sillas de un lado y otro; retiráronse las gentes: yo quedé allí, medio aturdido medio deslumbrado, solo, mientras Manuela y Gúdula se despedían de los dueños de la casa.

Me apoyé en el barandal y quedé como si de repente me sumergiera en un sueño, en el cual pasó ante mi tropel de visiones de distintas épocas, de distintos parajes, de distintas formas. Figúraseme hoy que fué aquello una gran procesión de fantas-

mas, cada cual con una fecha, con un aspecto, con un matiz, con una historia... y tardes que declinan, sol que muere, noches tristes, espíritus bañados en lágrimas, rumor de vientos, como quejidos ayes, torreones hechos pedazos, agua que surge, nieve que blanquea, historias de endriagos y maleficios; todo negro, enlutado sin una luz. Oí toques lúgubres de campanas y aullidos de aves agoreras que se escondían en los ramajes cubiertos de nieve, de unos árboles sin retoños y sin hojas; y allá á lo lejos, no sé en qué mundos que adivinaba sin comprender, gemidos, plegarias, crujir las armaduras, piafar de caballos, estruendo de blasones y palanquines que caían rotos. Antorchas funerarias ondearon, como banderas azules y rojas, sobre los minaretes de unos torreones renegridos; y caían á sus pies, expirantes, hombres de armas, rudos, viriles. Pasaban en confusión, como enemigos que huyen, obispos y prelados, cadáveres de reyes, ricos homes de fuero señorial, pajes, escuderos. Retemblaba la tierra al choque de lanzas y al rebramar fiero de timbales y clarines. Rodaban, como derrumbados por un torrente, monjes severos, libros santos, blandones amarillos, calaveras, damas esplendorosas, garridas, con mantos y briales...

¡Oh Dios mío! ¡Qué plácides memorias! ¡Qué

dulces y amargas visiones á la par! ¡Qué ideas tan peregrinas! ¡Qué misterioso, qué hechicero encanto de blondas, de escarcelas, de pieles, de espadas, de tocas negras como alas de demonio, de femeniles atavíos, de flores y joyeles! ¡Qué tristes ornamentos de clavos, de sunchos, de puñales, de crucifijos, de cuñas, de ruedas, de hornillos incandescentes, de disciplinas! ¿Por qué pensé y recordé todo aquello? No sé lo que bramaba y ardía en todo mi ser. ¿Qué mundos, qué épocas muertas trajeron, á que vibrasen en mi alma, las procesiones de Sevilla? No lo puedo explicar, ni sé hasta dónde hubiera ido en aquellas locas fascinaciones á no sentir de pronto un golpecito en la espalda y una pura y dulce voz, la voz de Manolita, que me dijo antes de que yo volviese el rostro:

—¡Pero vámonos, hombre!

XV

Del nazareno á la fiera

Las procesiones de Sevilla dejan en el corazón una huella indeleble: algo inmenso y majestuoso se nos figura que flota sobre nuestro ser, embargándole y saturándole de yo no sé qué hálitos inexplicables y serenos. Las procesiones de Sevilla son lo que más conmueve al andaluz, lo que más le halaga, lo que más le llena de vanidades pecaminosas y de fe bendita. Las procesiones de Sevilla son para el andaluz, y para el sevillano sobre todo, la historia y la tradición dándose estrecho abrazo de amor entrañable. El corazón palpita de entusiasmo, y en el cerebro centellea el pensamiento que surge, abarcándolo todo: el fausto, la vida, el esplendor, el poderío. Las procesiones de Sevilla revelan el carácter de la Andalucía

antigua lo mismo que el carácter de la de ahora. Parado en una esquina, ó puesto en un balcón, olvida uno los empellones, los apretamientos y hasta los puñetazos que recibe de algún impaciente que desea ponérsenos delante. Olvida eso, y todo lo más grande que pueda haber en el mundo, si no tiene relación con lo que allí ve, lo que allí palpita, lo real y lo fantástico y misterioso; lo plástico y lo intangible, al mismo tiempo, de la belleza y la majestad de las procesiones. Solo tiene uno alma y corazón, para lo que ataca tan directamente á sus sentidos. Las risas y las lágrimas vienen en conjunto á retorcernos y emocionarnos: la risa por el dicho agudo ó la salida de tono de cualquiera de los concurrentes; las lágrimas, por la fe bendita y sincera que ve uno en los demás, llevándonos á la creencia de que no es el mundo tan perverso como los modernos sabios del corazón afirman, ni estamos tan metidos en la porquedad de la gran ciencia del naturalismo como tres ó cuatro aseguran. Las cofradías sevillanas tienen su lado grotesco: no hay quien lo dude. Mejor que mejor, porque esa grosería sirve de equilibrio, en este caso, para que sea el jarrón de agua helada que en la coronilla nos echan. Con su lado grotesco y todo, las procesiones de Sevilla mueven

de emoción y de respeto, uncifican y hacen llorar; eso sin que se cuente con la afición que tengamos á lo antiguo, á volvernos al otro ser, á otro tiempo, á otra vida, á otras costumbres. Todo eso está representado en las procesiones sevillanas. Nuestros padres, nuestos abuelos, los padres y los abuelos de nuestros abuelos, han ido como nosotros á ver las cofradías: todos han llorado de emoción y han rezado evangélicamente: vemos pasar una imagen de rostro tostado, no por el sol ni por los aires, sino por los siglos, que es lo que más tuesta. Un santo ó una virgen de mejillas atezadas por los siglos nos hace pensar en el cristiano sentimiento de otras épocas; y el ánimo, sin quererlo nosotros, se recrea y se fascina, se conmueve, se va á otros mundos, y ve las manos que hace muchas generaciones ponían capullos odoríferos de rosas en el trono del santo ó de la virgen, y ve los hombres que en aquel tiempo, legendario casi, llevaban las andas de esa imagen, y ve los cirios que en aquel tiempo la alumbraron, y las caperuzas de los penitentes, y oye las saetas y las plegarias de las hembras devotas.

Yo no sé qué impresiones eran las de mi corazón después de la vista de aquellas grandes manifestaciones de fausto religioso: impresionábanme

y conmovíanme de un modo extraño. Tenía en mi pecho así como un perfume glorioso de misticismo y amor puro de los cielos. «¿Habéis amado alguna vez con un santo delirio á una mujer cristiana, pura, hermosa y honesta, con todas las seducciones de una educación brillante, unido á lo que antes dije? ¿Habéis concebido por ella una pasión grande, inmortal, pura, digna, en fin, de la mujer que la inspiró? ¿La habéis visto partir, llorando, sin esperanza de volver á verla? ¿Habéis recorrido después los lugares en que otros días dichosos la habéis visto? ¿Se os ha llenado el alma de un éxtasis bendito, amargo y dulce á la vez, recordando, con estremecimientos de dolor y con oleadas de bienestar en toda la sangre, como baño puro y suavísimo, las gloriosas escenas, los misterios de amor tranquilo? ¿Creísteis oir alguna vez el ruidillo suave de su falda, figurándoos ver en el horizonte una silueta confusa que surge y que se borra para surgir de nuevo? ¿Habéis creído encontrar una misteriosa semejanza con el eco de su voz en la última nota de la campana del templo donde habéis oído misa con ella? ¿Habéis sentido esa alegría melancólica, ese dejo amargo, ese malestar dulce, esa nostalgia deliciosa de la bendita y dulce mujer á quien adoráis?» Pues bien: eso era

lo que yo sentía, aunque parezca extraño y extravagante; eso era lo que yo sentía en mi corazón cuando recordaba las procesiones, algunos días después.

Y luego, enfrente, rodeándolas, junto á todas esas impresiones, otras que las atropellan, que las arrollan, que las hacen levantar de pronto para hundirlas con más precipitación: los toros. ¿En qué ciudad, en qué pueblo, en qué villa española hay Semana Santa sin toros, función religiosa sin que esté teñida de sangre de fiera, ó de sangre humana, porque el torero muera alguna vez, á la par ó antes que el toro? Este mundo es gigante, ya lo sé: es lo infinito y lo que podría presentarse en países extraños hasta como monstruoso; pero digan lo que digan, piensen lo que piensen y hagan lo que hagan los demás, es bello, y fantástico, levanta el espíritu aunque parece brutal, le posesiona de valentías y grandilocuencias, le entusiasma, le lleva al frenesí; y es porque la ardiente sangre española, la sangre noble, la hidalga, la pura, la quijotesca, necesita de esas grandes ebulliciones, de esas terribles sacudidas, de esos contrastes de sol y de tinieblas, para equilibrarse, para vivir y para fortalecerse. ¡Ay del español que no sea cristiano! ¡Ay del español que no goce de ver embadurnada

de sangre la arena del circo! ¡Los toros! Entre todo aquel esplendor y aquel bullicio de la plaza; entre aquel clamoreo gigante de la multitud alegre; entre aquel rugido de placer inmenso de la muchedumbre que precede al rugido de la fiera al sentir el aguijonazo; entre aquel tono vigorosísimo y ardiente del sol que caldea los semblantes hasta parecer congestionados; de los millares de cabezas que se ven en las gradas; del rojo y del amarillo de los mantones; del gris y oscuro de los sombreros; de los abanicos que forman tonos en todas las manos, sostenidos en la misma actitud, un toldo inmenso de menudos retazos de colores que rodea la grada sobre la misma frente de la multitud; entre aquel concertante monstruoso y bullanguero entre aquel trueno, prolongado de voces, de gritos, de risas, de aullidos de cólera; entre aquel vistoso concierto de trajes de seda y oro y plata, de las cuadrillas; y en el brillo del estoque del matador, y en los encajes de la mantilla de la andaluza, esos encajes como ondas de un sombrío mar lleno de tremendas negruras y dulces voluptuosidades á la vez, esos encajes por donde asoma el rayo potente de unos ojos que amenazan tempestades horrendas y locos idilios de los amores de los cielos; en todo eso, poético y espiritual,

gigante y avasallador, enérgico y puro, atrevido y loco, deslumbrador y magnífico; en todo eso, y en la tierra que lo está sustentando, y en el cielo que lo cobija, y en el sol que lo alumbra, y en al hálito que le hace vivir y respirar; en todo eso parece que flota algo del perfume extraño y simbólico de las procesiones que acaban de pasar, y recuérdase, con un agrado indescriptible, el incienso de las iglesias, el chisporrotear de los cirios, la unción de los penitentes y un no sé qué de misticismo nos llena el alma, al tiempo que retumba en los espacios el tremendo bramido de la res que cae súbitamente herida por el certero estoque.

XVI

En el campo

Qué agradable es la vida!

¡Quién había de decirme que todo este bienestar, esta placidez egoistona de alma, iba yo á debérselos á mi modesta parejita de Aznalfarache! Sí, tres semanas han trascurrido desde que estoy en el campo. ¿Sabéis vosotros lo que es un cortijo de las campiñas andaluzas? ¿Sabéis vosotros sus costumbres extrañas, poéticas y tradicionales? Conocéis sus tipos, ¿habéis oído sus cuentos y sus leyendas moras, de tesoros y fantasmas?

Seguí yendo á ver á los padres de Manolita, que me parecieron, cuando les traté un poco, más simpáticos y nobles. Me humanicé con la dama belga; sus largas y precipitadísimas conversaciones me parecieron agradables ya; oíla con amor siempre,

y con deseo de que no terminase nunca, cuando Manolita, reclinada en su mecedora, con un periódico ó un abanico en la mano, oía también con su eterna y dulce sonrisa, que se metía en el corazón como flecha aguda. A los seis ó siete días se habló del campo y de pasar allí una corta temporada, no sé con qué objeto. Después pude comprender hasta donde llegaron para conmigo la amabilidad y las atenciones de aquella familia. Se decidió ir á la *hacienda* sólo por que yo tomase allí nota de los tipos, y estudiase algo, si me convenía, de los caracteres y de las costumbres. Se me invitó pues, y nos llevó el tren una mañana á Utrera, en poco más de una hora. La posesión á que nos dirigíamos dista de Utrera una hora también, pero no en ferrocarril ni en diligencia: había que contentarse con ir á caballo. Los padres de Manolita no estaban en edad, como supondréis, de meterse en tales trotes; Manolita andaba también algo *maluca*, y por eso se opinó hacer la hora aquella de marcha, en unos preciosos borriquillos retozones que prepararon al efecto. La dama belga, por su parte, juró y perjuró que iría á pie, como no fuese á caballo. Noté entonces una cosa que me hizo mucho reir: esta mujer singular vigorosísima, que parecía brava como una fiera y fuerte como un gla-

diador, tenía un miedo invencible á montar en borrico: de oir la palabra aquella no más, palidecía notablemente, y hubiera dado su alma al demonio por que desaparecieran del mundo todos los borricos existentes. ¡Pobre señora de la nariz, á cuanto aspiraba!

Cierro los ojos hoy, y, en unas grandes esferas que dan tumbos en mi cerebro, diviso allá, lejano, muy lejano, un puntito de color amarillento unas veces, azul otras, y tomando las más un encendido color de púrpura, que se destaca como mancha de sangre. Aquel puntito misterioso es la silueta microscópica de Manolita, con su precioso traje gris, sentada sobre el borriquillo, chicuelo y retozón. Tenía Manuela un junco en la mano y arreaba con él á la cabalgadura. Empinaba el animal las orejas y subía corriendo y dando saltos como gatita regañona. No sé cómo Manolita pudo sostenerse allí, sentada en aquel aparejo, duro como el granito y sin *jamuga* ni sostén de ninguna clase. Iba yo al lado de Manolita, los papás, en sus pacíficos jumentos detrás de nosotros, y, delante siempre, como un guía de las montañas, la señora belga á pie, vigorosa, incansable, dando zancadas tremendísimas y oculta bajo su eterno baratillo de catalejos, silla de campaña, carteras de apuntes, libros, cajas

de pinturas y otra infinidad de trastos chicos y grandes, cuyos usos y aplicaciones yo no podía comprender, aunque ella me juró siempre que con la falta de un solo chisme de aquellos, era imposible viajar.

Yo no había tenido ocasión, hasta entonces, de hablar á solas con Manolita. No procuré buscarla tampoco. Hubiera sido indigno y de villano, aprovecharme de la hospitalidad noble que en su hogar me dieron, para que yo la hiciera meterse en dar cuentas que no quería ó no podía dar. Ella, con un tacto y una comprensión de mujer, dignos de estudio, comprendió lo que sucedía interiormente á su chasqueado caballero de Aznalfarache, y agradeció el proceder mío.

Nos alojamos al fin, y se me pasó una semana sin cojer la pluma. Venía algunas tardes hasta mí una brisa caliente y lánguida como los efluvios pesadísimos del *siroco*. Levantábame comunmente al salir el sol. Eran unas mañanas frescas y saturadas de perfumes y respirábamos aquellas brisas que parecían vigorizar los pulmones para disponerlos á la batalla de la tarde contra sus alientos de horno. Es una hermosa posesión *la Tejilla*, tiene muchas *fanegas* de terreno y enclávase el edificio en el centro casi de la propiedad; rodéa-

se la casa de jardines umbrosos con grandes arboledas; descuellan, con los cipreses y con los plátanos, los rosales y las madreselvas; corren arroyos invisibles con murmurios de risas juguetonas; y allí, como en el patio de mis nobles huéspedes, las verdes enredaderas subían hasta los balcones de la alcoba de Manolita.

¿Quién no ha visto alguna vez, al acabarse de levantar en el campo, las flores bañadas aún con el rocío matinal? Así ví yo á Manolita, en la mañana del día tercero de mi hospedaje, allí, en su balcón, fresca, hermosa, franca, como aquellas flores sin malicia de los huertos. Los grandes ojos azules los clavó en mí afablemente, y, sin hablar, me hizo seña de que esperara. Se retiró del balcón y volvió á parecer á los pocos minutos, entre unos árboles seguida de una moza; llegó á mí, se me cogió del brazo invitándome á pasear.

—Pero aquí no,—dijo;—quiero más extensión, más horizonte. Usté no sabe las ganas que tenía ya de venir al campo.—Hizo un gracioso mohín de niña, y añadió:—La ciudad me gusta sólo en el invierno, y eso por los teatros, que me distraen mucho: de reuniones no me hable usté, hijo, porque me atacan á los nervios; y de bailes, tarín tarán, ni mucho ni poco: una cosa que se pueda sobrellevar.

Estaba yo encantado de oir á mi pareja. Seguramente que aquella palabrería no tuvo semejanza jamás con la palabrería de la señora de la nariz. Seguí oyéndola, sonriente. Sin pretender Manolita echárselas de graciosa, tenía ese desparpajo y gracejo natnral de las mujeres andaluzas: llenaba sus conversaciones de imágenes. que resultaban picarescas algunas veces, sin ella pretenderlo, y sólo por su natural condición. Era observadora y exponía tal ó cual observación con su correspondiente comentario, pero sin mala fe: había siempre en sus frases y en su manera de decirlas, fuese con motivo de lo que fuese, un fondo de dulce jovialidad, acusadora de un temperamento privilegiadamente equilibrado. Tenía intuición delicadísima, que es talento de las mujeres, y tenía talento además de intención. Yo quisiera acordarme de todo cuanto aquella mañana habló, porque sus palabras fueron un retrato moral, muy completo, que hizo de sí misma. Lo que me admiraba, llenándome á la par de una satisfacción interior, inexplicable, era que aquella vocecita pastosa, apagadita, con su gracioso dejillo andaluz, dijese tales y tan atinadas cosas.

Salimos al campo, lejos, muy lejos de la casa, y seguidos siempre de la moza; todo lo distinguía

Manuela, en todo se fijaba.—Da gusto esto de vivir en el campo,—repitió otra vez.—Por la mañana muy tempranito, ya estoy *pina*, como se dice por los pueblos de Granada, ó *de punta*, como decimos nosotros. Se lava una con agua fresca, y con eso se quita el frío á los pocos instantes si estamos en invierno, ó se enfría un poco la sangre en el verano; después, rozagantita, como lechuguino sin tronchar, á escabullirse por los vericuetos, triscando como alegre cabrilla: en todas partes me meto y en todas partes me aman. Cuando se me hace tarde como las migas en la choza con los pastores, que se alegran de verme, ó el gazpachuelo en el cortijillo próximo. No vi nunca asunto tan singular para un cuadro que un chiquitín negrote y sucio, sin babero y con las alpargatitas rotas, medio arrastrando, porque todavía no anda firme, hasta que alguien lo coge. La madre regaña, porque no la dejan hacer la comida, á los gañanes del apero, que comen como unos diablos, y yo, muchas veces, para que no grite más, recojo á los chiquillos; me apena verlos arrastrándose como florecillas sucias, y me pongo á retozar con ellos. En las costumbres y en los tipos hay cosas muy lindas que contar; pero yo no sabría, y usted podrá verlo y estudiarlo.

Me distrae mucho ver á lo lejos las grandes yun-

tas de bueyes, unas detrás de otras, caminando lentas para abrir el surco, y parándose de vez en cuando, como en procesión solemne. Los ojos mansos de los animales de las yuntas, dan á mí espíritu una nota de melancolía que no puedo desechar, pero que me agrada y me conmueve al mismo tiempo. Esta impresión se disipa con el canto alegre del gañán, que camina con el pie sobre la mancera para hundir el pico en el surco, con el peso de su cuerpo. Yo soy muy aficionada á los cantos de mi país, pero nunca he podido poner en un cantar la expresión de ternura ó de fiereza que estas mujeres y estos hombres, como si cada verso que improvisan fuera un pedazo del corazón que se arrancan.

Me miró Manolita sonriendo, y prosiguió después picarescamente:—De que yo no sepa cantar así, ya sé lo que tiene la culpa: yo me he educado en el extranjero, ¡para que V. vea qué cosa más bonita! Hay que convenir, para salvación de mi responsabilidad, que cuando me dieron tole para llevarme con los *franchutes*, no entendía yo jota de nada, porque era muy chiquitina; que, si no, ¡corriendo me hubiera yo ido! Pues usté tome apuntes, porque esto que voy diciendo me tiene orgullosa, en la creencia de que tal vez le sirvan.

Son datos curiosos, porque son generales. Como pasa conmigo, pasa con otras muchas; sólo que no todas tienen la suerte de ser tan apegadas á su tierra como yo lo soy.

Dijo con tal salero las últimas frases, que yo quedé mirándola embobado y me eché á reir luego. Ella me miró también, se puso muy colorada, y siguió:

—Sí, hijo: ¿á qué negarlo? A mi me gusta mucho mi tierra; pero, en fin, que nos mandan al extranjero desde niñas. Nos educarán bien, no lo dudo, aunque se me figura que mejor que una madre no puede educar ningún nacido. Pero en esa edad, cuando somos chiquitines se pegan más al pensamiento las cosas y dejan allí más claridad y más holgura, es cuando nos deben tener más metiditas en nuestro país, en nuestro hogar, en nuestras familias, y que vemos á nuestros mayores, oímos su lenguaje, nos acostumbramos á su manera de ser y de hacer, por sus costumbres en fin, lo que después influye sobre nosotras para que seamos las verdaderas andaluzas. Una señorita de acá resulta, comparándose con una moza del pueblo, tontona, ridícula y llena de estupidez. Sabrán enseñarnos á hacer los honores de un salón y de una comida, pero mientras se nos va *nuestro sabor* y la *hechura*

que nos da la madre tierra. Venimos aquí, y, como á la postre, ni en un salón ni en un convite se llevan las cosas con el rigorismo del extranjero, porque á lo mejor se deshace la nieve del ceremonial con el calor de la franqueza de este país, quedamos con que lo que aprendimos no sirve de nada. Esto, en primer lugar. En segundo, que no sabemos lo que saben las otras. Aprendí en Bélgica á tocar el piano y otros instrumentos rarísimos, y tuve que venir aquí para aprender un poco la guitarra. De bailes andaluces no me hable usté, no sabía ni jota; y se me iban los ojos viendo bailar á una pareja. Revolvíaseme la sangre, y eso que parece que yo tengo sangre de horchata. No tuve más remedio que aprender... Por supuesto, usté creerá, sin que yo se lo jure, que aprendí en tres semanas, de bailes andaluces y de guitarra, más que en cinco años, en Bélgica, pudieron enseñarme de ceremonias que se me figuran del arte retrospectivo.

Quedó callada un poco, y yo no sabía qué decir: sentíame tan inferior á ella, que temí algunas veces hablar, por miedo de cometer algún disparate. Sin embargo, tuve que hacer de tripas corazón, y usé de la palabra, diciéndola que no debía tomar el asunto de aquel modo. Se sabe además que en el extranjero hay excelentes centros de

educación y verdaderas capacidades para dirigirlos. Y estar seis ó siete años fuera del país en que se nació no me parece bastante para que uno se desnaturalice de él, y no le comprenda luego, y no se apasione de su historia y de sus costumbres, y no admire sus tradiciones y su belleza...

—Pero ¿ve usté?—dijo Manolita, deteniéndose: ¿Ve usté? Eso se dice y es muy bonito; pero ¿y la práctica? ¿Y la realidad? ¿Y lo que se ve y se hace? No me diga usté que no, porque yo lo estoy viendo todos los días: todo eso que usté dice puede ser una excepción, y la excepción la tiene usté en mí. Pero otras que también se educaron allá y nadie puede resistirlas: no hablan si no es para criticar; allí son las cosas más ricas, allí más grandes, allí más buenas, allí más aristocráticas. Se estrena una un vestido.«—Si te lo hubieran hecho allí...»—Va una al teatro.« —¿Te acuerdas de aquellos teatros? ¡Qué paseos aquellos, qué elegancia aquella!»—¡Jesús mío! Y van encogidas de hombros porque así se llevan los hombros en Paris ó en Londres; y van metidas de espalda, á pique de echar las tripas por la boca, porque en Paris ó en Londres está de moda llevar las espaldas metidas para adentro. Al hablar tiene una que esmerarse y pronunciar muy bien, que suenen mucho las palabras, y que la s

silbe bastante. ¡Bendito sea Dios, que yo estuve seis años allá y me conservó mi dejillo andaluz! ¡Ande usté, hijo; si el deje de una criatura es una cosa, así, como el perfume y el sabor de su tierra!

Manolita se echó á reir, y luego añadió muy grave:—Con los hombres pasa lo mismo. Y ese despego, esa especie de frialdad por nuestro país, es causa de que se le vayan pegando las cosas de los otros què son feísimas; y así todo degenera y todo se olvida. Las costumbres pierden su carácter verdadero, la tradición muere sin el dulce calorcito de la credulidad de los contemporáneos, y se acabó mi historia.

Aquello me preocupó bastante: quitando un poco de pasión á todo lo que Manolita dijo, estuvo muy cuerda y muy oportuna. Pero ¡bah! no debe darnos susto ese extranjerismo que se filtra por todas partes en Andalucía, tanto ó más que en el resto de España. Por cada señorita andaluza metida de espaldas y encogida de hombros, ¿cuántos millones de Manolitas no hay allá como grandes manojos de rosas que deja Dios caer desde el cielo?—Todo esto le dije yo para animarla, y ella, afable y sin ánimos nunca para combatir, siguió de este modo:

—¡Ay, Jesú, qué cabeza tengo! Contándole á

usté cómo pasaba el día en el campo, me fuí por los cerros de Úbeda, por aquello de que no sé cantar como los pobres campesinos. Bueno: ya le dije lo que por las mañanas hacía; por las tardes, allá en los tiempos de la canícula, me tiendo perezosamente, á la bartola y leo un libro cuyo autor me guste. Así me quedo dormida como un pajarito. Pero deje usté, que hay más: viene *la fresca*, porque el sol ya se pone, y me voy á la era cercana. No sabe usté, amigo, qué ganas de llorar me entran algunas veces cuando veo una puesta de sol. Si alguna vez podemos, me alegraría de verdad que estuviésemos juntos en una tarde así: usté que siente y sabe de esas cosas, lo explicaría mejor que yo. La melancolía de la luz dorada que se vá disipándose, contrasta con los alegres gritos de las mozuelas y los mozos que en ese punto acaban la trilla. Parece el campo una sábana de oro sin fin, llena de vaguedades misteriosas, y se oyen á lo lejos las campanillas de los collarines, el chascar de los látigos, y el duro cencerreo de los rebaños que se meten en su redil...

Calló Manolita de pronto, se detuvo, me miró profundamente, y me pareció—Dios me perdone—que las pupilas se le velaron de lágrimas. Señaló una era solitaria que se distinguía á lo lejos, y dijo tristemente:

—En una tarde de esas, allí, mientras las mozas reían y las campanillas sonaban, ofrecí yo á Pepito amarle siempre.

XVII

Al soto de la «Rosca»

Quedé confuso, sin explicarme la causa de aquella última revelación de Manolita. Analizándome luego profundamente á mí mismo, hube de comprender luego, que no fué mi confusión porque me impresionase desabridamente aquel nombre en que yo no pensaba, embobado en las suavidades de la conversación de mi pareja. Fué por otro motivo, y confieso que me sentí orgulloso de sorprender y analizar así mis sensaciones. Sí: me había confundido la idea de que tal vez, sin yo quererlo, habría obligado con imprudentes ligerezas á Manolita, poniéndola al fin en el trance de dar una explicación que no tenía derecho á dar, y menos á mí, que era, en último caso, una persona desconocida.

—Vamos allá,—dijo Manolita;—allá por el soto de la *Rosca*.

Guardó silencio un instante y prosiguió después con ligereza:—Y pienso de un modo muy extraño. Voy á poner una comparación, y usté va á reirse de mí; pero no le hace.

No puedo ver nunca una cosa sin compararla con otra que me parece igual, enteramente igual. Hay luego también, que yo hago estas comparaciones dentro de mí misma, sin yo quererlo, sin apartar mi atención de nada de lo que me preocupe; me es imposible no hacerlo, no puedo remediarlo. Voy por una calle y veo la muestra de una tienda, y aquello lo comparo con lo que menos se le iguala: con una casa ó con el aldabón de un postigo. Un sombrero se me puede figurar á veces que tiene analogía con una cama, y una torre con un pozo, y un niño con una aguja, y de esas y como esas, lo suficiente para no encontrarle el fin. Y como ya le dije, esto es inevitable; me es imposible desechar esa manera de ser mía; se coge á mí como una parte de mi propio ser, y no me deja nunca, por nadie ni por nada, y creo que me dice:«—Pero ¡déjame á mí estar! ¿Yo te molesto? ¿No haces tú lo que te da la gana sin que yo me oponga?» Y es verdad,

se lo repito: todas esas ideas tontas se me ocurren cuando estoy hablando con los demás, sin distraerme de las conversaciones; cuando leo, sin apartarme la atención de la lectura; cuando sufro por algo y lloro, sin que mi dolor sea más pequeño ni mis lágrimas menos tristes. Yo no sé: otra persona lela, vana y estúpida hay dentro de mí, y me asusto algunas veces.

Yo me eché á reir de la adorable verbosidad de Manolita. Todo aquello que dijo tal vez os parezca tonto como ella se figuraba. ¡Cuán lejos estuve ni estoy de pensarlo yo así!

—Amiga mía,—la dije;—no se preocupe usted de esas cosas. Si yo fuese médico se lo explicaría científicamente; pero tendrá que contentarse con la explicación que yo le dé. Usted tiene un envidiable temperamento nervioso sanguíneo y una organización superior. Todo funciona admirablemente, fácil, dulce, sin esa laboriosidad de los organismos gastados ó deficientes. Tiene una riqueza de sangre singularísima, y una susceptibilidad nerviosa tan sutil que la lleva á todo eso que usted dice. Su pensamiento es agudo, vigoroso; alcanza mucho y comprende con facilidad, ve claro en todas partes. Tiene usted, en una palabra, la vida intelectual que necesita. Y todo eso que V. dice de

ideas extravagantes, consiste en esa susceptibilidad nerviosa que la lleva á usted á lo último que encuentra, por medio de la visión, y la analogía natural que existe entre los seres y las cosas que se parecen, sí, aunque V. lo dude, no con la materialidad plástica que necesita ver el pensamiento obtuso, sino porque lo vemos siempre; todos los días; porque nos asimilamos á ellos y se nos asimilan. Lo que tienen, en fin, para que se parezcan sin que se parezcan, es el medio, es el ambiente mismo que nos rodea á todos.

Manolita comprendió, en lo que yo le dije, más aún de lo que le había dicho, probándome así que no me había equivocado y haciéndome admirarla más aún. Sin contestar, movió la cabeza afirmativamente y quedó muy pensativa. Yo quedé callado también, y se me ocurrieron muy tristes reflexiones. Pensé por un momento en la muerte, y sentí frío en el alma. No, yo no soy egoísta: no pensé con horror en la muerte por mí: pensé en la muerte por ella.

Estos seres superiores, estos modelos riquísimos y grandiosos de la vida y del ser, en la estética del alma y la estética del cuerpo; esta mujer, en fin, está niña, de un alto espíritu, de una innegable bondad suprema, de un sentimiento profundo mo-

ral, de un cuerpo bellísimo y vigoroso como su alma, había de envejecer, había de gastarse con los desengaños y con el tiempo, había de morir también, había de estar encerrado su cuerpo en el ataúd y metido en la tierra como se mete como un sarcasmo la semilla que ha de dar fruto!... Y á pesar de esto al tender en aquel instante la mirada por la campiña, tuve que decir:—¡Qné grande es Dios!—Perdíase la mirada en un dilatado é interminable horizonte. Una inmensa y alegre nota azul extendíase por el cielo, y envolvíase el campo en la suave luz del sol de las mañanas otoñales. Hacían contraste con el verde del suelo las casitas blancas, sobresaliendo en las laderas, y los cuadros cruzadísimos de terrenos de colores. Allá, á lo lejos, divisábase una larga fila de hombres inclinados todos hacia adelante, como si quisiesen sorprender á una el secreto de la tierra, y formaban un largo festón blanquecino, que parecía lindero de dos hazas: eran los peones de las faenas del campo. Por la vereda de un declive próximo iba un cura, orondo, caballero en un macho de buena alzada, rubio como las candelas y melancólico á semejanza del amor primero. Era el cura que iba á decir la misa del domingo en la pequeña iglesia del término. Se perdió á poco el pa-

cífico jinete con su grave cabalgadura, y por el otro lado vimos á la par un zagalón como de once años, con sombrero anchísimo, calzón ancho también, zajones de cuero, medias hasta los tobillos, pié desnudo y alpargatas récias. Iba en mangas de camisa, llevaba un atroz garrote en una mano, un gran caracol en la otra, un zurrón á la espalda y un capote al hombro.

—A la pa je Dios, zeñore,—dijo al pasar.

El campesino andaluz es atento y comedido como una damisela. Se cree ofendido cuando no contestan á su saludo, pero no deja de saludar por eso. Encontráis á un gañán en una cañada ó en un vericueto, y entre aquella salvaje rudeza del monte quebrado, os extraña ver cómo aquel gañán, rústico y salvaje como todo lo que le rodea, se quita el sombrero cortesmente, y á este saludo, que tiene algo de ceremonioso, ayuda también otro verbal, deseándoos buen viaje. Haciendo un estudio detenido de los caracteres de Andalucía, se encuentran, tratándose del campesino, cosas muy extrañas. En esos mismos saludos que en la soledad del campo os dirige se retrata perfectamente. No sólo es el campesino cortés, sino cristiano.—A la pa je Dió, zeñore. La Malena susguíe... Güen viaje y Dio mediando.—Toda esta fraseología del saludo

campesino demuestra el cuidado que tiene en armonizar sus obras y sus palabras con el pensamiento de Dios. El campesino de Andalucía en nada se parece al alegre y franco andaluz de las ciudades; tan decantado por unas y tan zaherido por otros en las demás tierras españolas. El campesino andaluz es prudente, reservado y comedido, supliendo así lo que le falta de ilustración. Es parco en sus elogios, desconfía por sistema y vive prevenido siempre como un gran maestro en las cosas y en las vicisitudes de la vida. Hay otra forma de saludo en estas gentes que acusa también una gran nota característica:—Vaya con Dió la gente honrá.—Siempre saluda el campesino; pero ¿sabe él, acaso, á quien saluda? ¿Le conoce? ¿Sospecha, acaso, que no pude ser un buen sujeto? Se hace, pues, su reflexión de que no priva del saludo al transeunte, pero á condición de que sea honrado.—Vaya con Dió la gente honrá.—Así saluda sin soltar prenda, como el clérigo que procura absolver sin responsabilidades:—Si no es gente honrá la que pasa, no irá con Dió.

La soledad le hace reflexivo, y el poco trato con las gentes, huraño. Estas dos cualidades características las demuestra principalmente en la ciudad. Va receloso y prevenido. Le asusta el movimiento

y la animación, como á los de las ciudades la grandiosa é imponente calma de la campiña desierta. Yo no encontré en mi vida á un campesino por las calles á la media noche, y conozco á muchísimos de la ciudad que no tienen bríos para asomar las narices á la puerta de la casa de campo cuando ya oscureció: el recelo, la desconfianza y la prevención que tiene el campesino con el de la ciudad, creyéndole allá, en lo último de su apretado cerebro, superior á él, es causa de que se afane y medite á su manera y haga sus cálculos y resulte maestro en el tejemenaje de su gramática parda, que da cien vueltas á las gramáticas de todas las academias de Europa. En el campo está el campesino en su centro, desaparecen sus provenciones y se muestra como es verdaderamente, porque alterna con sus iguales. Es alegre, decidor, travieso, vivaracho, y hallan las mozuelas en él más virtudes y más encantos que en el señorito más buen mozo que ande por el mundo.

Yo soy andaluz, conozco mi país, le amo; estuve mucho tiempo sin verle, y por eso me impresionaba cualquier detalle, trayéndome á la memoria escenas de la niñez. Pero salí de mis abstracciones y dejé á Manolita.

—Va V. muy callada,—la dije.

—Porque fuí una tonta, y ya no lo seré más. Estuve diciendo antes un tropel de majaderías por hablar algo: ahora prefiero callar á seguir hablando de ese modo.

La vi indecisa, quería hablar, y deteníala, sin embargo, alguna cosa grande, poniéndosele en la garganta y haciéndole humedecer los ojos.

Ibamos llegando á la *Rosca*, sitio que Manolita indicó antes. Avanzamos por un caminejo de herradura, pizarroso y resbaladizo con la humedad de la noche. Un fuerte olor acre de la tierra mojada y el perfume de los matojos, se introducía en los pulmones dándoles savia y vida. Formaba aquel caminejo profunda cañada, sombría, feraz y envuelta, así, como en una especie de poesía terrible y siniestra. Allí encontramos la *Rosca*, una gran mole de granito. No sé por qué la dan ese curubre.

Manolita era noble y franca, y no comprendió aún lo que gana la mujer no mostrando nunca lo que con verdad siénte. Si: yo lo sabía, yo lo adivinaba todo, y luego me confesó que no estuve equivocado. Manolita intentó desde el principio explicarme su presencia, á media noche, lejos de su casa, en un pueblo de Sevilla, sola, y queriendo ocultar su distinción bajo el gracioso vestido de una muchacha del pueblo. Intentó ex-

plicármelo, pero se le hacía fuerte porque eran cosas de su corazón y le costaba trabajo arrojarlas así á la calle, del altar donde estuvieron siempre santificadas y ocultas. Dolíale hacer la revelación, y le dolía lo mismo pensase mal de ella. Mi silencio sobre aquel punto parecíale muda protesta unas veces, y delicadeza y caballerosidad otras. Me tenía gratitud por el respeto que en mi mutismo le parecía en trever, y queriendo hablar costábale más trabajo aún, como yo no hablara. De aquí el que ahora estuviera triste, y de pronto alegre; locuaz y decidora en un punto, y pensativa y muda súbitamente, en otro.

Veía yo esto en el alma de Manuela, y sonreíame gratamente complacido de estudiar aquel carácter sin doblez. Andaba Manolita con dificultad por las asperezas de los riscos. Este inconveniente y sus preocupaciones, que parecían más hondas desde que pronunció las últimas palabras, nos dieron un mal rato. Se la dobló un pié, dió un ligero grito y cayó hacia atrás. Las sinuosidades del terreno nos impedían ir muy juntos y no me fué posible estar pronto á sostenerla. Me daba horror el pensamiento de que se hubiese hecho daño.

La ayudé á levantar prontamene, y ella me pagó con una sonrisa. Su primer ademán fué para arre-

glarse los cabellos. Quiso continuar el camino y no pudo aún porque le dolía el pie. La roca estaba á unos quince metros; pedí á Manuela que se apoyara en mi brazo, la conduje, y cogiéndola después delicadamente por la cintura, la dejé sobre la gran piedra, pareciendo allí una figurita en peana enorme. La moza no pudo verme porque se quedó atrás; pero Manuela miró así, como con azoramiento á un lado y á otro. Su semblante, pálido anteriormente, parecía ahora una mancha roja: le subía el color de la vergüenza hasta la frente y bajábale al cuello. Yo creí leer en aquel rubor y aquellas inquietudes:—¡Oh, si Pepito supiera que un hombre me tomó en sus brazos!

—Pero, vamos, Manolita—la dije en el tono dulce y regañón que con los niños se usa;—¿qué es eso? ¿qué cosas se le ocurren?

Alzó ella los ojos velados de lágrimas. Me miró sonriendo, y exclamó con una dulce mescolanza de tristeza y mimo que recordaré toda mi vida:

—¡Ay, tocayo! ¡No se disguste usté por Dios!

XVIII

Angela y Luis

Tocayo! No me llamó así nunca Manolita desde que estuvimos juntos en Aznalfarache. La palabra y el tono con que la pronunció, me hicieron pensar otra vez en los incidentes de aquella noche de recuerdos gratos. Ella se quedó mirándome de aquel modo picaresco é infantil, que la hacía tan simpática. Mirábame así Manolita, porque estaba pensando entonces en las vueltas que habría yo dado en el magín á las causas que concurrieron para que á ella, la elegante y mimada señorita, la pudiese yo encontrar como una de tantas, entre la turba de alegres y despreocupadísimas mozuelas del pueblecillo.

Ya no pudo resistir más, y me dijo con aquel tono de antes, entre burlón y triste:

—¿Está usté disgustado conmigo?

—¿Yo? No es V. buena. ¿Por qué me trata así, creyendo que podría ofenderme ó disgustarme con usted?

Entonces ella habló, habló mucho, y yo seguí oyéndola como en éxtasis. Aquella verbosidad no cansaba; aquel donaire y gracejo en el decir, aun dentro de su misma tristeza, cautivaban y atraían. «Ya conocía yo á Pepe. Cuando yo vi que no era verdad aquello de su posición modesta creería también que no era verdad lo de sus relaciones con Pepito; pero me engañé, me engañé, sí: había un Pepito de Dios, de carne y hueso, que la iba á consumir á ella á disgustos dejándola en los huesos y sin carne.»—¡Jesú! ¡Qué hombre! Y usté no se puede figurar lo noble, lo bondadoso que es, y lo mucho què sabe. No le ha visto usté porque está en Madrid. Ni me escribe ni le escribo. No se vaya usté á figurar, tengo mis berrinches porque estamos así, sin escribirnos, como dos almas muertas; pero, por otra parte, me dan un gusto y consuelo que no se puede usté imaginar. ¿Sabe por qué? Porque de escribirnos, sería para estarnos diciendo barbaridades el uno al otro; es decir, el uno al otro no: él, que es así y tiene ese carácter. Yo no hago más que llorar y decirle que le quiero.

Calló un poco, suspiró después, levemente, y me preguntó la hora que era. Se lo dije.

Esperemos aquí, á ver si esa viene—dijo—aludiendo á la criada, y luego prosiguió:

Pues hará como un mes y medio, me pidió Pepito que no viniera más al campo. Figúrese usté: ¡Quitarme un pedacillo de alma, porque el campo me da la vida, haciendo calor y haciendo frío y en cualquier época! Yo le dije: «—Bueno, no iré.» Y se me moría el corazón de pena diciéndolo. Se fué á Granada por yo no sé qué papeles. Yo, la verdad, como no estaba él en Sevilla, al campo, vine. ¿Qué mal hacía yo á nadie? ¿Es cierto?

—Ninguno.

—Pues verá usté: se enteró, y no quiero acordarme de las cosas que me dijo: que yo no le quería, que yo le engañaba, que mi comportamiento no era noble, furioso, hijo, furioso. Yo ¡qué hacer! llorar y más llorar, y mis padres muy disgustados de vernos así; porque, Pepito entra en la casa y todo: claro, ¡es tan bueno, tan noble...! Pero muy celoso.

—Esa enfermedad,—le dije,—y me eché á reir —V. misma puede curársela.

—¡Sí, curar!—exclamó con un mohín.—¡Ya estoy fresca! No sabe usté la angustia que me da al verle

así. No volvió por casa y esto me puso con una inquietud...¡Es claro! Mi pobrecito padre está muy viejo y envejecíase más sólo de verme, y se estaba muy callandito; pero lo conocía yo: aquí, dentro de Sevilla, me ahogaba. Al campo no quise irme, porque hubiera sido poner llamas en el horno. ¡Ay, Dios, si no podía estar! Vino una tarde una mujer que me quiere mucho: figúrese usté... me tuvo á los brazos, porque fué mi nodriza. Para respirar un poco nos fuimos en un bote. Tenemos confianza en esa mujer como en nosotros mismos. Permitió mi padre que quedase allí y dijo á todos, la mujer, que yo era sobrina suya. Allí me tienen por tal, porque de otro modo no se atreverían á jugar y á ser francas conmigo. Como yo soy tan sosa, y me quedo así, como quien mira á los santos, y no digo una palabra, ningún mozuelo me mira. Ya vió V. aquella noche: me quedé tan sola que no sabía lo que hacer. Vi á usté aquella noche, hablamos un poco... «—¡Ay Dios!—dije.—¡Si éste es el señor de quien Gúdula habla tanto!» Ya le conocía yo á usté por sus libros. Quieras que no, me los hizo ella leer, porque hablaban de Andalucía, y ya se sabe que Andalucía es la cuerda floja de Gúdula, Bueno, pero yo no quise decir á usté nada, temiendo que usté extrañase que una chiquilla, así, del pueblo, estu-

viera tan al corriente en cosas de lectura. Todo lo que allí le dije de Pepito es verdad, pero el alma estaba partiéndoseme, me pareció usté muy bueno y Gúdula prometió echar á usté mano en donde le encontrase y llevarlo con nosotros. En fin, para que vea usté si tengo mala suerte, cuando volví á casa supe que había estado allí él. Se fué disgustadísimo, y de pensarlo yo nada más, quedé como muerta. Al otro día salió para Madrid y no he vuelto á verle. ¿Ha visto usté qué hombre? ¿Ha visto? Por supuesto, si yo no lo quisiera tanto... ¡ay! Dios me perdone: iba á decir un disparate. No, yo nunca me portaré mal porque sé que me quiere mucho. Pero ¡Dios mío! si no tuviera ese genio... En fin, ya se lo conté allá. No he visto novio que hile más delgado: no puedo ir á ninguna parte, ni hacer nada, ni tener una amiga, ni salir un rato en carruaje, ni nada, nadita: sobre todo lo de salir. Un día salí sin que lo supiera, porque no le vi á tiempo para decírselo. Me encontró en la calle y vi que se ponía amarillo como un muerto: estuvo malo tres días, doliéndole tanto el corazón, que me horroricé. ¡Pobrecillo! Y yo me pregunto muchas veces: «—Pero ¿qué va á ser de nosotros así?

Quedó callada y movió la cabeza con desaliento: yo me puse triste porque recordé una historia:—

Mire V., Manolita,—la dije;—cuatro años hace de lo que le voy á contar; cuatro años hace y no lo olvidé un solo momento. Tuve yo un amigo desde la niñez.

Este amigo tenía un carácter noble, fogoso, digno. Siempre que le oí hablar, me enamoraba por sus aspiraciones y sus ideales.

Llegó el dia de su enamoramiento con Angela. Ella comprendió su generosidad, su delicadeza. Le halló noble, distinguido, caballero; le estimó primeramente, y acabó por adorarle con locura. Yo visité mucho tiempo, con anterioridad á estas relaciones, la casa de Angela. La conocía, pués; conocía también á mi amigo; y conociéndoles á los dos, fuí verdaderamente dichoso por ambos. Era lo cierto que nunca, ni buscada con candil, se hubiese encontrado pareja más igual, más galana y más hermosa.

La verdad es, Manolita, que no hay seres perfectos; la verdad es que en la existencia cada hombre procura conocer y estudiar al hombre que tiene más cerca, sin que se estudie y se conozca ese mismo que quiere conocer á los demás: esa es la causa de que no seamos como debemos ser. Gran parte de nuestras desperfecciones nos las debemos á nosotros mismos. Luis, mi querido Luis,

novio rendido, generoso y apasionado de Angela, se presentó ante la sociedad de sus amigos y con un nuevo carácter no esperado por nadie, que hizo sufrir á los que le amaban, y reir á sus conocidos. ¡El defecto de Luis era amar demasiado!

Al principio se mostró él discreto para ciertas pequeñeces que no merecían siquiera el nombre de tales; esas nubecillas que son como aureolas blancas, que se deshacen luego en lluvia de rocío sobre el corazón de los enamorados; pero conforme fué apoderándose de su espíritu aquella tensión tremenda de cariño que era ya locura, inconscientemente, sin comprenderlo él, sin darse cuenta, empezó á aislarse á sí mismo y aislar á Angela de los otros; sufría cuando ella hablaba con otro hombre, cuando iba al teatro; cuando iba al paseo, cuando la miraban, cuando miraba á alguien. Como ella comprendió que todo aquello que emanaba de él, aunque pudiese contrariar á otros, era una prueba de cariño que le profesaba y por tales razones, como era leal, como era generosa y grande, en cada uno de estos síntomas de locura de amor de Luis encontró siempre nuevo manantial de sentimientos de cariño para hacerle feliz y para desesperarle á la vez siendo feliz ella alguna vez y desesperándose á la par veinte veces todos los días.

Llegaron á un punto las cosas en que tuvieron los padres que mediar: idolatraban á su hija, amaban á Luis entrañablemente, pero tarde ó temprano tendría aquello un desenlace fatalísimo. Luis no trabajaba; Luis no iba á ningún sitio. Dejó sus visitas, sus relaciones todas: no había para Luis más mundo que aquel de su cerebro, donde flotaba una imagen, sola la imagen de Angela; vivir por ella y para ella solamente; y la envolvía y la fascinaba en aquel aluvión inmenso tan feliz, tan desgraciado á la vez, de lo que sufría y lo que gozaba en aquel cariño de celos y de inquietudes, que ella no pensó y no habló y no hizo nada ya que no fuese con el pensamiento y con la palabra de Luis. ¿Cómo aquel hombre generoso, reflexivo, lleno de respetos hacia la sociedad, y siendo respetado y rodeado de atenciones por ella, conducíase así, mostrándonos, de aquel modo intolerable, toda la evolución de su espíritu y de su cerebro, hasta contraer una enfermedad que daba risa unas veces, compasión las más, é impaciencia todas? ¿Cómo llegó á un extremo en que se hizo ridículo, y ridiculizó á la mujer que amaba, haciéndola morir entre congojas, porque se asomase un día al balcón á verle llegar, y haciéndole verter un mar de lágrimas por un detalle cualquiera? ¿Sabe usted por qué, Ma-

nolita? Porque ella fué tan pobre y tan cobarde de espíritu como él. Porque ella, en medio de su talento, no comprendió que aquel camino era el de la desgracia. Porque se dejó deslizar, sin detenerse, y detener al mismo Luis, con la palanca poderosa del prestigio que sobre Luis ejercía.

Pero los padres de ella vieron el abismo abierto y vieron á los dos al borde del abismo. La hablaron categóricamente. Todo concluiría si aquella situación no terminaba de golpe. Llorando, contábame Angela todo aquello, y yo no supe qué aconsejar, porque me conmovía la desgracia, por lo amigo que yo era de los dos. Una noche (me lo contó Angela después) habíase acostado ella, leía un poco para quedarse dormida, y no sé qué idea le sugirió alguna otra del libro. A la mañana siguiente se levantó resuelta: llamó á su madre y le dijo que se iba con unas amigas.

—Pero ¿y Luis?— se atrevió á decir la pobre señora, aterrada de lo que iba á suceder.

Angela se encogió de hombros, bajó, y, metiendose en el coche, se fué.

Llegó Luis ¿Qué era aquello? ¡Angela no estaba allí para ser la primera en verle! ¡Angela no estaba allí para dirigirle una sonrisa antes de que él entrase siquiera! Angela no estaba allí para oir tem-

blando sus quejas que nunca tenían fundamento! ¿A dónde estaría Angela? Angela no le quería ya, Angela le estuvo engañando, Angela no merecía su cariño, ni su respeto, ni sus consideraciones.

—¿Y Angela?—preguntó al fin.

La madre contestó con indiferencia:

—La dí permiso para que fuera á visitar á una amiga de colegio.

No contestó, no habló una palabra. Quedó sentado, inmóvil, con los ojos fijos, como si fuese de piedra.

Angela no volvía y él salió sin decir nada. ¿A dónde iba? ¿Qué ideas fueron las suyas? Nadie lo supo jamás.

A la noche siguiente llegó á casa de su novia, pálido, frío como un muerto. Ella le acogió indiferente, y se puso á leer, no dirigiéndole la palabra una vez sola, en todo el tiempo que estuvo á su lado. Hubiera querido Luis estallar, reconvenirla, insultarla, quejarse de aquella traición. Hubiera querido confundirla y matarla. Angela no le hacía caso. Cóleras y lágrimas en tropel inmenso brotaban á los ojos de Luis. Contenía el corazón rugidos de fiera herida, y al fin estalló en torrente abrasador... Pero cerró ella el libro, lo puso sobre la mesa, se levantó luego, y dijo al levantarse, con dignidad y adustez de soberana:

—Comprenderás que no son dignos de ti ni de mí tales espectáculos. Voy á dormir porque tengo sueño.—Y se fué.

¿Qué sucedió á Luis? Nadie ha podido saberlo jamás, ni lo ha dicho él tampoco. No contestó, no dijo una palabra: quedó lívido, silencioso, inmóvil. Un mundo inmenso, desprendido de no sabía él de qué otros mundos lejanos, pareció caer de pronto sobre la cabeza para aplastársela y sobre el corazón para rompérselo. Mantúvose callado, y se alejó sin hablar con nadie jurándose á sí mismo no volver á casa de Ángela, ni verla más en su vida. Pero á la noche siguiente ya estaba allí, cariñoso, solícito, bueno, adorándola tiernamente y respetándola como á la Virgen y como á Dios. Pasaron muchos días sin que una nube eclipsara aquel nuevo idilio en que entraron. Luis pareció ya otro, y Angela parecía feliz de aquello. No obstante, era preciso afianzarlo enteramente. Se disgustó Luis una noche porque al día siguiente salía Angela con su madre. Se marchó; y al volver, en la tarde del otro día, encontró á su novia en la escalera. Iba sola, elegante, hermosísima.

—¿A dónde vas?—le preguntó asombrado.

—A la calle.

—¿A la calle?

—A la calle.

—¿Sola?

—Sola.

—Pero ¿á qué vas?

—De tiendas.

—Y ¿no te acompañan?

—¿Para qué? Ahora se estila ir sin rodrigones.

—Y se marchó sin decir más.

—Y ¿qué ocurrió luego? preguntó Manolita ansiosamente.

—¡Oh, Manolita! Una cosa que la hará á V. daño porque la hará comprender un poco más lo que es la mujer, lo que es el corazón, lo que somos los humanos.

—Pero ¿qué fué?

—Que Luis pidió perdón á Angela, que Angela se lo concedió; que Luis se regeneró con aquella conducta de su novia, que desaparecieron sus debilidades, que fué generoso y sencillo como siempre, completándose de esta manera y pudiendo hacer la dicha de una mujer amada. Pero Ángela...

—¿Ángela?—interrogó Manolita, febril.—Qué hizo Ángela?

—Ángela no quiso ya á Luis cuando Luis fué como debía ser.

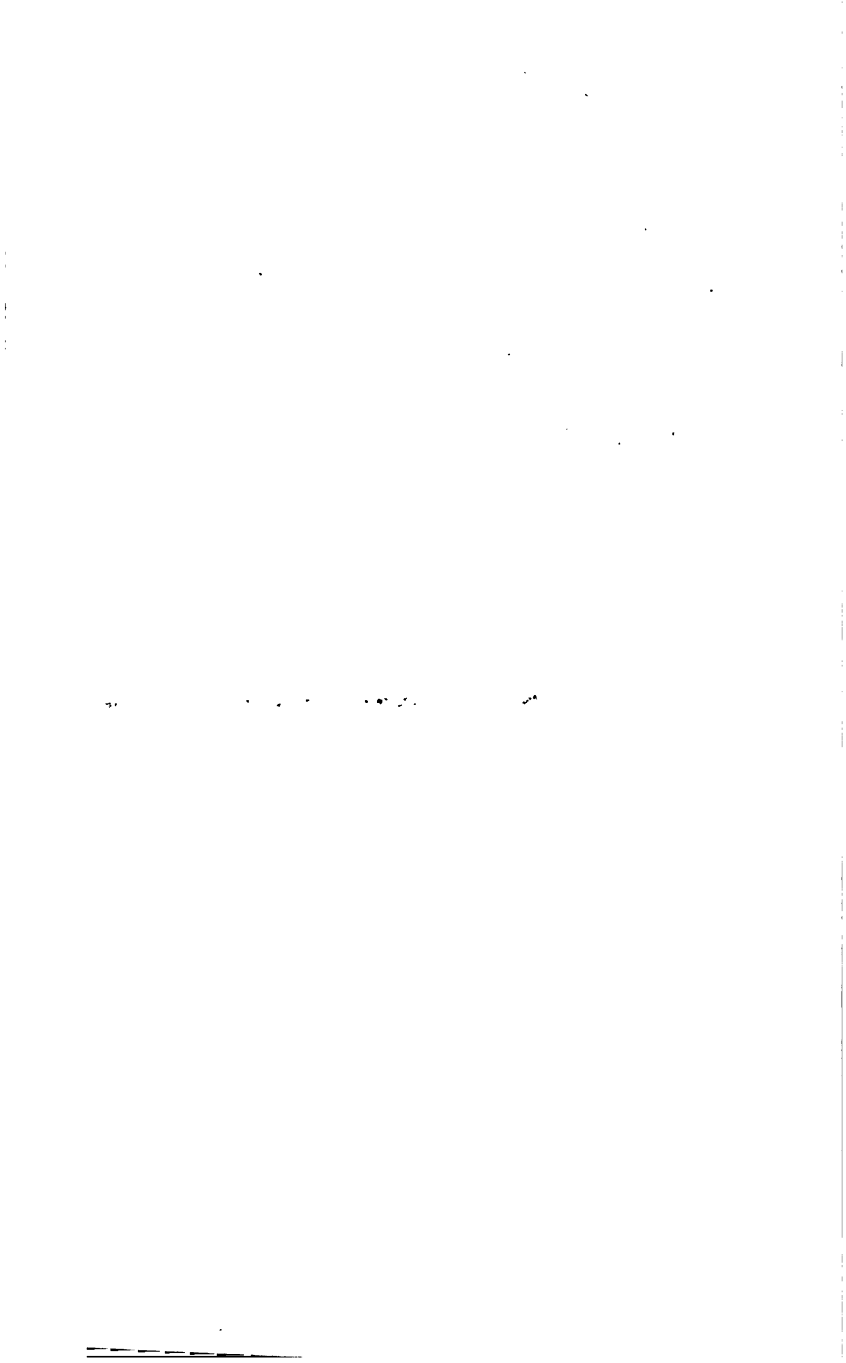
Manolita lanzó una exclamación de sorpresa:

—¿Es posible eso?

—Sí, posible: no le quiso ya. Ella, que tantas cosas grandes había hecho por el amor de Luis y no dejó de amarle cuando él cometía sus errores, buscó luego un pretesto fútil para terminarlo todo. Se casó algunos meses después con otro hombre.

—¿Y Luis?

—¡Murió!



XIX

Comentarios de la historia

Quedó Manolita silenciosa, fijas las pupilas en la punta de su pie diminuto, que asomaba como risilla de un diablo por el vuelo de la falda. Alzó la cabeza, y pude ver entonces su lindo rostro, pálido, muy pálido.

—Pero ¡Dios mío!—exclamó—¿Cómo puede una mujer, por mucho que la aconsejen y obliguen, desechar así de su corazón la imagen de un hombre, único á quien creía amar? ¿Cómo es posible que haga esto para poner allí mismo, inmediatamente, la imagen de otro hombre? ¿Como vive después, cómo piensa, cómo satisface su espíritu?

Yo sonreí tristemente, y dije para animarla:

—Mi pobre amiga; la vida es así: hay que filosofar un poco y resignarse.

—No, eso nunca,—dijo mirándome ahora resueltamente.—Yo podré renunciar á Pepito, cuando me convenza de que sería el unirnos una desgracia. Pero ni mis amigos!...ni mis padres, ni las conveniencias, serían suficientes para que yo dé á Pepito el espectáculo escandaloso de que me vea al brazo de otro hombre. Esa Ángela estará siempre muriéndose de dolor, ó será una infame.

—De si es feliz ó es dichosa,—repuse—¿cómo es posible que yo pueda asegurárselo á usted? Allá ella; yo tenía la intención solamente de citar el ejemplo, y es lo que hice. Además, sin que esto sea una afirmación gratuita, sino una figuración, pienso que esa mujer ni es infeliz ni es infame. No hay que extremar las cosas, amiga: en el mundo conviene guiarse por la generalidad, por lo corriente, por lo por sencillo. Esa mujer se casó: la primera vez que vió al novio yendo ella con su marido, pasaría un mal rato, ¡quién lo duda! pero después habrá ido acostumbrándose á la idea, y, como ya con el mero hecho de consentir en casarse con otro, acusaba su predisposición á olvidar al primero, poco le habrá costado quedar en un saludable y bienhechor indiferentismo. Ya ve usted: es lo lógico, lo natural, lo verosímil. Ya no se muere nadie por un amor contrariado. Hay que vivir.

Movió Manuelita la cabeza tristemente, en señal de duda. Yo me turbé. Allá muy lejos, muy profundo, en lo hondo de mí mismo, sentía yo un horror invencible y un odio desesperado hacia aquel Pepito, causa de las inquietudes de Manolita. ¿Por qué odiaba yo á Pepito? No, no es por lo que ya vosotros estaréis pensando. Yo sentía junto á esta mujer un bienestar inexplicable; pero no inexplicable fuera del orden, no: inexplicable, por lo sencillo y nada más: sentía yo, junto á ella, como desmayo de ese placer que siente el viajero en fiera tarde canicular, cuando chispea más el sol y nos abrasa el cerebro, y encuentra de pronto la sombra de una palmera junto al remanso de un río, todo arde y cruje, con la caricia de fuego del sol de Mediodía: sopla el aire caliente, mueren los pájaros asfixiados, y el viajero tiene á sus pies el agua cristalina, y sus vapores fríos suben y le penetran hasta el corazón. Este sensualismo del alma experimentaba yo al lado de Manolita... Su ingenuidad, su franqueza, aquellas serenidades límpidas, todo iba á ser destruído con los desengaños y con las penas del amor de Pepito. ¡Del odiado Pepe!

El silencio del campo se interrumpió entonces por las notas vocingleras de un esquiloncillo. Díjo-

me Manolita, que era la campana de una iglesia próxima. El cura que pasó antes, decía misa allí. Por otro lado vibró otro ruido ronco, lleno de monotonías, y añadió Manolita, sonriendo:

—Es la caracola del muchacho que también pasó. Toca el zagal la caracola, avisando así á los trabajadores de este lado y aquel, para reunirlos al almuerzo. Ahí viene ya mi criada, vámonos á almorzar también.

Cogí á Manolita y la puse en el suelo, cuidadosamente: durante el segundo que medió desde que la cogí del altar, hasta dejarla en tierra, cerré la boca para que no se me escapase el corazón en un suspiro. Cerré los ojos también, y pensé en Dios; pero el sentido del olfato quedó libre, y llegó hasta mis entrañas tal perfume, que creí por un segundo tener sobre mi cuerpo un enorme brazado de rosas.

XX

Peruco

No habían dejado de sonar el esquiloncillo y la caracola; el esquiloncillo, sin ton ni son, como loco muchachuelo que sale de la escuela dando brincos y haciendo cabriolas: su lan, lan, era juguetón, poco seguido, voluble. Daba á lo mejor cinco campanadas en un segundo y dos en cuatro minutos. La caracola, en tanto, como con desprecio de las veleidades del esquilón, vibraba ronca, grave, contínua, llena de majestades y grandilocuencias. Parecía aquello un pugilato grandísimo del esquilón con la caracola: el uno con sus infantiles carcajadas del chiquillo, y la otra con sus remilgamientos de doncellueca hipocritona.

Llevando á Manolita del brazo, porque se resentía mucho aún de su pie, dejé atrás el soto y aque-

lla gran piedra que recordaré siempre como la piedra blanca de la alegria, porque allí fué donde conocí verdaderamente á mi pareja de Aznalfarache. Se perdió detrás de nosotros aquel caminejo y dimos en una explanada pintoresca. Alzábase á un lado una casita blanca: tenía un tejado microscópico lleno de verdín, y en un alero del tejado vi una torrecilla. ¡Qué torrecilla! Un diminuto trozo de tapia con un hueco, donde daba tumbos el revoltoso esquiloncillo, empujado por no sé qué superioridad misteriosa, porque yo no vi cordel con que tirasen ni mano que empujára. Todo aquel lugar parecía una miniatura: la iglesia era chiquita como el esquiloncillo; hubiérame parecido imposible que por la puerta del templo entrase la gente si no la hubiera visto yo entrar. Pocos eran, á la verdad, los devotos, y estos escasos devotos pertenecian al sexo femenino. Allá iban las mujeres, orondas y frescachonazas, á ponerse bien con Dios. Allá iban sin hablarse y sin mirarse, con un respeto á las cosas santas que para sí lo quisieran en las grandes ciudades.

A unos doscientos pasos de la casa estaríamos, y viniendo en dirección opuesta, pasó junto á nosotros un gañán, muy joven, de grandes ojos negros, fornido, mofletudo y guapote.

—A la pa je Dió, zeñorita y la compañía—dijo, quitándose el sombrero. Continuaba su camino y Manolita se le interpuso, exclamando:

—Déjate, Peruco, déjate, que tengo que hablarte.

Detúvose el mozo, clavó la vista en tierra y no la movió ya como si en tierra se la hubiesen clavado con un martillo.

Se había puesto el sombrero cuando saludó, un sombrero grande, de ala anchá y forrado de felpa. Mientras estuvo mirándole Manolita, no sabía el mozuelo lo que hacer con las manos ni donde tenerlas, señal clara de su turbación: ni en los bolsillos, ni colgando, en ninguna parte estaban bien aquellas grandes manoplas. Por fin tuvieron colocación, porque volvió á quitarse el sombrero. Haciéndolo así, pasaban dos cosas, que pasaron también sin duda, por la idea sutil y sigilosa del gañán: quitándose el sombrero sería más decente, dando así, señal de respetuoso; y él por su parte, hallaba ocupación á las dos grandes manazas renegridas, dándole vueltas al sombrero, con la misma solemne lentitud que en los escaparates de algunas tiendas, las columnitas giratorias, para enseñar al público fácilmente todos los artículos. Mientras así daba vueltas á su som-

brero, seriote y compungido oyó el mozo decir á Manolita:

—Tenía ganas de verte para ajustar unas cuentas contigo; pero sepa y antes por tí mismo lo que pasa. Vamos, dí: ¿qué historias son esas que me trajo Mariquita la Larga, de Palomo y de tí? ¿O ha de ser necesario que yo me meta en vuestras cosas á cada instante, porque sois unos locos y tú el primero?

Peruco tenía la cabeza baja é inmóvil, como toro que clavó los cuernos en el suelo y está cogido; siguió también con las pupilas allí donde las puso antes, y el sombrero seguía dando vueltas en las ásperas manos. Habiéndome fijado en todos estos detalles, le miré el rostro luego y quedé sorprendido de la trasformación que iba allí operándose: se le encendía lentamente, empezó á brotarle el sudor y adquiríanle las facciones una acentuación y una dureza de demonio; de demonio era también entonces su mirada, fija, tenaz, relampagueante ahora como puñal hundido en el pecho de algún enemigo ferozmente odiado.

Todo aquello lo vió Manolita lo mismo que yo: lo vió la criada también y se aproximó á Manolita como disponiéndose á defenderla de la embestida brutal de una fiera asombrada; pero la niña siguió valientemente, dirigiéndole la palabra al mozo.

—Cuando nada dices, algo malo ocultas: tendrá razón entonces Mariquita la Larga, y eso es cobarde. Tu no tienes derecho alguno á turbar la casa ni el corazón de Mariquita: si ella no te quiere, busca á otra, que las encontrarás á granel ¿Qué te importa á ti una ú otra, habiendo tantas? Hay que tener ánimos. Y, además ¿tiene la culpa Mariquita la Larga de querer á otro más que á tí, porque el otro ha llegado antes? El corazón de los hombres templados, hay que darlo á conocer, portándose de otro modo del que tú te portas. ¿Te parece bien y valeroso amenazar á una mujer porque prefiere á otro hombre? Te parece bien amenazarla sin que su novio lo sepa, dándole así miedos é inquietudes? Es claro: tu le dices á Mariquita la Larga: « — Como no me prefieras á mi, haré lo demás acá y lo de más allá...»

Mariquita la Larga que es más generosa que tú sufre en silencio lo que la dices, y nada cuenta á Palomo porque no se busque una perdición. Como Palomo, no ha de enterarse de tu comportamiento, tú, que estás enterado muy bien, porque conoces á Mariquita la Larga, te guareces en la impunidad y la ignorancia en que está el novio, y la maltratas y la insultas. ¡Eso si que es de hombres!

Yo estaba asustado de ver á Peruco. Me parecía

imprudente en Manolita aquel modo rudo de atacar. Ella no cesaba de mirarle mientras hablaba como los domadores cuando dan de latigazos á la fiera sin apartar de ellos la vista, para no perder, separándola, el encanto que sobre ella ejercen.

Clavábanse en las alas del sombrero las uñas de Peruco: tenía las manos crispadas, y el rostro, desencajado y encendido, palidecía de repente, así como se oscureciera la campiña por la sombra de una nube; asi se sucedían la palidez y el encendimiento en aquel semblante de pletórico ancho y robusto.

Siguió Manolita aún; siguió tenaz, dura, con acento acerado, agudo, irónico: era su palabra cuchillo que hacía pedazos una vez y otra el corazón del mozuelo, como él, con el otro cuchillo ardiente y agudo de su mirada, parecia atravesar y partir el corazón de su contrario, que creia ver ya en el suelo y bajo tierra. Yo me aterré, verdaderamente, porque hubo un instante en que la fiera apartó el ojo ensangrentado de aquel sitio, atreviéndose á levantarla. Fué un segundo no mas, porque Manolita dijo entonces duramente y con voz de mando:

¡A agachar esos ojos, que es tu señorita quien te habla!

Agachó la vista, y su respiración fué esterdorosa. Se le alzaba y se le deprimía el pecho, y le creí próximo á la asfixia. Domado asi ya, fué Manolita á él y le cogió una mano con las dos suyas, que parecieron allí, sobre las del otro, dos gotas de nieve, y le dijo en tono inefable de dulzura y amor, un tono lleno de mansedumbre que tenia algo de plegaria y de queja:

—Vamos, Peruco: por Diós te ruego que no seas así. ¿Qué dirán luego los demás? Sin conseguir el cariño que deseas, perderías tambien la estimación de tus amigos, de tus compañeros ¿sabes? de todos y la estimación y el cariño mio, ¿oyes Peruco? porque tú me respetas y me quieres, y no oyendo mi suplica dejariás de respetarme y de quererme:

No pudo concluir Manolita: aquellas palabras dulcisimas de amor, en la tesitura desesperada en que antes colocó al pobre mozo, lograron una reacción terrible: todas sus cóleras, todas sus rabias, todos sus pensamientos iracundos y vengativos, todas las sonbrias locuras de muerte y desesperación que se aumentaban y ennegrecian con el anterior y durisimo lenguaje sabiamente usado por Manolita, estallaba ahora, al sentir el dulce contacto de sus manos y el dulce influjo de su tierna palabra de amor, en inmensa tempestad de sollo-

zos. Hondamente conmovido, vi derramar lagrimas á aquel hombre, cada una de las cuales fué una tormenta. Dejó caer el sombrero, y con la otra mano cogió las muñecas de Manolita, porque ya las dos manos suyas estaban presas como dos flores retas allí, entre la que ella le cogió primero. Y después de estallar en sollozos y coger á Manolita las manos con la ruda ingenuidad de su corazón virgen y la exaltación de su joven y generosa sangre meridional, dijo así entrecortadamente, con palabras que salian del corazón, roncas unas veces y como mojadas y ahogadas en lágrimas las mas:

—¡Po los clavos de Cristo, señorita de mi alma: yo le juro asté que no es verdá lo que l' han dicho. ¡Por la virgen de la Pastora le juro que me sa llenao el pecho de amargura! yo estoy triste y yo me moriré, pero yo no me meto con naide, señorita de mi alma, y yo me encoragino y me conduelo de que esa mala hembra invente lo que no é, que debía estarse mucayá, ya que no me quiere, de dolo na más de sabé lo muerto por eya que estoy: me la encuentro en la plaza ó en el campe, y la miro. ¿A quién hago yo estorsión con eso, madre, ni que quito ni pongo, sino que me doy ese gusto ya que no lo puedo remediarlo de otro modo? Eso debía ella: tené cariá y no que se pasa *jauci-*

ferando cuentos que saca de su mala cabecita, pa darse tono de guapa y persona mu prencipá, porque yo la quiero y la quiere Palomo y la quiere este y aquel, vá contoneándose como una princesa, poniendo los corazones chiquito y la cara de gujarrete sacándome los colores. Yo la quiero y la querré, señorita de mi alma y que naide me diga, porque yo con naide me meto. Palomo lo sabe to, y yo no miro á Palomo siquiera. Si, Palomo lo sabe to porque la mu arrastrá se lo dice to como quien no quiere, y lo pone mozcón y de mal ve conmigo, sólo que Palomo e un cobarde que no se atreve á meneá la lengua pa que yo no se la corte. Por Dió, señorita, que me dejen á mi ya, que yo solo buscaré apaño pa no pensá má é neya, que ya se yo que no merece pensalo ni sentilo una mujé que así anda poniendo á uno mal sólo po el gusto de andá de boca en boca pa que diga to el mundo que po su guapeza pasó esto y lo otro, y los hombres se pierden y la casa se cae y el cielo se hunde. Ya lo sabosté, señorita: digamosté á mi quién lleva razón, y si no merezco yo palma por callao y lleno de sincupeciones y po habé puesto mi querele en ese bicho malo de carita de sol.

Cuando Peruco desahogó asi su pecho, dió un gran suspiro. Tranquilizado ya un poco, se

atrevió á mirarnos y se sonrojó de todo lo que había hablado. En su gran exaltación olvidó, sin duda, que habia otros testigos delante. Le alentó Manolita con algunas palabras y le dijo luego:

—¿Ves tú? Así me gusta verte: razonable y hombre. Allá que se las compongan Mariquita y Palomo, que tú quedarás muy bien puesto con tu prudencia y tu honradez. ¿A donde vas ahora?

—A po uno jencargo.

—Pero ¿tardarás mucho?

—No, señorita: e á Utrera y golveré por la tarde. Luego iré á Seviya, estaré allí hasta el domingo po la mañana.

—Bueno, adiós. Pero no olvides que cojo tus palabras como promesa de que seguirás siendo hombre como hasta aquí, y descuida tú, que ya veré yo eso de Mariquita la Larga, á ver si vamos á estar siempre lo mismo.

Se encogió Peruco de hombros, con abatimiento y dijo despues, moviendo la cabeza:

—Mirosté, señorita, ma dicho osté una cosa que ma caio en el alma como un rayo de Dió. Ma dichoste que si hago ó no hago, que me falta la estimación y el cariño de tol mundo. Eso no me importa; pero ma dicho también que me faltará la

estimación y el cariño dosté. Güeno: que me falte si yo jago ninguna cosa pa meterme con naide; pero po Dió señorita, y po los ángele del cielo, que naide se meta conmigo y que no me busquen la perdición, porque yo tengo el alma negra y no miraré ná.

Manolita le miró con lástima, le consoló tiernamente, le arrancó promesa otra vez de que sería comedido, le prometió ver á Mariquita la Larga estrechó su mano amistosamente, saludó el pobre mozo y allá traspuso con la música de sus zapatos claveteados, caminito del Soto de la Rosca.

XXI

La heroína de una tragedia

Un cuarto de hora después estábamos en la casa.

Durante el almuerzo, habló poco Manuela, y no supe si su preocupación obedecía á los recuerdos de Pepito, más avivados por nuestra anterior conversación, ó por la idea de aquella historia de Mariquita la Larga: debió ser por ambas razones. No bien se hubo levantado de la mesa, se dirigió á mí, preguntándome:

—¿Me acompaña V.?

—A donde V. quiera,—repuse, y salimos.

Cojeaba algo, pero no se fijó en ello. No habló tampoco entonces: estuvo callada como antes, en la mesa. Respecto al camino, bien corto fué, porque se limitó Manolita á dar la vuelta á la casa. Se metió por una estrecha calle de plátanos, á cuyo final dimos en una plazoleta.

Había allí una casa que se componía solo de los bajos. Las paredes eran blanquísimas: conocíase, en este detalle no más, la limpieza de sus moradores. Allí, sin duda, andaba siempre la escobilla de blanquear á vueltas con las paredes y acariciándolas con la famosa cal de Morón. Vi, en la misma puerta de la casita, verdegueante y primorosa parra, y unos poyetes de asientos de ladrillos rojos, y blanquísimos también, hasta el suelo. Había una ventana microscópica á cada lado de la puerta, cubriéndose casi por las hojas del emparrado; y colgando sobre la puerta, como dosel de las ventanas, profusión de jaulas con algunos verderones y canarios. También había allí, junto al poyete, en sus jaulas cónicas, que me hicieron recordar los hornos de la Cartuja, unas codornices que, según lo que dieron al pico, creo yo que daban, no ya los cinco ni los siete, sino las dos docenas de golpes, armándose con esto, y con el canturrear de canarios, y verderones y con los gritos de un chiquitín, que partían de la casa, la gran algarabía.

Entramos y observé un curioso conjunto que no extraña á quién conoce el campo andaluz. Componíase la habitación del un portal grandísimo, que servía á la vez de sala, antesala, cocina, comedor, granero y casi dormitorio. No tenía aquella

casa otra división, que su enorme corral y un cuartito á la derecha, en la gran estancia á que me referí: en esta salita estaba el tálamo y permanecía cerrada desde el amanecer hasta la hora de dormir. Junto á la pared frontal de la izquierda, ardía, en el hogar encrme fogata cuyas grandes lenguas lamían suavemente el negro exterior de la histórica olla de metal, que colgaba de una cadena sobre el fuego á bastante altura, y allá, en lo alto, la chimenea de campana, con su ancha cornisa atiborrada de marmitas relucientes, peroles y calderos: el almirez, grande y pesado, yacía con la enorme boca hácia fuera, como amenazando disparar á los visitantes una andanada de condimentos. Sólo una de las paredes hallábase adornada, colgando en ella, de un clavo que tenía semejanza con la mano del almirez, según era de enorme, un marco de pino conteniendo la estampa de una Virgen. Del mismo clavo, y ocultando el mástil la mitad de la cara de la Virgen, pendía una guitarra con gran profusión arriba, de lazos de color de fuego y azules. Al otro lado, y próxima á la puertecita, una mesa de pino larga y mugrienta donde comían los trabajadores. Una viejecilla arrugada, vivaraz y donairosa, sentada en un silloncillo muy bajo, entreteníase en hacer pleita; y allá, junto al fogón, sopla que sopla,

una muchachita morena, graciosa, de grandes ojos negros. Tenía un pañuelo de seda en la cabeza, á la valenciana, y le salían por debajo del pañuelo, medio ocultándole la frente, unos mechones negros y brillantes como cuernecillos de los demonios de la tentación. La nariz era respingadita y el rostro regordete. Había en esta figura, inclinada allí junto al *fogar*, un gracejo delicioso, una cosa áspera y dura, pero agradable y atractiva.

Alzó la cabeza y se pusoen pié prontamente, cuando Manolita exclamó:

—Mira tú, Mariquita, que te tengo que hablar.

Vino á nosotros corriendo y con las manos juntas, poniendo los ojos en blanco, y apretándose, entre unos dientes menudísimos y limpios, el labio inferior, rojo y grueso: todo esto en demostración de sorpresa, admiración y alegría.

—¡Ay, señorita de mi alma! ¡Cuanto gusto me da de verla á osté por aquí! ¡Digo! ¡Vaya! ¡Quién se lo había de figurar! ¡Ay, Dios mío, la señorita! ¡Qué guapa está siempre! ¡Qué guapa y qué hermosota! ¡Da envidia de verla á osté!

Comprendí, por lo que había visto y oido, que aquella que hablaba era la heroina de la historia de celos entre Palomo y Peruco, y á la verdad, ambos gañanes tenían razón en amarla y odiarse

hasta morir de amor y odio. No me hice cargo hasta entonces de los encantos físicos que se pueden reunir en una rústica que sopla el fogón para hacer la comida de los gañanes del apero; por lo demás no puede explicarme el apodo de Mariquita, porque la tal Mariquita no era larga ni quién lo pensó; era un cuerpo bajo mejor que alto, garboso, regordetillo, y había una volubilidad en toda ella, un *ser* tan puramente suyo, que la emanaba de todas partes: todos los encantos de esta criatura puestos en otra mujer, hubieran resultado sin sabor y estúpidos. Tenía una saya azul, corta, listada de negro; medias de hilo de dos cabos, y zapatitos de becerro demasiado fuerte para los piececillos que allí podían adivinarse. Había, sobre todo una cierta cosa en Mariquita la Larga; despedía, de su cabeza... por los cabellos, por los ojos, por la frente, por la configuración de la boca, y hasta por aquella punta de nariz respingadita, un cierto tufillo de maliciosa, de picaresca y de taimada, que constituían su mayor aliciente. Preguntando á Manolita, más tarde, á son de qué le pusieron un apodo que no venía bien á su cuerpo, me contestó que la largura de Mariquita no era de *cuerpo* sino de *intención*, y por eso el campesino habíale puesto *la Larga*, con la sapientísima y prudente inducción que le es común.

Cuando vió la muchaha el ceño de Manolita, cejó un tanto en sus alegres exclamaciones y en sus alardeamientos de placer: la miró de un modo que parecía tímido y que no tenía, timidez alguna: en verdad que la tal muchacha era un prodigio.

Quedó Manolita mirándola un rato fijamente, como si quisiera adivinar en aquellos ojos vivos y aquella cara de rosa, si era verdad ó no lo que le contó Peruco; pero yo creo que no sacó nada en claro, porque Mariquita la Larga no era larga por cualquier cosa, sino por serlo de verdad.

—Oye,—le dijo la señora;--me vinieron ayer nuevamente con los cuentos de Peruco y Palomo, cuando yo creía ya que eso terminó. El asunto es muy triste y muy grave también y podía traerte disgustos, porque vas á oir lo mejor: me han dicho que tú tienes la culpa de todo.

—¡Ay, Dios mío de mi alma!—exclamó Mariquita, estallando súbitamente en sollozos, como un cañón que revienta.—¡Ay, Dios mío de mi alma! Padrecito de mi corazón y de mi vida! ¡Ay, Señor de la gloria, lo que me dice! ¡Que yo tengo la culpa, tan buena como soy y tan cayaica y prudente! ¡Ay, la señorita Manuela, que me tocó en lo jondo diciéndome esas cosas! ¡Ay, Jesú! Pero, señorita, ¿cómo voy á tené yo culpa ninguna, si yo en mi

vía miré á dengún hombre no más que á Palomo, como hace una muzhacha decente y de conveniencia? Porque osté verá, señorita: ¿tengo yo la culpa, ni quién tal vió, de que me miren á mí y se disgusten y se alboroten y se rompan el alma, por mala cabeza y arrastraos que son?

Manolita la oyó sin chistar, á ver si sacaba alguna cosa en claro de tanta algarabía. Cuando acabó, le dijo adustamente:

—Quién te entienda que te compre. Ya sé yo del pié que tú cojeas, y si no te hicieras la señora y la remilgada, y no fueras contando á unos y á otros lo que no es, te evitarias un disgusto y se lo evitarias á los demás. Pero no; ya estoy comprendiendo que tiene razón quién me lo dijo: ya se me figura que tú serías capaz de revolver el mundo, solo porque se hablase de tí; y eso no está bien, ni es propio de una muchacha honesta y de conveniencia, como tú dices. Es verdad que no miras á nadie, pero te pones ancha como alcachofa cuando te miran; y eso es lo que tú no perdonarás: el que dejen de mirarte. Tú no miras á nadie, digo; pero vas luego martirizando á tus amigas y á tus compañeras, contando que si te miró el novio de fulana, que si te miró el novio de perengana, para que haya jaleo y palos y disgustos, y tú seas la reina

de todo, y el pobre Peruco es quién paga y los que no son Peruco...

—¡Ay, señorita de mi alma y de mi corazón! ¡Qué rato me está osté dando! ¡Quién me lo había de icí!

—No me vengas con lloriqueos,—prosiguió Malita con dureza,—y oye para concluir. Es preciso que escojas: ó se concluye todo ó se lo digo á mi padre al momento para que te mande con tu familia al cortijo de la Loba, que sabes tú ya las leguas que está de aquí y lo poco que podrías señorearte y hacer la mona con Palomo, ni con Peruco, ni con ningún mozuelo de esta comarca; de manera que á ver como te las compones.

Mariquita la Larga se echó á llorar con desconsuelo, jurando, y perjurando, por Dios y por la Virgen, que no tenía la culpa y que no se la echasen á ella. La viejecita de la pleita se echó á llorar también, diciendo que su nieta era una desgraciada y que tenía mucho envidioso. Manolita siguió mostrando su anterior entereza y salió con mucha seriedad: yo la seguía. Volví los ojos, en el escalón, hacia la novia de Palomo, y en aquel lindo y rústico semblante, fresco y gracioso, y colorado por el restregamiento de puños en las mejillas para secar las lágrimas, sorprendí un

gesto mal intencionado; y en aquellos juguetones ojitos negros, una traidora y vengativa mirada.

Me sentí confuso de haber sorprendido estos síntomas de maldad en la graciosa palurda, y no dije nada á Manolita por no inquietarla más sobre aquel negocio; pero me alarmé, pensando en lo que podía resultar del *gesto* y del fulminante rayo traidor que sorprendí en los negros ojitos de Mariquita la Larga.

Calentaba el sol mucho, y volvimos, cobijándonos lo posible con la sombra de los árboles. Manolita fué diciéndome que creía haber obrado en conciencia, dirigiendo tan duras frases á la novia de Palomo.

—Tiene esa familia,—dijo,—todas las condiciones malas que solemos encontrar en la gente del campo, y muy pocas de las buenas. Son egoístas y avariciosos, hasta donde no podría usté imaginarse, y por eso hablé así á Mariquita, amenazándola con mandarla á otro cortijo: sabe que allí ganará menos, y, como es en el corazón casi de la sierra, la vida es poco accidentada y muy difícil para una moza que se las echa de fina y desea siempre cautivar corazones.

XXII

Ramón

Al llegar á la casa se metió Manolita en su habitación.

Habíanse retirado también sus padres á dormir la siesta. Gúdula salió, no sé á donde y yo no supe qué hacer. Me entretuve leyendo un pocoo y me aburrió luego la lectura. *Apretó* el sol extraordinariamente: parecía todo amodorrado y reinaba un silencio sepulcral en la campiña. Sentíase solamente el clocleo de las aves en el corral, y allá fuera, el canto monótono de la cigarra. Me senté bajo el emparrado, y no pude estar allí: corría una brisa caliente y bochornosa.

Este emparrado era mucho más grande y pintoresco que el que vimos en casa de Mariquita. En-

vez de poyetes había reates en la fachada, y un cañizo levantábase hasta un metro desde la pared á las columnas delanteras del emparrado unas columnas de mármol, elegantísimas y esbeltas, con finos capiteles de caprichosa arquitectura que no pertenecía á ningún orden. Iba yo también á rendirme á una lánguida diosa, la diosa de la pereza, y me levanté para ello con idea de dirigirme á mi habitación. Sentí de pronto un galope, y esperé curiosamente, encontrándome después con una yegua torda, de pelo brillante, crin fina y hermoso ver; y jinete en ella un zagalón campesino, fuerte, airoso, de ojos negros, de mirada profunda y soñolienta; unos ojos árabes que me admiraron. Descabalgó el mozuelo, junto á la parra, y, rienda al brazo, adelantó un poco hacia mí. Se quitó el sombrero cortesmente, y dijo en voz afable:

—Ave María.

Aquel saludo breve, que encierra en sí todo un místico y delicioso poema, saludo muy común también en los campesinos andaluces en aquella soledad y aquella quietud, se me entró en el alma llenándola de simpatía por el mozuelo que me lo dirigió. Yo contesté con un movimiento de cabeza y quedé mirando con atención al simpático jinete y la hermosa cabalgadura. Estuvo hablando el

jóven, y yo no quitaba ojo de aquello que veía, porque me causaba admiración.

Nada más fastuoso, ni más elegante, ni más sencillo, en el traje del hombre y en los arreos del animal. Había allí derroche de gusto y de esplendor, algo de oriental y de grande, que hizo llevar mi memoria á los tiempos primitivos, en que tanto se distinguieron por su lujo los habitantes de aquellas regiones privilegiadas. Llamaba mi atención aquello, más aún, porque vestía el joven á la usanza del país, pero con todos los requisitos y detalles circunstanciados, como se podrían ver todavía, hace poco tiempo, allá, en los intrincados laberintos de la sierra, donde no llegaron las costumbres y las modas de las grandes poblaciones. Era simpático el mozo á que aludo. Veinte años tendría á lo más. Sus ojos, ya los conocéis, unos magníficos ojos árabes, negros, profundos, rasgados, adormecidos, dejando adivinar pasiones sin fin y terribles tormentas. Era fina su tez, el color blanco, pero tostadísimo por la fuerza del sol, nariz romana, que hacía del joven un remedo de aquellos días en que hizo á Sevilla colonia. Tenía Augusto unas ligeras patillas de boca de hacha, bigote sedoso y en la paredilla de su gracioso calañés bajo y elegante, distinguíase un pañolito de seda que olía á dama por

lo pequeño y fino. Llevaba cuello estrecho, corbata de nudo negra cuya ancha caída ocultábase entre la faja, de un color morado muy subido; chaleco de rico paño con gran escote; chaqueta corta con bolsillos oblícuos, entallada por detrás, de manga estrecha; pantalón corto, ajustadísimo; botin á la morisca, primoroso y crujiente, y zapato de becerro. Era suelto el mozo, respiraba elegancia, vigor; parecía osado, valiente y decidido. Yo vi reflejarse con bravura en aquel hombre el tipo legendario del andalúz de pueblo, aquel pueblo de generosidades y valentías, aquel pueblo ardiente como las pasiones, soñador y poeta, místico y orgulloso, como las razas ardientes que divinizaron el Corán.

Me adelanté hacia el joven. Mientras yo le estuve mirando con la atención que supondréis, me preguntó por los dueños de la casa. Al sentir el galope de la cabalgadura, la doncella, aquella linda doncella de Manolita, se asomó á una ventana, y contestó por mí que los señores se habían *echado*.

—¿Quiere usted que avise á la señorita—añadió.

—Como V. quiera, salerosa,—dijo el gallardo mozo.

No tardó Manuela en salir, y pareció sorprenderse cuando vió al jóven.

—¡Ay¡—dijo agradablemente.—¡Si es Ramón! ¿Qué es eso? ¿Qué le trae á usté por aquí?

Noté que se puso muy pálido Ramón al verla, y que se contraían sus labios ligeramente como para dominarse en una sensación profunda. Se quitó el sombrero y dijo con llaneza encantadora:

—Yo si que me alegro de ver á V. tan guapa y rebosando salud. Y los papás ¿estan buenos?

—Vaya... Pero, diga usté: ¿qué ocurre?

—Pues que se nos casó la Monedita y mañana á la noche habrá fiesta para celebrar el lance en mí cortijo de los Cameros. Hay allí algunos peones á quienes permití esta tarde dejar la faena para que fuesen de acá para allá con la noticia y citando á mozos y mozas para mañana. Sucedia también que la Monedita estaba con mucho disgusto, mohina y ali-cortada, y diciendo que sería mala suerte para después, si no veía allí, un ratito á lo menos, á la señorita Manuela, que tanto bien la hizo. Nadie se atrevió á venir á pedirle á V. ese favor, y todos á una creyeron que si yo mismo venía á V. con la embajada, V. no se negaría á ir un rato para echar una copla y para satisfacción y merecimiento de aquella gente, que se pondrá corrida de orgullo y lo contará por toditas partes: no tuve mas remedio, y aquí es-

toy esperando lo que V. me diga, y temblandito de ir con la mala nueva de que el embajador nada pudo lograr, porque voy á perder mi prestigio y van á creer que no se me aprecia en esta casa y que la señorita Manuela no es una buena amiga.

—Pues mire usté, Ramón,—dijo Manolita;—para que nada de eso se crea, porque yo estimo á la Monedita, que es una excelente muchacha, y porque no niego nada á un amigo nuestro como es usté, mañana á la noche, si Dios quiere, estaré allí la primera, porque mi padre me lo permitirá. Y como un convidado convida á ciento, vendrá conmigo la señora que hoy tenemos de huésped, á quién gustan mucho estas cosas, y este señor, amigo también de casa,—nos presentó entonces,—á quién espero que estimará usté como merece y quién de seguro se alegrará cuando le conozca.

Dimos los dos las gracias á Manolita, y Ramón estrechó mi mano con ruda franqueza. Me ofreció su casa «allí, en el cortijo, á lo montaraz, porque casi nunca vivía en Sevilla.» Me ofrecí también á él de toda voluntad; y, repitiendo á Manolita las expresiones de su gratitud por haber aceptado el convite, montó en la yegua con un donaire y un arbo que me dieron envidia.

Miró á Manuela con profunda ansiedad, me mi

ró á mí luego, poniéndose muy colorado de pensar, sin duda, que había yo sorprendido su mirada á la joven, espoleó con ira á la yegua, dió el animal un salto, y salió como desbocada. No habló conmigo Manolita, pero me pareció algo triste. Llegó después la señora de la nariz, y, metiéndose al instante en uno de sus discursos, nos distrajo á los dos. Pero yo no dejé de pensar luego en la brava y apuesta figura de Ramón, ni en la tristeza de Manolita cuando le vió alejarse.

Aquella noche fué muy hermosa; una verdadera noche estival. Estuvimos bajo la parra gran rato, y allí fué donde Manolita anunció á Gúdula que estábamos invitados para la fiesta de los Cameros.

XXIII

¡A la fiesta!

Cuando más tarde Manolita pidió permiso á don Andrés, entre un abrazo y un beso, para ir con nosotros á la fiesta de la noche próxima, no sólo se apresuró á concedérselo el padre, sinó que noté en su rostro arrugado y noble un destello luminoso de alegría. Comprendí claramente lo que tal cosa significaba, y me acordé de la reserva que se guardó siempre desde que conocí á esta noble familia, de no pronunciar el nombre de Pepito. Era que Manolita constituía la felicidad y aún la existencia de los dos ancianos. Viéndola sufrir, morían-se ellos; y como el amor de Pepito hizo tanto padecer á la hija, procurábase por todos los medios no recordar nunca su nombre.

Aproximábase la hora de partir. ¿Iríamos á pié,

en coche, ó á caballo? A pié resultaría duro, aunque la distancia no fuese para espantar; en coche, era impósible, porque á lo mejor tendríamos que abandonarlo por las dificultades del terreno. Se óptó por el caballo pero yo, tenía que tomar alguna pequeña venganza de cierta persona, y dije que para hacer el camino de los Cameros acertaríamos solamente yendo en burro. La señora belga soltó un terrible respingo, como si ya tuviera el burro delante, al oir mis palabras. No me parece de ocasión, reproducir el discurso que salió pór aquella boca, porque sería un escándalo: me puso como ricomandil, diciendo que no tenía gusto, ni era caballero, y pretendió probar que el hombre que montaba en burro era servil, cobarde, soez, malvado, vulgar, plebeyo, sin corazón y sin conciencia. Me hice el malhumorado y defendí calurosamente mis teorías sobre las conveniencias de preferir el burro á todos los medios de conducción conocidos hasta entonces. Ví entonces á Gúdula en un estado de ira que sólo podía compararse con aquel, que ya recordareis, en que la mandé á paseo por empeñarse á la fuerza en que había yo de cenar en Alcázar de San-Juan; pero seguí discutiendo y peleando como si tal cosa, y puede atestiguar toda la vida, la honrada clase de ganado asnal, que nunca

se ha visto tan defendida por una parte ni tan mal comprendida por otra. Esto sirvió para que doña Angustias y don Andrés rieran mucho y para dar ocasión á un diluvio de epígramas graciosos y punzantes de Manolita, que eran lanzados como flechas, en los puntos más flojos de la discusión, para encenderla y aumentarla.

Cedí al fin, pero exponiendo solemnemente que lo hacía para dar una prueba de finura y no más; porque me tocaba acceder, puesto que discutía con una señora. Esto irritó y contrarió más á Gúdula y quiso todavía probarme con razones contundentes las ventajas del noble é hidalgo ejercicio de la equitación... ¡Montar un caballo fogoso, de raza pura, noble, inteligente, fino, propio y único para la grandeza! ¡Qué hermosura! ¡Qué orgullo! ¡Oh, el caballo, el caballo!...

Yo conseguí cortar la palabra por primera vez á la terrible señora, resumiendo modestamente, en un breve y mesurado discurso, la sencilla y dulce poesía del borrico, sus resignaciones, sus modestias, su poco deseo de figurar y su alejamiento do las pompas mundanas. ¿Podía darse cosa más digna de la consideración social y del respeto individual y de todos los sentimientos puros? ¡Oh, el borrico! Siempre melancólico, siempre grave, siem-

pre pensando en otro mundo mejor. Ved al borrico y os acordareis seguramente del filósofo, del sábio. ¿Hay cosa que inspire más veneración que un burro pensativo?

Nos entreteníamos con tanto discutir y lo íbamos á perder todo con dejar que pasasen las horas. Subimos á caballo, y allá se traspuso camina que camina, para los Cameros. Nos sorprendió la noche antes de llegar, aunque no tardamos ni una hora, y eso que iban nuestras cabalgaduras muy sosegadamente. Conviene manifestar que era ya casi de noche cuando nos poníamos en marcha.

No había salido aún la luna, y caminamos unos trece ó quince minutos en una obscuridad densísima, con el único guía del instinto de los animales. Se llenó súbitamente el cielo de estrellas, así, como si de pronto se dilatase toda la inmensidad en una sonrisa: allí, en medio de aquella negrura, sin ver otra cosa que el cielo cuajado de estrellas, que parecían miradas de los ángeles; sin otro encanto que aquél, sin otro horizonte, sin otra vida que admirar, comprendese, sin embargo, que el andaluz tiene que ser poeta necesariamente. ¡Dios mío, qué concertante!... El cencerreo del rebaño, cuyas roncas vibraciones se perdían con lentitud, el crujido de la honda que hacía chascar el

pastor, el quejumbroso balar de las ovejillas, el rumor de las arandelas cuando algún carretón, tirado por pacientísimos bueyes, tropezaba en un bache, la voz campanuda del carretero al arremeter con el hijón!... Oí una copla en aquel instante, á lo lejos, y me pareció un himno cantado por Dios á la naturaleza.

Se oyó en aquel punto el galope de un caballo. Detúvose, sin duda, al sentir, quien lo montara, el pisar de los nuestros, y este grito de interrogación llegó á nosotros:

—¿Manolita?

—¡Hola, Ramón! — contestó Manolita prontamente.—Ya estamos aquí.

Se alejó Ramón con la misma prontitud y poco después divisamos un fuerte resplandor que iba aproximándose.

Quedé sorprendido y no supe á qué achacar aquello. Manolita se echó á reir, porque lo conoció al instante.

—Salen á recibirnos,—exclamó sencillamente.

Un numeroso grupo de mozuelas y mozos, se nos incorporó algunos minutos más tarde. Iban endomingados, limpios, sonrientes, y llevaban grandes manojos de resina encendidos. La novia, la misma novia, iba delante con un gran pingorucho

llameando, y quedé sorprendido porque reconocí en ella á la graciosa chiquilla que ví bailar cierta noche sobre una mesa del bentorrillo de Eritaña.

Llegamos al cortijo entre aquellas luces y aquellas personas. Había en la puerta un emparrado, como en casi todos estos lagares. Era el edificio pobre. Los padres de Ramón dieron este lagar en arriendo al matrimonio, y á pesar de su pobreza, era un gran paso que el marido de la Monedita daba, pues ascendía á arrendador de simple bracero. Había bajo la parra algunas sillas que ocuparon prontamente los convidados.

Yo no pude acercarme á Manolita, al pronto porque me tomó Ramón por su cuenta. Era un buen chico Ramón; instruido, amable, simpático, un alma generosa, sin dudas, porque no había experimentado Ramón todavía esas vicisitudes de la vida que parecen necesarias al hombre para su complemento. Quiso disimular Ramón, pero le fué imposible. Adiviné todo lo que en su corazón pasaba, aunque se figuró él que no había sido adivinado. ¡Pobre Ramón! Era un hermoso loco de amores. Amaba ciegamente: amaba á Manolita. Como yo conocía á Manuela, me expliqué, su melancólica seriedad.

Iba á empezar la fiesta y Manolita se dirigió,

como distraidamente, al lugar ocupado per la novia de Palomo. Se levantó Mariquita la Larga entonces yéndose para Manolita, y se detuvo allí en arrumacos y cumplimentaciones; pero no se dejó engañar Manuela.

—¿Y Palomo?—preguntó:

—Trabaja ahora mucho, señorita, pero yo me figuro que vendrá aquí esta noche.

Manolita se tranquilizó pensando que Peruco estaba en Utrera: de modo que no podrían encontrarse allí los rivales. Diciéndome esto ella, se aproximó Ramón: Manolita le habló afablemente, pero noté que aumentaban su reserva y su melancolía. Unos mozuelos tiraron entonces del señorito Ramón para que zanjase el conflicto de las muchachas, que no querían cantar. Quedé solo con Manolita un instante y le interrogué muy bajo con toda la efusión de mi alma; y aludiendo á Ramón:

—Pero ¿qué es eso? ¿Qué tiene V., hija?

Ella quedó en silencio, y cómo repitiese mi pregunta en vano, la dije firmemente.

—¡De modo que yo he de estar condenado á una eterna inquietud por su causa, cuando no por una cosa por otra!

Me dijo sorprendida que me explicase, y contesté diciéndola:

—Usted no tiene la culpa de que el pobre Ramón esté loco, perdido. ¿Por qué se mete usted entonces en todas esas algarabías de pensamientos? Es preciso que críe usted fortaleza y no piense tanto en los demás, porque resultará, de otro modo, en perjuicio suyo. ¡Ah, Manolita! Aquí tenemos una segunda parte de la historia de Mariquita la Larga, de Palomo y de Peruco: solo que la Mariquita de esta historia es noble y buena, demasiado buena ya. La Mariquita de esta historia no puede amar á nadie que no sea su Palomo, y se fatiga y se duele y se martiriza en secreto, pensando que no puede aliviar las aflicciones del buen Peruco.

Con aquella franqueza que la hacía tan simpática, estrechó Manolita mi mano, llena de gratitud, por lo bien que yo la comprendía. Grandemente emocionada, pero esforzándose para disimular, me dijo en tono que quería hacer ligero:

—¡Ay, tocayo! Y la cosa es que no sé cómo arreglármelas. No sabe usté la fatiga que me da eso, hijo. Es que los hombres no entienden de gusto: por supuesto ¿Quién se había de figurar que iba una á encontrarse aquí otra vez con Ramón? Yo creí que estaba todavía por esos mundos, porque se fué á viajar hace ya seis meses. Si lo sé no

vengo al campo; en llegando á casa le digo á mi padre que me voy á Sevilla corriendo.

—Y ¿por qué?—la dije con mal humor.—Usted, amiga mía, no vá por buen camino: usted recibirá muchos desengaños en el mundo.

—Pues mire usté,—contestó ella con cierto tonillo de altanería;—prefiero sentir y tener el corazón como Dios me lo ha dado, aunque sufra en lo sucesivo todo eso que usted dice. Me fatigo, sí, me molesto; me gustan la tranquilidad y el reposo, y no estoy bien al acordarme de que Ramón me quiere: si yo paso esta vida de perros teniendo el cariño del hombre á quién amo, ¿cómo no la pasará Ramón que no tiene mi cariño? Me habla, y tengo que ir con un cuidado muy grande en todo lo que digo, por miedo que piense que le desairo. Me mira, y, antes de retirar yo mi mirada de la suya, pasa mi corazón por todos lo cilicios, porque no se figure que después de no amarle le trato con dureza. Me sorprendí al verle ayer, porque no le creía aquí. Acepté, cuando me invitó, sin titubear, porque no viera que le desairaba. ¡Pobre Ramón! Puede que me equivoque, aunque no lo creo, no; que, en cosas del alma, tiene la mujer experiencia desde niña. Puede que me equivoque, repito; pero se me figura que si yo no

me condujese así con Ramón, se irritaría más y sufriría más de lo que sufre. Yo me canso; me fatigo, de sostenerme con esa tesitura; pero no me quejo, para que mi Virgencita me lo premie quitando ese geniazo al infame Pepito.

Llegó Ramón otra vez y quedamos callados. La gente de la fiesta guardó también silencio profundo. Antes había sido todo ir y venir, para ver el ajuar y ver el tálamo, con risas y cuchicheos y bromas de los mozos á las mozuelas. Luego hubo la historia de quién cantaría, y retraimiento de unas y rubor de otras, y anda tú... y no tú, que yo bailaré en *contao*, y Viendo el *tocaor* que nadie se decidía, empezó dale que le das á las cuerdas.

XXIV

Lágrimas vino y coplas

Reinó un silencio extraño é imponente, pudiéndose oir en aquel instante esos vagos rumores de la campiña solitaria, esos rumores que son como el acento divino de la Naturaleza para explicar al hombre sus misterios. Vibró más clara la canturía monótona del grillo, ruidos sordos del tinado, revolotear alguna vez en el gallinero. De la alcarraza, limpia, oronda, reluciente, colgada de su cinta azul en la traviesa del emparrado, escurria el agua, filtrándose por los finísimos poros; deteníase un instante, íbase formando allí la gota, lenta, dulce, cristalina; titilaba un momento como una lágrima, despegábase de la que se iba formando otra vez y caía á tierra.

Se levantó Ramon, de pronto y llegó á la Monedita, sacándola á bailar. Este fué el principio de la animación. La novia, ruborizada porque iba á bailar con el amo, pero sin perder nada de su donaire y gentileza, se colocó en el centro. El novio, entonces, muy tieso y muy endomingado, y con mucha más cortedad que su graciosa mujer, vino hasta nosotros, y dijo á Manolita muy respetuoso y con mucho cariño:

—Porque la boa no tenga pata, señorita, venga osté á bailá co nel novio.

Ella le sonrió, exclamando:—Hijo, si fuera para eso, toda la noche me estaba yo bailando sin descansar.

Se colocó también esta pareja en el centro, repiquetearon de repente unas castañuelas, y la primera copla hirvió en el cerebro y en el corazón de un invitado, para salir sonora, alegre, de improviso, fugaz, argentina, como diamante que bota sobre una placa de marmol y se aleja y se pierde.

Como ocurre por lo general cuando bailan á la vez algunas parejas, vinieron las rivalidades, á ver quién se rendía más pronto. Las fuerzas iban equiparadas: no podía haber ofensa de mantenerse firme el pobre con el pudiente, ni el

criado con el señor, porque allí bailaba la señorita con el criado y la criada con el señorito. Robustos ó finos, todos tenían buena salud, buena sangre, y amor á la tierra y á sus costumbres. Las parejas habían tomado palillos, y el sonoro repiqueteo era ya una inmensidad. Estaba la guitarra silenciosa entonces. El *tacaor* como todos los circunstantes, miraba ávidamente á las parejas. Se iban animando, se iban animando conforme transcurrían los segundos, sin hablar, sin mirarse, firmes en sus giros, en sus vueltas, en sus mudanzas, en su arqueo de brazos, en su alzar de pies y su mover de dedos, para que sonasen las castañuelas. Hubo quién ideó encender las antorchas nuevamente, y á sus inmensas luces, reverberantes, todo aquel cuadro de extrañas fantasías pareció temblar en su fondo negro. La luz destelló vigorosamente en los rostros, dándoles matices, ora duros, ora suaves, pero siempre con entonación simpática y apropiada. Me sentí asombrado de ver á Manolita entonces. Su rostro se animó en el calor del baile: se arqueaban sus lindos labios ligeramente y chispeábanle las pupilas. Alli no había ya distinciones ni categorías. No: para hervir, lo mismo hierve la sangre aristocrática que la plebeya. Bailábanse seguidillas, ese aire de tres tiem-

pos, genuinamente español, y andaluz por excelencia.

La Monedita se rindió primero. No dice la historia si se rindió porque ya no pudo bailar más, ó si cedió la vez á la señora por ese instinto de la gente de pueblo que se parece tanto á la buena educación y que en algunas ocasiones la supera. Lo cierto es que el hielo se había roto.

Reinó silencio otra vez, porque empezó el *tocaor* con cierta tosecilla anunciadora de que la guitarra comenzaría á hacer de las suyas. Aumentó el silencio: llegó á ser grande, solemne. La Naturaleza pareció pegar la hebra en la inmensidad, contando al hombre sus misterios, con aquella frase suya de que ya me ocupé. El grillo reprodujo entonces sus fantasías nocturnas. Los diamantes del fondo de la alcarraza seguían golpeando el suelo acompasadamente como los latidos de un corazón.

Vago, muy vago, como el rumor de un arroyo que se oye de repente en un camino, así se oyeron las primera notas de la guitarra: un punteado limpísimo que ejecutó maravillosamente el *tocaor* con sus ágiles dedos. Pareciéronme las notas, en aquel instante, un diluvio de estrellas arrancadas del cielo para llenar lo infinito de aquellas negruras de la noche. Eran unas notas puras, sua-

ves, argentinas, á pesar de sus apagadísimos ecos. Tenían algo de misteriosas y sublimes: había allí candor y dulzura, y así como, á medida que se llega al arroyo, va aumentando el rumor y pronunciándose gradualmente, así en los oidos de los circunstantes fué aumentando aquella música, dulce y triste á un mismo tiempo, quejumbrosa y apasionada, febril y tierna, hasta que el punteo, en fin, como indomable grito se convirtió en rasgueo, y el arroyo susurrante en desbordado mar tempestuoso.

¿De donde salió aquella voz en tal punto? ¿Yo estoy por jurar que aquella voz no ha podido olvidarla ninguno de los que allí nos encontrábamos. Contuviéronse los alientos y paralizáronse los corazones. Oí á mi lado no sé á quién:—¡Qué maldita! ¡Cómo canta!—Quedé como si de pronto aquella voz se me hubiese metido en los pulmones, cortándome la respiración por un instante: rítmica, extensa, gallarda, vigorosa, con relámpagos de sol, ondulaciones de serpiente, calenturas de leona y ternuras de madre; pensé, oyendo aquella voz, en el finísimo cristal sajón que se quiebra, en el torrente que zumba, en la paloma que acaricia, en el arroyo que ríe; aspiré los perfumes juntos de albahacas, nardos y clave-

les; sentí el crujido de encajes que se desgarran, de mantones de Manila que volean; pasaron por mi cerebro, como relámpagos, el perfume y el olor de la Manzanilla y del Jerez. Hubo allí vida, calor, fuego, rugidos de pantera, susurro de oraciones calofríos de miedo, sacudidas de bravura: fué un derroche, el desbordamiento de un mar de luz y de sonidos que nos pudo ahogar y cegar á todos.

Desde que yo quiero á un hombre
mi corazón es el mar;
que las penas, cual las olas,
unas vienen y otras van.

Había sido Mariquita la Larga la que cantó. Fué aquello un caos entonces, de gritos, de palmoteos, de bravos. Los hombres iban cada uno con su caña de manzanilla á que la *cantaora* mojase allí los labios, que tenían la gracia de Dios.—¡Bebasté, serrana, un poquitó, pa que Dió me preserve de male!—Y otro:—¡Criatura, remojosté ese gajarro de plata fina!—Y de un ladó:—¡Vivan lo sojitos negro de las caras morenas!—Y de otro:—¡Olé po la zandunga de la serrana!—Sacaron de su rincón á Mariquita entre unos mozos, y se presentó allí

en medio, vivaracha, graciosa, con aquel semblante, que parecía hecho por la malicia, y aquel cuerpecillo donairoso. Estaba muy bella con su trage dominguero, que llevaba con mucha coquetería, y aumentaba su hermosura la felicidad de su triunfo. Pidiéronle otra copla, y otra después. Siguió cantando y conmoviéndonos con aquel inextinguible torrente de divinas notas que se desbordó de su garganta. Vi á los mas entusiasmados arrojar á sus pies los sombreros y la manzanilla, y deslumbraba el reflejo de las luces contra el vino, cuando caía á los pies de la moza en destellante randa de oro.

Llegó Palomo en esto, y acogiéronle con vivas y aclamaciones de enhorabuena, porque tan rica moza le deparó la suerte. Yo miré á Manolita con atención, porque me pareció muy inquieta; comprendiendo ella mi cuidado, me dijo:

—Estoy temiendo que venga Peruco.

Traté de tranquilizarla, y ella procuró tranquilizarse tambien. Peruco le dijo que hasta el lunes no volvería, porque pasaba á Sevilla desde Utrera para hacer sus encargos. Se obsequió á Palomo, haciéndole beber de un solo golpe tanto como ellos habían bebido ya. Se oyó de nuevo la voz de Mariquita la Larga, con el mismo vigor, con igual

galanura, agitando el alma en dulces y suaves impresiones. Todo esto fué por la entonación y el sentimiento con que la pérfida cantaba esta copla.

En las tablas del cariño,
por un sabio escrito está:
que un corazón nunca puede
partirse por la mitá.

—¿Usté lo vé?—me dijo Manolita de mal humor.—Alude, en eso, á lo que todo el mundo quiere tener callado. Ahora me afirmo en que Palomo no es mas que un pretexto para esa muchacha, y que Peruco tiene razón en quejarse como se queja. Cantando eso se hace la digna, y quiere probarnos que será constante siempre á su novio, pero no es á su nòvio á quién se lo cuenta, sino que parece tirárselo á la cara al rival. Dice que no puede dividirse en dos para querer á dos hombres; pero no se lo dice á su novio en voz baja cuando habla con él: lo dice á gritos cuando la aplauden y la elogían una habilidad, y se figura tener dominio suficiente en los que la oyen, para que después, si algo triste ocurre, no se le eche la culpa, por la atmósfera de simpatía de que antes se ha rodeado. ¡Ah, taimada! ¡Cómo se reveló verdaderamente en

eso nada más!—Manolita parecía afligirse mucho. Yo encontré exageradas aquellas aprensiones suyas, y ella exclamó sin oirme:

—¡Oh! ¿Como podré yo ahora reprenderla de modo que no se irrite y lo haga peor? ¿De que medio me valdria? Será capaz, ella, en este momento, hasta de rebelarse y de responderme mal, engreída con el entusiasmo que despierta con sus cantares. Mire usté el rato que nos daría ahora si estuviese aquí Peruco.

Habíase formado un gran corro. Los recién casados, Manolita, Gúdula y yo, estábamos en la misma puerta de la casa; y delante de nosotros, sentados en sillas y de pié, había gran número de personas que nos impedían ver con facilidad lo que pasaba al otro lado. Aquella muralla de personas iba dando la vuelta y formando el corro cuyo centro ocupaba Mariquita la Larga, el novio y los más fervientes admiradores de Mariquita la Larga. Detrás de la copla anterior, Palomo cantó medianamente otra, manifestándose agradecido de que la coqueta campesina no se partiese por la mitad ó no partiese su corazón, dando por seguro que le dejaría entero y todo para él. Siguió ella cantando; y como si llevase algún pensamiento oculto, que no podíamos comprender, lanzó esta

copla que causó malestar, no ya á Manolita, sino á todos los circunstantes.

Culebrillas tiene, madre,
liadas al corazón:
me quiere y yo quiero á otro:
arráncarselas por Dios.

Nadie pronunció una palabra; nadie aplaudió. Ningún ruido ahogó, después de la copla, las vibraciones de la guitarra.

—¡Oh!—dijo Manolita temblando de ansiedad.

Monedita vió la agitación de Manuela. Su claro instinto la hizo pensar que lo que allí faltaba era otra mujer que cantase, desbancando de un golpe á la despótica reina.

No dándola tiempo para recurrir á medio alguno, se entregó á sus fuerzas, encomendándose á Dios, y cuando menos lo esperaba nadie, interrumpió á Mariquita la Larga, que ya salía con su torrente de ondas sonoras, é hizo sáltar su copla por encima de la de Mariquita, candente y rugiendo. La fe con que peleaba le dió brios. La alegría de pensar que halagaba á Manuela la fortaleció más. Estaba junto á Manolita. Comprendiendo esta lo que la Monedita intentaba, la miró agradecida y la cogió una mano, apretándosela ardientemente.

Acabó la Monedita su cantar, y los corazones oprimidos estallaron de placer con un ¡*Viva la novia*! En los ojos de Mariquita la Larga relampaguearon dos centellas: fueron de sus lágrimas, heridas fuertemente por las luces de las antorchas. Yo ví aquellas lágrimas y sentí frío. Soy andaluz, y lo sé: lágrimas vertidas como aquellas se vertieron, cuestan sangre.

XXV

La tragedia de la copla

Pero la acción de la valiente Monedita, que nos había dejado un dulce alivio, no sirvió de nada.

—Ya está otra vez,—exclamó Ramón:—esa infame nos dará la noche.—Comprendí á lo que aludió, extremeciéndome de inquietud. Mariquita la Larga había empezado á cantar de nuevo.

Consulté á Ramón, lleno de curiosidad, y él dijo, moviendo la cabeza, cuando le expuse los temores de Manolita:

—No crea V. que vá descaminada, porque es andaluza de corazón comó deben ser los andaluces y conoce á los de su tierra como la madre que los ha parido. El andaluz es generoso siempre, noble,

bien intencionado, con sangre de fiera y corazón de niño; pero como uno salga rencoroso ó malo, se me figura que no hay quién nazca tan rencoroso y malo como él. Manuela podría contar á usted, cosas muy grandes sobre esto; que esa rosa de mayo, es un primor de juicio y sabiduría.

Le conté entonces la escena del día antes entre Manuela y Mariquita, y Ramón replicó prontamente:

—Sobra con eso, y el rencor de Mariquita no es contra Peruco: ya sabe V. que una mujer nunca aborrece al hombre que la ama, aunque este hombre sea un asesino. ¡Cómo ha de ser! Las hembras son así, bueno. El rencor de Mariquita, es contra Manuela, cuando la muy animal debía adorarla de rodillas.

—Pero ¿por qué no se evita esto?—pregunté asombrado y lleno de disgusto.

—Aquí Manuela y yo somos los que podríamos tener alguna autoridad, porque, de los presentes, el que no come el pan de la casa de Manuela lo come de la mía. Si ella se planta y dice:—¡Ea! ya Mariquita no canta más,—tendrá que decir los motivos de la prohibición; y decir eso, será buscar más pronto los pies al banco. Si dice que se acabó la fiesta, y yo la apoyo, también habrá que dar expli-

caciones, y no cuento que nuestra autoridad podría llegar hasta cierto punto. Ahí está Palomo, que es un burrazo animal como él sólo, y en quién Mariquita la Larga confía á última hora para que la defienda contra lo que pueda venir por todas las brutalidades que está cometiendo. Y con lo que ocurrió ya, y las cosas que le habrá dicho por lo bajo, tiene usted á Palomo, que por la negra honrilla de tratarse de su novia, y de la gente que le está viendo, y de lo animal que es sobre todo, tiene usted, digo, que á mí es al primero que me falta si me llego á él en tono de autoridad. Y ¿qué hago yó entonces? Lo estropeo de cuatro bofetadas delante de todo el mundo, porque á mí ni torazos como Palomo, ni los mismos elefantes me asustan. Y ¿qué se diría luego? Que yo me escudo de mis privilegios de amo para tratar duramente á estos infelices; y seré imprudente y loco, y habré querido echarlas de guapetón porque está delante la señorita Manuela á quien todo el mundo sabe que adoro. Aquí el demonio malo es Mariquita la Larga,—añadió Ramón con impaciencia febril;—el demonio malo, créalo usted.

La dulce y estentórea voz de Mariquita remontábase entonces al cielo, hendiendo lós aires como una inmensa y santa ola de harmonía.

Mientras tu sojo me miren,
que son como do sestreya,
siempre navega mi barco
manque esté la má rigüelta.

Estos cuatro renglones improvisados súbitamente por el cerebro y la imaginación febril de una mujer ignorante del pueblo, estaban reflejando, no solamente lo que Andalucía es, sino lo que ha sido y lo que será siempre: su intención, su crisis constante de muerte ó vida. El andaluz, por su caracter, por su temperamento, es completamente andaluz: es sólo, él solamente sabe ser como es.

Cualquier persona extraña á nuestras costumbres, y más que á nuestras costumbres, á nuestro modo de ser, hubiera visto en la copla de Mariquita la Larga, una copla que cantó con cadencias dulces y nada más. Pero allí se comprendió muy bien lo que la terrible copla decía. Yo me estremecí, y conmigo se estremecieron todos; los apasionados y sumisos de Ramón, los ciegos adoradores de Manuela, los admiradores locos de Mariquita la Larga, los esclavos ciegos de Palomo y los amigos leales de Peruco.

Otro terrible estremecimiento de entusiasmo y alegría dominó los corazones: compitiendo en har-

monías vagas, con algo de súplicas y rezos, con algo de lágrimas y perdones, se oyó otra copla; otra copla de la Monedita, la pobre Monedita, la valiente y generosa muchacha... Pero antes siquiera que pudiese nadie sentir el influjo, no ya de las melodías del canto, sino de la sustancia de la copla, se oyó nuevamente la de Mariquita, recia, viril, grande, harmónica, como una tempestad, como una tormenta desencadenada de pasiones, de luchas, de martirios, de sollozos, de promesas, de cariños, de celos...

Solamente quiere una
al hombre que la enamora:
por eso tiene que está
con tanta espina la rosa.

El hombre era Palomo; la rosa, Mariquita la Larga; las espinas de la rosa, sus desdenes para con los demás hombres que la requerían; y como no se pensaba en más hombre que en Peruco, la alusión fué directa, aguda, envenenada. Así lo pensaron todos, y una ola de furia pareció estremecer á los amigos del ausente. Estoy por jurar que de las miradas de unos y de otros, hubiera yo sacado quién era amigo de Palomo y quién de Pe-

ruco. Dispúsose Ramón á meter baza, fuese á costa de lo que fuese; y yo me fuí con Manolita, que me miró como diciendo:—¡Y que yo no pueda evitarlo!—Se puso en pie de pronto, porque lo que se esperaba vino al instante. Cantó un hombre, un amigo de Peruco...

Puñalaita á traición
nos mata, porque se encona:
la puñalá frente á frente,
matará, pero da honra.

Eso cantó el amigo de Peruco. La reprensión estaba dirigida á Mariquita y á los que la sostuviesen. Cantó otra Mariquita la Larga, insultante y bravía: hubo una luego de la Monedita, de paz y reconciliación, y otra más terrible, más directa, verdadera puñalada traidora contra el inocente Peruco. Palomo y sus amigos pusiéronse de pie, rápidamente, cuando la Larga cantó; colocóse Ramón de un salto junto á Palomo; yo me atravesé delante de Manolita, que era lo que había para mí de sagrado en aquel lugar; los amigos de Peruco replegáronse hacia un extremo y el marido de la Monedita, con mucha calma y mucha hombría, ocupó también su lugar, colocándose junto al *tocaor*, como

dispuesto á hacerle enmudecer en tiempo oportuno, por aquello de que si no hay guitarra no hay copla. Así estaban todos, decididos, enérgicos, apasionados: esa chispa funesta que arde en el cerebro andaluz, á la que debe su buena y su mala fama, parecía iluminar entonces enérgicamente los semblantes; y en esta actitud de cada uno, imponente y loca, llena de rabias, de sentimientos y de ansiedades de lucha, todavía fué Mariquita temeraria é infame para cantar su última copla, más alusiva, más intencionada... Digo su última copla, porque todo el mundo quedó en silencio y respirando ansioso. Detrás de la copla de la Larga, entre la quietud de muerte que reinaba anunciando el estallido de la tempestad, oyeron temblando de pavura, el ruido de unas fuertes pisadas y una voz inmensa, como de rugir de venganza y hundimiento de mundos, que cantó:

Hay en el cielo justicia
si justicia no hay aquí:
las cosas malas que cuentas
se golverán contra tí.

Siguió un silencio de muerte, sombrio, espantoso: fué un silencio de tumba, que recordarán toda su vida aquellos hombres y aquellas mujeres: un silencio que solo se interrumpía con el ruido de los

zapatos claveteados del que iba aproximándose y los sonidos de la guitarra; de la guitarra, que siguió vibrando, monótona, triste, aguda, como si hiciese vibrar sus cuerdas el hado negro:

Cinco añíyos te he querío,
cinco añiyos de pesares,
y yo no te quiero ya
porque no te quiere naide.

Juro que temblábamos todos. Aquel genio sombrío, amenazador, de venganza y muerte, siguió avanzando. Nadie tuvo alientos para moverse, ni para respirar. Todas aquellas almas hallábanse coma aturdidas por el peso de la gran tragedia próxima. Ni el marido, ni Ramon miraron á Palomo, ni la Larga intentó cantar, ni yo miré á Manolita, ni el recién casado detuvo al *tocaor*, ni cesó el ruido de las suelas claveteadas al chocar contra los guijarros del sendero; y su voz inmensa, sonora, retumbó en los espacios, en el cielo, en la campiña, en los montes:

Tengo yo que publicá
cositas que naide sabe:
la jescribiré en tu cara
con mi cuchiyo y tu sangre.

Sentí un grito inmenso de Manolita y un empujón que me echó hacia adelante como impelido

por fuerza gigantesca. Se colocó Manolita de un salto junto á Peruco, que ya estaba allí, abrazándose á él y colgándose á su cuello fieramente. Otro grito se siguió al de Manolita, lanzado por la Monedita, que se colgó también al cuello de su marido. Palomo se lanzó como una pantera hacia Peruco; y viendo Ramón en peligro á la adorada de su alma, que era entonces el ángel bueno de Peruco, se cogió á Palomo, y de un tremendo puñetazo, que le quebró la muñeca, le hizo arrojar el enorme cuchillo que sacó de su faja. Fué un instante inmenso, magnífico: resplandecía el odio, la pasión en todas las miradas, y la luz de la luna arrancó también sus destellos, como esplendores y risas de sangre, á los cuchillos desenvainados. Hermosas las mujeres, estremecidas de furia y de amor agarrábase cada una á su hombre, conteniéndole y desafiando á la par tremenda y bravía, á los otros. Aquellos no parecían hombres ni mujeres: eran estatuas de una inmovilidad espantosa; ni una palabra, ni un rugido; y, sin embargo, leíase allí todo el poema tremendo de una raza de leones.

Lo primero que oí fué la voz de Manolita: la voz de siempre, la voz dulce, de harmonías santas y cadencias de los cielos, una voz quejumbrosa y amante que decía entre sollozos y lágrimas:

—¡Que soy yo, Peruco! ¡Que es á mi á quien tienes que faltar al respeto para llegar hasta él! ¿Sabes? Sé bueno, que yo te querré mucho siempre y te querremos todos. Así, deja eso: vámonos ahora á mi casa. ¿Entiendes? Te vendrás á mi casa conmigo; con tu señorita Manuela.

Hablando así, cogió dulcemente el cuchillo de manos de Peruco, y se lo entregó él, dejándose manejar como un niño.

—Venga mi caballo,—dijo entonces Manolita enérgicamente. Pero el caballo estaba allí: el instinto de no sé quien, comprendió que hacía falta y estuvo oportunamente.

Se alejó Manolita, cogida á Peruco de una mano y llevando en otra las riendas. Les seguimos. Yo miré atrás, y recordaré siempre lo que ví al alejarme: al resplandor de la luna y las luces medio apagadas, aquel cuadro sombrío de amenazas y cóleras; en el centro á Ramón, sujetando á Palomo aún, y la figura de Mariquita la Larga, arrogante y siniestra, de pié, inmóvil, con relámpagos de ira en los ojos y desdenes en la sonrisa.

XXVI

Un cadaver y un rayo de luna

Para llegar más pronto á casa de Manolita, echamos por el camino de la *Rosca.*

Ya que íbamos á entrar en el camino, se sintió la carrera de una cabalgadura. Nos detuvimos atentos: era la yegua de Ramón. El guapo mozo venía á acompañarnos, después que hubo metido un poco en cauce al novio de Mariquita la Larga.

Resplandecía la luna entonces, iluminándolo todo como la mirada de amor de una madre. Hasta que llegó Ramón, fuímos silenciosos, pero el valiente muchacho dió alguna animación con su grato discurso á la pequeña caravana que componíamos. Al entrar en el caminejo, tuvimos que ir

enfilados, uno trás otro. La dama belga, con su impetuosidad de siempre, echó delante; detrás iba Manolita; entre el caballo de la dama y el de Manolita iba Peruco, silencioso, tristón, inclinada la cabeza como un desesperado; marchaba yo detrás de Manolita; y Ramón detrás de mí, puesto que quiso escoger, sin duda, porque le pareció más ventajoso para defendernos, caso de que alguna novedad ocurriese. Quedamos en silencio algunos instantes. Iban las cabalgaduras muy despacio y oíase todo distintamente. Se apeó Ramón entonces, y, atando las riendas de su caballo á la montura del mío, adelantó luego hasta colocarse junto á mí. Yo quise apearme también, y anduvimos juntos entre el caballo de Manolita y el mío. Tenía Ramón, sin duda, deseo de plática, y no lo tenía yo menos, si he de ser franco. La escena anterior en casa de la Monedita, me impresionó mucho. Quería yo preguntar á mi buen amigo lo que discurrirían para arreglar aquello de manera que no tuviese cualquier día el desenlace que pudo tener aquella misma noche, si Manolita no salta como una fiera á ponerse delante de Peruco.

—Pero ¿ha visto V.—me dijo entonces Ramón, muy bajo,—ha visto V. que hembra? ¡Dios divino! Tiene un corazón como una casa, y un talento que

no le cabe en la cabeza. Cuando la ví arrojarse á Peruco como una leona, á pique de que uno de los dos animales hiciera una barbaridad, me saltó el corazón de alegría: así me gustan las mujeres. Le digo á V. de verdad, y Dios me perdone, porque sabe que no es bravata, que cuando dí á Palomo el golpe arrancándole el cuchillo, no miré yo á Palomo, ni miré á Peruco, ni miré á nadie, sino á Manolita, que me parció una reina... ¡Qué dije de reina! ¡Si era más que reina! ¡Si no sé con quién compararla!

Yo suspiré pensando con tristeza que á cada hijo de su madre ocurrió lo mismo de no ver ni oir otra cosa que á Manolita y lo que Manolita habló; pero como los enamorados se figuran que ellos solos saben querer y admirar y definir al objeto de su cariño, no tuve nada que hablar, y continué oyendo al fogoso adorador del ídolo. Se me arrimó más y siguió así:

—Usted dijo muy bien: sino se hace algo, tiene que tener el asunto un fin muy triste. Yo, francamente, en estas cosas tiro por medio al instante. A mí no me marean, pero ya se lo dije: tiene uno que mirarse mucho, porque no digan que se abusa. No tenga V. cuidado, que Manolita meterá, con ayuda de su padre, á cada gallina en su corral, cortando,

do camino, á cada gallo sus espolones. Sí, señor; que está V. muy razonable... Pero oiga V., oiga V. á Manuela:

Presté atención, y oí que decía Manuela á Peruco:—Mira, Peruco: las cosas hay que hablarlas y no vamos á estar callados como muertos. Si no fuera porque has estado razonable esta noche, y si no te estuviera agradecida porque me has evitado, no solamente un verdadero disgusto, sino un gran dolor, portándote con honradez y haciendo lo que yo te pedía; si no fuera por eso, digo, esta es la hora en que te echaba de mi lado, y nunca más volvía á verte en todo lo que de existencia me quedase. Porque vamos á ver: ¿no dijiste que estarías en Utrera, y que irías á Sevilla, y que no volverías en tres días lo menos? Dí: ¿no lo dijiste? ¿De modo que así me engañas y así te burlas de mí? ¿De modo que todo esto lo haces para que yo no pueda ponerme por medio y evitarte una ruína? ¿De modo que así me pagas todo el afán que por tí he demostrado siempre? ¡Oh, Peruco! De desagradecidos está el infierno lleno, y al infierno irás por ese pecado que con tu señorita Manuela cometes.

Detúvose Manolita un poco en su filípica, cual si quisiera tomar aliento, y Peruco entonces se aprovechó de la coyuntura y habló con firmeza. Po-

niendo á Dios por testigo á cada media docena de palabras, juró que no la engañaría nunca. Antes que tal hiciese, que se muriera su pobrecita madre. El sería un pedazo de mulo pero á honrado, y á cabal, y á serio, ningunito le ganaba: sólo que había nacido con mala estrella, y alguna cosa *mu* gorda le pasaría cuando menos lo pensara.—¡Válgame Dios, señorita! Para que osté vea cómo las cosa que no son pueden parecé como si lo fueran: po yo le digo que lo que le dije era verdá como esta luna que mo jestá alumbrando. Yo tenía que ir á Utrera, y á Sevilla detrá de Utrera; pero allí, en Utrera, me encontré al capatá Jeromo que venía ya con mi encargo hecho; de manera que me vine, y por eso llegué tan pronto.

—Pero ven acá tú, grandísimo tontón. ¿Quién te manda ponerte á seguidita en camino para la fiesta, sabiendo que en la fiesta tendría que estar Mariquita la Larga? ¿A qué te pones á eso, para encontrarte después con un compromiso y en un mal paso, del que no sabes luego cómo salir?

—Mire osté, señorita: lo del compromiso, y lo del mal paso, pase; pero lo de no poder yo pasar de eso, ni Palomo ni quién no sea Palomo hubieran sío cosa mayó; que estoy ya jasta la coronilla con las valentonás de ese madrugón sin vergüenza, y

osté me perdone si me fuí de largo, porque en empezando yo con Palomo, no acabaría nunca.

—No, sigue,—exclamó Manolita, afectando indignación y despecho;—sigue disparatando para disgustarme más. Y ¿con todo ese descaro me lo estás diciendo cuando hace poco asegurabas también que nunca mientes? Vamos á ver: ¿qué me ofreciste ayer tarde en este mismo camino? Acuérdate que iba yo á mi casa con aquel caballero que viene detrás. Pues me ofreciste no buscar nunca á Palomo ni armar quimera con él. Bueno y, yéndote así á la fiesta donde sabías que estaban esos, ¿no es ir en busca de quimeras y faltar á tu promesa y engañarme? Vamos á ver: dilo.

—Lo primero y principá—contestó Peruco muy calmoso,—es que yo no podía está seguro de que la Mariquita fuera con la Monedita, porque yo me sé que hubo pique entre las dos hace algún tiempo, y no se daban los güenos días ni quién tal vió. Lo segundo y principá, que yo dije: «—Po allí voy, que nunca viene malamente su cachito é fiesta entre pecho y espalda: pa eso tiene uno frita la jasaúra toitico el año.» Tercero y principá, que como osté estaba allí, yo me acordé, y, pa acompañarla á la güelta, por eso fuí; porque yo sé que á osté le gusta este camino y á mí no me gusta na...

—Lo que yo quiero,—exclamó Manolita interrumpiéndole,—es que no te salgas de cauce, y no eches ahora la conversación por otro lado, y no quieras envolverme con tu gramática parda. Entre nosotros no va ningún cobarde, que yo sepa, y nos importa poco que el camino no te guste á ti. Y, para que lo entiendas de una vez, voy á leerte la cartilla: tú vienes esta noche á mi casa conmigo y duermes allí; te levantarás muy temprano, á la misma hora que mi papá y á la misma hora que yo procuraré hacerlo, y aparejarás la jaca negra cuando él te lo mande, y te irás corriendito á donde más lejos se pueda, para que nunca más en tu vida te tropieces otra vez con esa Mariquita ni ese Palomo. Conque ya lo sabes: porque si tú no miras por mí, he de mirar yo, y no tengo ganas de estar todos los días con dolores de cabeza por causa tuya, teniendo que meterme á lo mejor, como pasó esta noche, en un cerco de cuchillos para evitarte una perdición. ¿Te parece bien eso? Y luego ¿por quién? ¿Eres tú mi hermano? ¿Eres tú mi novio? Pues nada más que porque eres honrado y porque esta vez me darás gusto y harás lo que yo te dije, yéndote de aquí. Anda, Peruquillo; anda, hijo, que es por tu bien.

—Bendito sea ese pico de oro, que habla como

la boca de la misma Virgen! ¡Bendito sea!—repitió Peruco—Ya está dicho: lo haré.

A todo esto, Ramón no hacía más que darme codazos mientras Manolita hablaba, diciendo una vez y otra:—Pero ¿no vé V. cómo se explica? ¡Mire V., mire V. ahora! ¡Ay Dios, qué pico tiene, y como le habla á cada uno para que le entienda, y qué corazón, y cómo le pone á uno esta criatura el sentido al revés!

Y seguia dándome codazos, como ceporro en yunque. Detúvose Manolita y esperó un poco á que llegásemos Ramon y yo. Vi el rostro de Manolita á la luz de la luna, y me pareció de nácar. Me dijo que estaba muy inquieta por aquel muchacho que iba delante. La tranquilizamos, elogiándola con sinceridad por la conducta que venía observando para la *salvación* de Peruco.

—¡Ay! Lo que yo quisiera es verle ya lejos de aquí. He comprendido de lo que es capaz Mariquita la Larga, y estoy asustadísima, porque sé la influencia que ejerce sobre Palomo, ese gran bruto, que se arrojaría de cabeza por un tajo sólo con que á Mariquita se le antojase. Yéndose Peruco de aquí, estaré ya tranquila.

Ramón iba sombrio, y la dama belga, allá, delante, sola, entonando á media voz una balada de

su país. Habíase inspirado, sin duda, en la grandiosa majestad de aquella noche y en los sucesos ocurridos bajo la parra de la Monedita.

¿Qué ocurrió en aquel punto? ¿Qué pavoroso jenio cernió sus alas subitamente sobre nuestras cabezas? No lo pienso sin horrorizarme. Fué todo á la par, unísono, terrible, monstruoso. Quebróse de pronto, como un cristal, la canción de Gúdula, encabritáronse las bestias, ardió un fogonazo entre unas jaras próximas, se oyó una detonación, un grito de horror de Manolita y un alarido de muerte de Peruco.

—¡Ah! ¡Infame Palomo!—gritó Ramón, bramando de cólera. Espoleó su yegua y escapó hacia las jaras. Manolita hallábase sin sentido, en mis brazos, y Gúdula de rodillas ante el cadáver de Peruco, sobre cuyo rostro lívido, caía el rayo de la luna como beso melancólico de piedad y misericordia.

XXVII

Conclusión

Ramón cogió á Palomo, lo entregó á la Guardia civil y hoy está Palomo en presidio. Mariquita la Larga, triunfó aquella noche, y triunfa aun donde quiera que esté, con su gracejo y sus coplas. Aunque despidió don Andrés del cortijo, á esta familia, hallaron acomodo prontamente y la chica vive feliz.

Manuela, estuvo en cama doce días, delirando, siempre con la imagen de Peruco en el pensamiento, y su nombre en la boca. Se alivió al fin, y fué llevada á Sevilla, inmediatamente, á apetición suya... Inutil es deciros el ánimo que tendríamos todos. ¡Adiós, escursiones! ¡Adiós, estudios de costumbres! Adiós, ventura!

Volví á mi fonda, y solo de ver la cara á Seferino, nuevamente, me entraron ganas de llorar. ¡Lo cierto es que yo tampoco podía olvidarme de Peruco!

Fué Manolita mejorando y don Andrés ideó entonces llevarla al extranjero, y distraerla mucho en paises que ella desconociese.

La tarde en que debían partir, halló Manuela una ocasión, y díjome á solas:

—He tenido carta de Pepe.

No contesté. ¡Me faltaron palabras! Ella se apresuró á continuar, mirándome con tristeza:

—En terminando sus asuntos, le daré mi dirección y nos encontraremos en Roma.

—Pero V...

—Se puso muy pálida y sin dejarme concluir, exclamó de pronto, con su noble franqueza:

--No sé... no quiero pensar... Lo que ocurrió en el campo, castigo de Dios me parece, por que fuí á disgusto de Pepito. ¡Sea lo que Dios quiera!

—Y no se habló mas.

—D. Andres iba antes á unos asuntos á Alcalá de Guadaira. Le acompañaba Manuela ¡Cuando volviesen á Sevilla, para tomar el tren, ya estaría yo lejos!

—Llegó al fin la hora: el coche de camino estaba preparado.

Despidiéronse Manolita y su padre, de D.ª An-

gustias y de la dama belga. Yo iría acompañándoles á caballo un buen trecho. Quería yo ser la última persona que hablase con Manuela, de los amigos suyos que quedásemos en Sevilla

Salimos hacia el Prado de San Sebastián. Ibamos muy despacio. Manolita me daba, por última vez, noticias y detalles de su tierra, para mi obra. Hacíame ver este sitio y el otro, asomando su mano finísima y enguantada por el hueco de la portezuela, para indicarme el lugar de que me iba hablando.

Nos metimos por una calle de árboles. A mi izquierda se destacaban, á la luz crepuscular, los naranjos y los cipreses, las palmas y las pitas de la huerta de Caminos; á la derecha, los jardines del palacio. Veíamos también el caserío de Parladé, con sus altos cipreses, su esquiloncillo de ermita, y su fachada de cementerio. Enfrente del caserío, la caseta de consumos, chiquitina, forrada de latón é inclinándose por arriba hacia delante, como el apagaluces de un sacristán. Más abajo, empezaba otra senda, que conducía directamente á la ciudad, por la calle de San Fernando. Al pasar por las mismas tapias de San Telmo, volviendo la espalda á nuestra dirección, hallábamos á la derecha, la huerta de Sánchez. Destacábanse

más allá, sobre las palmeras, las chimeneas esbeltísimas de la Pirotecnia. El camino de la Pirotecnia divide los casucos del barrio de San Bernardo. Volviendo el rostro á la izquierda, contemplábamos conmovidos, al último y débil remedo de luz, aquel inmenso espacio, con su festón de acacias; la Fábrica de Tabacos, la fachada del cuartel de caballería; allá en el fondo, el muelle de la estación de Cádiz, y más allá, en el centro, destacándose siempre, como por todos los sitios de la población, la torre de la Giralda, hermosa, y venerable como los cabellos de plata de Matusalén.

Quedé embebido en mis pensamientos.

Cuando después de aquella muda contemplación quise ver á Manolita y volví los ojos á ella, fué ya imposible. ¡No la podía ver! Era de noche. La oscuridad sirvió para que no viese ella mi congoja. ¡Sería posible que no la viera más! ¡Oh dolor! ¡Y yo no había pensado aquello! ¡No verla otra vez, un minuto, un segundo siquiera! Seguí junto al carruaje con un silencio que me oprimía el corazón· ¿Qué sucedió entonces? Yo no puedo decirlo. ¿Fué casual ó de propio intento? El hondo y delicado espíritu de Manolita ¿sintió acaso, en su divina impresionabilidad, la angustia suprema y el dolor del mío? ¿Será verdad, poderoso Dios lo que dicen

de la inteligencia, de la comprensión y del contacto de los espíritus? No lo sé, pero Manolita dijo de repente al cochero que parase.

—Papá, mira la hora que es,—añadió:

Paró el coche, y D. Andrés encendió un fósforo para ver la hora en su reloj. La dijo, pero yo no escuché. Yo miraba el rostro de Manolita. ¡Nunca la vi tan hermosa! ¡Nunca me pareció tan buena! Se apagó la luz, desapareció el fantasma, nos despedimos...—¡Arrea!—gritó D. Andrés.—Las mulas del carruaje partieron escapadas, y yo quedé inmóvil sin saber lo que me sucedía.

Parecíame sentir aún la voz de Manuela diciéndome:—¡Adiós!—como música quejumbrosa. Fué aquello una melodía de lágrimas. ¡Allá iba Manuela! ¡Qué oscura me pareció la noche! ¡Qué fría! ¡Se me helaron los huesos! ¡Allá iba Manuela!

La masa negra del carruaje, hundíase en la sombra. Los árboles me parecieron en la oscuridad una inmensa procesión de hombres y mujeres tullidos, contrahechos, de caras deformes y bocas horribles. ¡Ni sol que alumbrara, ni amigo que consolase! ¡La campiña desierta! Pareciéronme los espacios inconmensurable tumba, con la tierra, por fondo, y el cielo por losa. ¡En el cielo, en la losa de mi tumba, volarían suavemente los pálidos ánge-

les de triste mirada, de sonrisa noble y de cabellos de oro, como la mirada, como la sonrisa como los cabellos de Manuela!



ÍNDICE

Obras de Martínez Barrionuevo

EL DECÁLOGO

Amar á Dios (2.ª edición).	1'50 ptas.
No jurar.	1'50 »
Santificar las fiestas..	1'50 »
Honrar padre y madre.	1'50 »
No matar	1'50 »
No fornicar (3.ª edición).	1'50 »
No hurtar.	1'50 »
El falso testimonio.	1'50 »
La mujer ajena.	1'50 »
Los bienes ajenos.	1'50 »

La Condesita.	2 »
El Sepulturero de Aldoba.	3 »
La Generala (2.ª edición).	3 »
La Quintañones.	4 »
Señores de Saldívar, 2 tomos.	6 »
El Padre Eterno (2.ª edición).	4 »
Los grandes criminales. Cuaderno.	0'50 »
Andalucía, edición monumental. Cuaderno. . .	1 »
Juanela..	3 »
Un libro funesto (12.ª edición).	1 »
De pura sangre	3'50 »
¡Misericordia!	3'50 »
Venta de hijos.	3'50 »
¡Andaluza!	3 »

TEATRO

Caín. Melodrama en tres actos.	2 »
Los Escuderos. Cuadro de antaño, en un acto. . .	1 »
El gran escándalo. Sainete en un acto.	1 »
Lo que no muere. Comedia en tres actos. . . .	2 »
Dios. Melodrama en cuatro actos.	2 »
Orlando el furioso ó las bodas de doña Frasquita. Sainete en un acto.	1 »

3



